LUCÍA BASKARAN

CUERPOS MALDITOS

¿Viste tu vida pasar por delante de tus ojos antes de morir? ¿Era yo la protagonista de alguna de esas imágenes? ¿Cuál fue tu último pensamiento? ¿Llegaste a quererme alguna vez? ¿Para quién eran esas flores?

Martín murió hace más de un año y Alicia no deja de hacerse esas preguntas, atormentada por el recuerdo de quien fuera su prometido. Apenas tiene veintiocho y ya es viuda, pero en los arcenes de su luto aguardan una nueva pareja, el reencuentro con su mejor amiga y el fantasma de una madre ausente.

Cuerpos malditos es una novela breve y áspera sobre cómo nos transforman las pérdidas. La historia de una mujer que busca rehacer su vida al tiempo que ahonda en el pasado para desenredar los motivos de su infelicidad: una adolescencia marcada por la aparición del deseo, la violencia, la dificultad para reconocer su propio cuerpo y las heridas del primer amor y del primer desengaño.

Lucía Baskaran escribe sobre la asfixia de las familias, el cuerpo y la amistad con la brutal elegancia de quien entiende lo humano.

Lucía Baskaran

Cuerpos malditos

ePub r1.0
Titivillus 18-03-2024

Lucía Baskaran, 2019
Fotografía de la cubierta: Jess Craven
Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Si dos hermanos comparten el mismo techo y uno de ellos muere sin dejar hijos, la viuda no podrá casarse con ningún hombre de otra familia. El hermano de su marido deberá tomarla por esposa para cumplir con ella su deber de cuñado. El primer hijo que ella dé a luz llevará el nombre del hermano muerto, con el fin de que su nombre no desaparezca de Israel. Pero si el hombre no quiere casarse con su cuñada, ella se presentará ante el tribunal y dirá a los ancianos: «Mi cuñado no quiere que el nombre de su hermano se mantenga vivo en Israel; no quiere cumplir conmigo su deber de cuñado». Entonces los ancianos de la ciudad le llamarán y hablarán con él, y si él insiste en no casarse con ella, entonces su cuñada se le acercará y, en presencia de los ancianos, le quitará la sandalia del pie, le escupirá en la cara y dirá: «¡Así se hace con el hombre que no quiere dar descendencia a su hermano!». Y su familia será conocida en Israel con el nombre de «la familia del Descalzado».

DEUTERONOMIO 25, 5-10

Con amor o con odio, pero siempre con violencia.

CESARE PAVESE

A mis amigas

I

Doce corazones sangrantes en tu mano derecha. Y después: tú agachándote para recoger algo que viste en el suelo, el coche impactando contra tu cuerpo. Resultado: doce corazones sangrantes en la carretera más el tuyo, que sangró hacia el pericardio, la membrana que recubre el corazón, y generó un taponamiento cardíaco, y el mío, que sigue latiendo aunque a veces no lo oiga.

Total: catorce corazones.

Nunca había visto un corazón sangrante. Supe tras una búsqueda en Google que es una planta herbácea originaria del este de Asia que puede alcanzar los setenta centímetros de altura, que es muy apta para climas templados con cierto grado de humedad, que preferiblemente debe estar situada en semisombra y que también se la conoce como Flor en el Corazón, Corazón de María o Corazón de la Virgen. Debieron costarte una fortuna, mucho más que los lirios que encargué la semana anterior para mi ramo de novia.

Todavía puedo oír los aullidos de tu madre.

Yo no grité. Ni un sonido, ni una lágrima. Nada. Mi sangre se llenó de hielo, mi cabeza de preguntas. ¿Viste tu vida pasar por delante de tus ojos antes de morir? ¿Era yo la protagonista de alguna de esas imágenes? ¿Cuál fue tu último pensamiento? ¿Llegaste a quererme alguna vez? ¿Para quién eran esas flores? Llevo un año y tres meses haciéndome estas preguntas. A veces apareces en mis sueños y contestas alguna, pero nunca a la más importante.

Nadie me toca. Siempre mantienen cierta distancia, como si temieran contagiarse de tu muerte, como si yo te hubiese matado. Me hablan dos tonos por debajo del habitual. Incluso tu madre, que normalmente habla muy alto, se dirige a mí en susurros. «Pobrecita niña», dicen cuando creen que no los oigo. «Pobrecita niña», pero nadie, aparte de mi padre, me abraza. Lo que más echo de menos

son tus brazos y tu pecho y cómo se convertían en hogar sin importar dónde estuviéramos.

Llevo dentro tu olor. Por las noches, cuando cierro los ojos, tu olor viene a mí como un puñetazo y con él, las lágrimas. Nadie me ha visto llorar. Me imagino lo que piensan. «Se ha secado por dentro», o «el dolor es demasiado grande», o «quizás no lo esté pasando tan mal». A ninguno le falta razón. Pobrecita niña.

Una mano se cierra sobre mi garganta. No puedo verle la cara, pero sé que es un hombre. Ahora es cuando clavo mis dedos en sus ojos y a) consigo escapar, o b) lo mato y consigo escapar.

Estoy a punto de despertarme. Lo sé porque estoy en la fase del sueño en la que puedo tomar decisiones, como si el sueño fuera una película dirigida por mí. El olor del agresor me resulta familiar. Su mano aprieta con más fuerza, por fin puedo verle la cara.

Uno. Dos. Tres. Despierta.

II

Siempre me despierto empapada en sudor. Mi cuerpo se calienta durante la noche y amanezco como si hubiese corrido una maratón: sudada y agotada. Mis pies y manos son las únicas partes de mi cuerpo que no se calientan nunca, siempre están helados. No importa las horas que duerma, el agotamiento se ha instalado en mí de manera perpetua.

Soy una mujer de noventa años que habita el cuerpo de una de veintisiete.

Ruedo sobre las sábanas frías. Un instante de felicidad pura. Un instante de felicidad pura hasta que me doy cuenta de que la razón por la que puedo rodar sobre las sábanas es porque estás muerto, porque ya no hay un cuerpo caliente al que pegarme. Me abrazo a la almohada con fuerza, nuestra cama convertida en un océano gigante que amenaza con engullirme. La angustia da paso a la rabia. ¿Dónde estás, Martín? ¿Dónde estás, por qué me has dejado sola?

Antes era de las que decía que no hay nada peor que la autocompasión, pero antes pertenecía al mundo de los vivos, antes todo era ligero, antes éramos dos cuerpos y ahora tengo uno que ya ni siquiera es mío. Porque tú no eres el único que ha muerto, Martín. Tú quizás ya no estés aquí (aunque tu madre diga que siente tu presencia en todos los rincones, en la mirada de los animales y de los niños y en las mariposas blancas que han empezado a dejarse ver en el jardín de su casa), pero yo tampoco estoy, ni soy. Todo lo que era se congeló la tarde en la que el coche, tu sangre y el ramo de flores hicieron un *collage* macabro en la carretera. Tú, que cuando nos conocimos no parabas de repetir que había que morir joven, dejar un cadáver bonito y hacerlo de la manera más romántica posible, dejaste de vivir en medio de algo que bien podría haber sido una *performance* artística. Estarás

encantado, supongo.

Ahora, la autocompasión, una prima lejana del amor propio, es lo único que me queda. Lo demás sucede dentro de mi cabeza, mis pensamientos me arrastran a una vorágine silenciosa de la que no puedo escapar. Mi mente me ata a la cama, me impide hacer tareas cotidianas, convirtiéndome en algo que ya no se puede definir como humano. Se me ha olvidado cómo ser una persona.

«No puedes seguir así», me decía mi padre cada vez que venía a visitarme. Dejó de hacerlo cuando le contesté que no, que no podía seguir así, que más me valía estar muerta. Supongo que mi padre prefiere tener una hija fantasma que una muerta, así que sustituyó las palabras por comida: cada lunes viene a casa para llenarme la nevera de *tuppers* con comida para toda la semana.

Mi padre y Gloria son las únicas personas a las que permito entrar en nuestra casa, en estas paredes que tú te empeñaste en que fueran blancas, blancas, blancas, todo blanco a excepción de unos toques de color aquí y allá, un cojín turquesa por aquí, una alfombra azul cielo por allá, nada que provoque el más mínimo estrés, todo acorde con la última moda en decoración, porque por lo visto los occidentales no podemos tolerar el más mínimo estrés y hemos convertido nuestras casas en una suerte de manicomios modernos. Tú quisiste un hogar inspirado en el Valium para protegernos de los peligros que acechan fuera de nuestras paredes y resulta que estás muerto y que me has dejado en medio de estas habitaciones donde entra demasiada luz. Tu madre siente tu presencia en cada rincón, yo estoy encerrada en todos los rincones que elegiste para nosotros. Tras las paredes del hogar, nadie puede oír mis gritos. ¿Los oyes tú?

III

A pesar de haber vivido en Bortiz toda mi vida, aún me resisto a coger un jersey y un paraguas antes de salir de casa, aunque sean dos elementos imprescindibles en este pueblo donde llueve más de doscientos días al año. Por algún motivo que no logro entender, sigo pensando en Bortiz como en un lugar de veraneo, como si fuera una de esas turistas que vienen aquí esperando broncearse, engañadas por la promesa de que el sol siempre brilla en todos los rincones de la península. Las contadas ocasiones en las que el sol es lo suficientemente abrasador, las turistas hacen *topless*, algo que las lugareñas no hacemos por ser este un pueblo bastante pequeño. Muchos hombres aprovechan la ocasión para mirarlas desde el malecón fingiendo que están dando un paseo, sin darse cuenta de que no es la ausencia de ropa a lo que deberían prestar atención, sino a la forma en la que las turistas se tumban. Si lo hacen boca abajo, hay que fijarse en si mantienen el vientre relajado o prieto. Si está prieto, suele ser señal de que la mujer en cuestión también está moviendo los músculos de la vagina, masturbándose en silencio y sin moverse.

Mi padre dice que Bortiz es para turistas aventureros, para gente que no le teme a la incertidumbre. Yo creo que Bortiz es un retiro para aquellos que no se permiten la tristeza en su día a día y la van acumulando hasta llegar a este escenario que tan bien la enmarca. Si eres de las que disfruta dando largos paseos bajo la lluvia mientras te atormentas con pensamientos pesarosos, este es tu sitio. Hoy agradezco esta humedad que me encrespa los rizos y me pesa en los huesos.

Me dirijo al bar que descubrí hace unas semanas durante uno de mis paseos nocturnos. Solo salgo a la calle cuando es de noche, así hay menos probabilidades de que alguien me vea y me reconozca. Pobrecita niña. Normalmente evito el paseo marítimo porque suele

estar muy transitado, pero hoy la lluvia es tan densa que son pocos los que se han aventurado a salir de sus casas.

El bar está al final de la carretera que limita el pueblo, al lado de la última casa. Debe de llevar ahí muchos años, pero hasta hace dos semanas nunca había reparado en él. Para llegar hay que andar un buen trecho por el arcén. En noches como la de hoy es peligroso, el mar está embravecido, muchas veces las olas llegan hasta la carretera y la luz de las farolas no ilumina lo suficiente; pero ahora me siento más protegida entre estas olas, que podrían matarme en este tramo de asfalto mal iluminado, que en la plaza del pueblo en un día soleado.

A primera vista, el edificio que aloja el bar parece estar abandonado. Sus paredes están sucias, ennegrecidas, y las ventanas permanecen cerradas por unos postigos que antaño debían ser azules. Lo que llamó mi atención fue que el edificio no tenía una puerta principal, solo cuatro ventanas, como en una pesadilla. Al rodearlo me topé con unas escaleras de piedra escondidas entre unos matorrales salvajes. Al final de las escaleras, una portezuela de madera con un ventanuco del que salía luz. Me sorprendió comprobar que la puerta estaba abierta y que en su interior había un bar. Esperaba que el hombre de detrás de la barra me dijera que era una sociedad privada, que la entrada estaba restringida y que yo no tenía derecho a estar allí, pero tanto él como la escasa clientela (viejos en su mayoría) apenas me miraron, y si mi presencia los perturbó de alguna manera, no hicieron el más mínimo amago para demostrarlo.

En mis dos visitas anteriores, nadie me habló ni vi a nadie conocido, pero decido no bajarme la capucha por si acaso. Me acomodo en una esquina de la barra, desde donde puedo ver la puerta, y pido una cerveza que el barman me sirve sin mediar palabra.

A excepción de los cuatro viejos que juegan una partida de mus, la clientela del bar bebe sola. Una mujer de mediana edad echa monedas en la máquina tragaperras. Ella y yo somos las únicas presencias femeninas. ¿Será la dueña? ¿La mujer del barman o la del hombre que se sirve un vaso tras otro de vino?

La puerta del bar se abre y ahí estás tú. Ya me ha pasado más veces, ir andando por la calle y creer que te veo en los cuerpos de

otros hombres, pero esta vez no hay ninguna duda. Cierro los ojos y siento el vómito subiéndome por la garganta. Vomito sobre mi regazo. No puedo abrir los ojos ni levantar la cabeza.

IV

Tras limpiarme el vómito, Otto me ha acompañado a casa en silencio. En silencio he dejado la puerta del portal abierta para que él entrase. En silencio hemos subido en el ascensor y he abierto la segunda puerta, la que no le abro a casi nadie. En silencio nos hemos desnudado y acostado en la cama sin encender ninguna luz, y en silencio nos hemos buscado en la oscuridad. Nuestros cuerpos han roto el silencio, mi cabeza contra su pecho, nuestras respiraciones, todo extremidades desordenadas luchando por salir a la superficie. Una batalla con los ojos cerrados y sin besos, las manos entrelazadas mientras yo estaba encima. Un intento de escapar de la muerte.

V

Ruedo sobre las sábanas que ahora están templadas. No he oído marcharse a Otto, pero sé que volverá. Tiene que volver. Me siento ligera, como si Otto se hubiera llevado todo el peso que acarrea mi cuerpo desde tu muerte. Tengo ganas de levantarme, salir a la calle, pasear. Quizás podría escribir a Ane. Llevo meses sin cogerle el teléfono ni contestar a sus mensajes, pero sé que se alegrará de verme, se alegrará de ver que tengo ganas de pasear.

«¡Hola, Ane! ¿Cómo estás? ¿Te apetece dar un paseo?». Enviar.

Salto de la cama y me meto en la ducha. Quizás me haya precipitado, quizás Ane no esté disponible, o peor, quizás ya no tenga ganas de verme, porque quién va a querer estar acompañada de una persona tan triste que no ha mostrado ningún interés durante tanto tiempo. Quizás Ane prefiera quedar con sus compañeras de trabajo, mujeres alegres con problemas pequeños. Mujeres que saben quiénes son y qué quieren, que no tiran la toalla por haber tenido un mal día, una mala semana, un mal año. ¿Qué sabrán esas mujeres de la muerte? ¿Qué sabrán de la vida? Puede que no haya sido tan buena idea escribirle.

¿Por qué no se ha quedado Otto? No parecía estar borracho, si ayer se metió en mi cama fue porque quiso. ¿Volverá? Tiene que volver. Si no fuera porque el lado de la cama donde durmió está templado, pensaría que lo de ayer fue un sueño.

Al salir de la ducha tengo que luchar contra el impulso de mi cuerpo, que lo único que quiere es meterse bajo el edredón y esperar a que vuelva Otto. Seguro que si escojo ropa bonita volverán las ganas de salir a la calle, pienso mientras veo la lucecita del móvil parpadeando sobre la mesilla. Ane ha contestado. Se me acelera el corazón. No voy a mirar el móvil todavía, primero voy a elegir qué ponerme. Nada de colores demasiado vivos, nada de atuendos estrafalarios. No quiero que Ane piense que soy una

frívola. No quiero que nadie piense que soy una viuda alegre. Pobrecita niña.

Elijo un vestido negro, holgado, que me llega por debajo de las rodillas. Me apetece pintarme los labios. Antes de que Martín muriese, siempre lo hacía. A mis rizos negros y mi piel blanca les sienta bien el rojo anaranjado con el que adorno mi boca desde que tengo quince años. Empecé a pintarme los labios en ocasiones especiales (que a los quince años eran todas las ocasiones en las que no tenía que ir al colegio), y cuando por fin acabé el bachillerato y comenzó mi vida como universitaria, se convirtió en una rutina diaria. Decidí que ese sería mi signo distintivo, mi paso de la infancia a la vida adulta. A Martín le encantaba. Al principio. Cuando se convirtió en algo rutinario, dejó de impresionarle, y los días en que por alguna razón no me pintaba (se me había acabado la barra de labios, no la encontraba o, sencillamente, decidía que ese día iría con la cara lavada) me decía «te falta tu toque».

La última vez que me pinté los labios era viernes, Martín ya se había ido a trabajar, tenía que atender a unos clientes e iba a llegar tarde a casa. Yo llegaba tarde a la redacción y metí la barra de labios en el bolso, ya me pintaría en el ascensor. Al final se me olvidó, iba pensando en una entrega cuyo plazo finalizaba ese mismo día y que aún no había empezado y ni siquiera me miré al espejo. Al salir del trabajo estaba contenta, había conseguido convencer a mi jefa de que necesitaba un par de días más y el fin de semana tenía planes con Martín: una reserva en nuestro restaurante favorito el sábado por la noche, comida a domicilio, peli y manta el domingo. Tenía ganas de celebrar que no iba a pasarme el fin de semana pegada al ordenador, «voy a llamar a Ane a ver si le apetece que nos tomemos una copa», y antes de arrancar el coche me pinté los labios en el retrovisor. El móvil empezó a vibrar en el asiento del copiloto justo cuando comprobaba que no tenía manchas de pintalabios en los dientes. Alargué el brazo sin apartar la mirada del retrovisor y contesté sin mirar la pantalla. Seguro que era Martín. Siempre era Martín. Pero no era Martín, sino una voz desconocida diciendo que Martín estaba muerto. ¿Y si ahora que estoy pensando en llamar a Ane mientras busco mi barra de labios desencadeno otro desastre? ¿Y si la combinación llamar a Ane (o pensar en llamarla) y pintarse los labios vuelve a concluir en una muerte? No

me voy a pintar los labios. De todas formas, seguro que esa barra se ha secado. De todas formas, aquella que se pintaba los labios ya no existe.

¿Y si aprovecho este impulso, este cuerpo despierto, para matarme de una vez?

VI

[Un trastorno obsesivo-compulsivo (TOC) es un desorden de ansiedad que suele iniciarse en la adolescencia o a principios de la edad adulta, pero también puede iniciarse en la infancia. Es un problema en el que el eje central es el miedo a que suceda algo terrible. Lo característico del problema obsesivo-compulsivo es la presencia de obsesiones o compulsiones, o, como es habitual, de ambas. Las obsesiones son pensamientos involuntarios repetitivos y de alta frecuencia que aparecen en nuestra mente sin que lo deseemos. Pueden estar expresados en forma de palabras y frases o imágenes. El contenido es amenazante, inaceptable moralmente, grotesco o extraño para la persona que lo sufre; por ejemplo, creer que uno se ha contagiado de sida, que la colilla que dejó en el cenicero va a provocar un incendio o que desea insultar a alguien].

VII

No podemos seguir siendo amigas, Ali. Estos meses en los que no nos hemos visto he estado…, no sé, tranquila. No me haces bien.

O.

No puedo con tanta tristeza. Me supera. Después de estar contigo estoy triste.

O.

Eres una egoísta. Siempre lo has sido. No quiero que vuelvas a llamarme.

El estruendo del granizo golpeando los cristales interrumpe mis pensamientos. Una silueta encapuchada corre hacia mí. Pulso el botón que cierra todas las puertas del coche automáticamente y lo arranco a toda prisa. «¡Ali!». Distingo el pelo rojo fuego debajo de la capucha. «¡Abre!». Apago el motor y abro las puertas para dejar entrar a Ane.

—Madre mía, con el *tiempazo* que hacía esta mañana —dice Ane desplomándose en el asiento del copiloto.

Nos quedamos en silencio unos segundos más de lo necesario.

—Estoy calada…

—Oye, siento no haberme puesto en contacto contigo durante tanto tiempo…

—*Lasai* —dice Ane poniéndome una mano sobre el hombro.

No parece enfadada ni dolida. Es la Ane de siempre, la que siempre se alegra de verme, la del pelo rojo fuego y el tabique nasal torcido. Su sonrisa me devuelve a la realidad.

La conozco desde que teníamos cinco años. Su madre, Carmen, se mudó a Bortiz huyendo de un marido alcohólico que la usaba como saco de boxeo. Carmen aguantaba por Ane, porque el cabrón no se atrevía a ponerle una mano encima a la niña, pero un día, en uno de sus arrebatos, Agustín agarró a Ane del cuello y por poco la

mata. Carmen esperó a que su marido durmiese para hacer las maletas e irse con su hija a casa de su hermana, a la que hacía poco habían ascendido y se había comprado un piso en Bortiz. El cabrón no tardó en encontrarlas, y un día esperó a que la niña saliese del colegio para meterla en el coche y huir a Francia. La policía los encontró cerca de Burdeos. Ane dice que da gracias por que ese día su padre conducía borracho, de lo contrario no le hubiesen dado la custodia a Carmen. También da gracias por que su padre se suicidase tres años después.

Ane me aterrorizaba. Desde el día en que entró en el colegio la tomó conmigo y me esperaba en el recreo para pegarme. Si yo cogía un juguete, ella enseguida venía a arrancármelo. El primer día protesté y me llevé un «hija de puta», un tirón de pelo y un escupitajo en la cara. A partir de entonces hice todo lo posible por evitarla, pero Ane no tardaba en encontrarme y encontrar una excusa para hacerme daño. Cuando se lo conté a mis padres me dijeron que ellos no podían hacer nada, que ya era mayor para defenderme yo sola. Eran «cosas de niños», y las cosas de niños eran ajenas a los adultos, que solo intervenían para pegarnos un grito si molestábamos demasiado. Los adultos nos daban a entender que los niños no sentíamos dolor, o que si lo sentíamos eran naderías comparadas con el suyo. Un día, Ane trajo una raqueta de tenis a clase. Yo intuía que la raqueta acabaría estampada en mi cara o en mis espinillas, así que cuando a la hora del recreo la vi acercarse hacia mí sonriente, raqueta en mano, respiré hondo y me obligué a no salir corriendo. Las agresiones de Ane siempre empezaban con insultos cuyo significado no entendía bien. *Hija de puta, zorra, cerda, asquerosa* eran palabras que nunca había oído decir a mis padres, las aprendí todas de Ane, y después las repetía en casa cuando discutía con mi madre.

«Eres una hija de puta», me dijo Ane.

«No soy una hija de puta. No quiero que me pegues. Me haces daño».

Acostumbrada a que yo no dijera nada y corriera a esconderme, mi respuesta la pilló por sorpresa. Se quedó callada unos segundos, boquiabierta, para después darse la vuelta e irse corriendo. La encontré al cabo de un rato, sentada en el suelo del baño, llorando. Arranqué un trozo de papel higiénico y se lo ofrecí. Ane lo cogió sin

mirarme y se sonó los mocos. Después le tendí mi mano, y tras pensar por unos segundos que estaba a punto de recibir una patada o un puñetazo, me cogió la mano y se levantó del suelo. Al salir al patio, me soltó, corrió a por su raqueta y se sacó una pelota de tenis del bolsillo del abrigo. Cuando me di la vuelta para buscar a alguien que quisiera jugar conmigo, Ane gritó: «¡Eh!», y me lanzó la pelota. Jugamos en silencio hasta que sonó el timbre del final del recreo. Desde ese día nos volvimos inseparables. Compartíamos muchas aficiones: a ambas nos encantaba hacer carreras, explorar los alrededores del colegio en busca de aventuras, los cuentos, los musicales, jugar a hacer pócimas con cualquier cosa que hubiese en las cocinas de nuestras casas con el fin de envenenar a nuestros enemigos. Kétchup, yogur, leche, vino y lejía para matar a la madre de Eli. Harina, aceite de oliva, paté, Cola Cao, Kas de naranja e insecticida para intoxicar a Ion. Cereales machacados, ginebra, vinagre, mermelada y Fairy para asesinar a Agustín, el padre de Ane. Y un chorrito de amoníaco, por si acaso. Nuestras víctimas potenciales nunca llegaron a saber nada de esto. Tan pronto como acabábamos de preparar la pócima entre gritos y risas, la tirábamos por el retrete y nos poníamos a planificar nuestra siguiente trastada. Unos padres de hoy en día nos hubieran llevado a un psicólogo infantil. En aquella época nos conformábamos con nuestro pequeño aquelarre. Al final, el propósito no era otro que el de desahogarnos.

Porque Ane y yo estábamos ahogadas. Los niños de nuestra clase nos llamaban «marimachos» e intentaban pegarnos (con poco éxito, porque Ane podía con todos ellos) y las niñas no querían jugar con nosotras porque sus padres les habían dicho que éramos una mala influencia. La madre de Eli, la niña más popular de nuestra clase, le dijo a mi madre que no quería que su hija se juntase con semejantes bichas. A partir de entonces, fuimos conocidas como «las Bichas», un apodo que al principio detestábamos pero que acabamos llevando por bandera. Las Bichas contra el mundo. Años después, cuando empezamos la secundaria, Ane lo cambió por «las *Bitches*». Quisimos montar un grupo de punk llamado así, gritar que todo era una mierda al ritmo de las guitarras eléctricas, beber hasta perder el conocimiento, convertirnos en el estereotipo de las chicas malas del instituto, dar salida a todos los años de insultos fingiendo que estábamos por encima de ellos, convirtiendo en ira aquello que nos

hacía vulnerables. Nos reunimos un par de tardes en mi casa con la intención de escribir letras, pero ninguna estaba por la labor de aprender a tocar un instrumento y al final acabamos siendo una versión descafeinada y puramente estética de Las Vulpes. También nos hicimos unos tatuajes a juego, Ane en el muslo izquierdo y yo en el tobillo derecho, y que nos costaron cincuenta euros, un llanto de Carmen y una bronca de mi padre.

Todas las semanas recibíamos una llamada a casa. «Estas niñas son unas demonias», «no pueden seguir así, tienen que hacer algo», «dónde se ha visto semejante comportamiento en unas niñas». Colegio de monjas, por supuesto. Puesto que Carmen hacía turnos interminables en un restaurante de las afueras, Ane casi siempre merendaba en mi casa. Una tarde, mientras Ane y yo veíamos *Sailor Moon*, mi madre entró en el salón y apagó la tele.

«Me han vuelto a llamar del colegio». Ane y yo no dijimos nada. «Eli ha llegado a casa con un chicle pegado en el pelo y su madre ha llamado al colegio. ¿Os suena de algo?». Eli y su séquito de niñas imbéciles nos habían perseguido durante el recreo llamándonos «marimachos» y tirándonos puñados de gravilla. «Yo creo que son novias», había dicho Eli al ver que no les prestábamos atención. Tuve que agarrar a Ane y susurrarle las palabras mágicas para que no se abalanzase sobre Eli. «Tengo un plan».

«Vamos a hacer un dibujo de nuestras familias. Podéis usar los materiales que queráis. Después pondremos todos los dibujos en el pasillo». La señorita Bea era una de las pocas profesoras que no era monja y la única profesora que merecía la pena. Faltaban diez minutos para que la clase finalizase. Saqué de mi mochila dos chicles viejos y le di uno a Ane. Nos los metimos en la boca sin que nadie nos viera y masticamos con disimulo. Fingimos que se nos caían los lápices para agacharnos debajo de la mesa y escupí el chicle en la mano de Ane. Trabajo en equipo.

«Alicia, ¿nos dejas ver tu dibujo?».

Ane aprovechó que la señorita Bea miraba mi dibujo para pegarle el chicle a Eli. «Aquí falta alguien, ¿no?», dijo la señorita Bea enseñándoselo a la clase.

Había un hombre y una mujer, ambos en el centro. El hombre llevaba gafas y un traje de chaqueta. Sobre su cabeza se leía RICARDO. La mujer era tres veces más grande que el hombre, tenía

mucho pelo y muy largo y un vestido hecho de espirales. Sus pies quedaban a la altura de la boca del hombre. Sobre su cabeza CRISTINA.

«¡Parece un león!», gritó Ion señalando el dibujo de mi madre. La clase estalló en carcajadas.

«Silencio, Ion. ¿No falta alguien aquí, Alicia?».

«¡Se la ha comido el león!», volvió a gritar Ion.

Sonó el timbre. Ane hizo una bola con su dibujo y lo tiró a la papelera. Después me cogió la mano, arrastrándome hacia la puerta. «¿Me esperas fuera? Tengo que hablar con la señorita Bea».

«¡Pelota!», gritó Ane, y salió corriendo.

En cuanto la vi desaparecer por la puerta, rescaté la bola de papel que ella acababa de tirar y la metí en mi mochila.

Mi madre nos miraba, esperando una respuesta.

«Eli es una hija de puta», dije yo finalmente. El tortazo se oyó en Gambia.

VIII

«Ane, será mejor que te lleve a casa».

Ane recogió sus cosas en silencio y salió por la puerta detrás de mi madre. Yo esperé sentada en el sofá, las lágrimas surcándome las mejillas, el oído derecho zumbándome. Leve tintineo de las llaves, CLIS, CLAS, dos movimientos seguros y enérgicos. Por la forma de abrir la puerta, supe que era mi padre. La coreografía de Cristina era otra: un par de minutos rebuscando en el bolso, un tintineo de llaves más ruidoso hasta que finalmente la metía en la cerradura y abría. «*Ama*, las llaves» fue una de mis primeras frases. «*Ama*, las llaves», antes de salir de casa cada día. «*Ama*, las llaves», con un nudo en el estómago porque los diez o quince minutos en los que Cristina buscaba las llaves hacían que llegásemos tarde al colegio. Quien diga que la infancia es la mejor época de la vida tiene muy mala memoria. Para mí, la infancia era lo que para los cristianos la tierra: un trámite engorroso por el que había que pasar antes de llegar a la vida adulta, una vida donde no dependiese de nadie, donde no tuviese que decir: «*Ama*, las llaves».

Corrí a abrazar a mi padre.

«¿Qué ha pasado?». No contesté. Me quedé llorando, abrazada a sus piernas. Mi madre nos encontró así.

«Alicia, a tu cuarto». No me moví.

«¿Qué ha pasado?», preguntó mi padre.

«Ahora te cuento. A tu cuarto». Al ver que no me movía, mi madre me cogió del brazo, me separó de mi padre y me llevó hasta mi habitación.

«No quiero que vuelvas a hablar con Ane. No quiero que Ane vuelva a entrar en esta casa».

«Pero…».

«Pero nada. Se acabó. A partir de ahora, vendrás a casa tú sola y

te pondrás a hacer los deberes inmediatamente. ¿Dónde está tu mochila?».

«En el salón».

Cristina desapareció para reaparecer con mi mochila.

«Los chicos hacen lo mismo y nadie les dice nada».

«Ponte a hacer los deberes». En cuanto Cristina me dejó sola en mi habitación, abrí la mochila y saqué el dibujo de Ane.

MI FAMILIA, escrita con caligrafía infantil ocupaba el lado superior de la página. En la parte inferior izquierda, una mujer hecha de círculos. Ane había decorado el círculo más grande, el cuerpo de la mujer, con margaritas. La mujer no tenía boca. CARMEN. Al lado de Carmen, una figura más alta, con el pelo lacio cortado al estilo paje, un cuerpo cuadrado y una sonrisa. ANE. En la parte inferior derecha, al lado de Ane, una figura prácticamente igual a Ane en cuanto a altura y vestuario, solo que con el pelo rizado. ALICIA. Agustín no estaba por ningún lado.

Al día siguiente, Eli vino a clase con los ojos llorosos y cuatro dedos menos de pelo. Ane me evitó durante toda la mañana. Yo me moría de ganas de contarle la historia de Sansón que mi padre me había contado unas semanas antes. Quería decirle que nosotras éramos las Bichas, sí, pero que Eli era Sansón. A la hora del recreo la encontré jugando sola con unas canicas. Sin decir nada, saqué mis canicas del bolsillo y me senté a su lado. Ane dejó de jugar y sin mirarme dijo: «Ya no podemos ser amigas». Yo coloqué mis canicas en fila y sin mirarla dije: «No somos amigas». Jugamos en silencio hasta que sonó el timbre. Mientras recogíamos las canicas, cada una las suyas y aún sin mirarnos, dije: «Somos hermanas». Ane no contestó y no volvimos a hablar del tema. Tampoco volvimos a separarnos hasta pasados muchos años.

IX

Conduzco hasta Zumaia con la música lo suficientemente alta como para no tener que entablar conversación. Necesito comprar tiempo, decidir si le cuento lo de Otto. Ane apaga la radio.

—Iosune me va a dejar.

—¿Cuántas veces te ha dejado en los últimos años?

—Esta vez va en serio.

—Las otras veces también iba en serio.

—No, Ali, hostia. Se va. Le han ofrecido un puesto en Montreal y se va.

—¿Montreal? ¿Por qué Montreal?

—Y yo qué sé.

«Y yo qué sé» es la frase que más veces le he oído decir a Ane. Significa que sí sabe pero que necesita algo de tiempo y bastante vino para decirlo en voz alta. «No, Ali, hostia» es algo que también dice mucho.

Aparco el coche enfrente del primer bar abierto que veo. Parece que Ane no tiene intención de bajarse.

—¿Cuándo se va?

—A finales de año.

—Bueno, tenéis tiempo.

—No. Se va a Montreal a finales de año. De casa se va la semana que viene.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha liado con la jefa de proyecto. El domingo se va a su casa y en diciembre se van las dos a Montreal.

—Joder…

—Ya. Iba a pasar tarde o temprano.

Nos quedamos calladas unos segundos.

—¿Vino?

—Vino.

X

Ane conoció a Iosune en la facultad de Psicología y se tuvo que comer sus propias palabras, las palabras que me dirigía cuando yo empecé a salir con Martín tres años antes para ser más exactas. «Qué pereza las parejas que se pasan el día pegadas», «deja de hablar en plural», «¿podemos hablar de otra cosa?», «entiendo que estés enamoradísima, pero chica, todo el día con el monotema», «¿no podemos quedar a solas tú y yo?». Ane conoció a Iosune y empezó a hablar en plural, a estar todo el día pegada a ella, a ser monotemática y a espaciar los planes conmigo. Iosune le presentó a un montón de gente, le introdujo a la teoría *queer* y al sexo adulto, le descubrió que podía tener orgasmos múltiples y hacer *squirts*.

Al mes de conocerse, Ane y Iosune organizaron una cena en el piso de esta última y nos invitaron a Martín y a mí. Los cuatro sabíamos que aquello era una celebración de la oficialidad de su relación, pero ninguno lo mencionó de forma abierta. Ane estaba nerviosa, quería impresionar a su nueva novia, quería que Iosune me gustase y que yo le gustase a Iosune. Yo estaba nerviosa por los mismos motivos. Teníamos dieciocho años y una cena en casa de alguien que no consistiera en *pizza* y cerveza nos parecía muy adulto, al menos a Martín y a mí.

Pensaba que tras años jugando a las mamás y los papás, a hacer la compra, a conducir un coche de pedales, a imitar distintas profesiones y pintarme con el maquillaje que le robaba a mi madre, en definitiva, a jugar al juego favorito de todos los niños, que no es otro que el de imitar a los adultos, me convertiría en uno de ellos sin demasiado esfuerzo; de los que toman decisiones sin dudar y miran muebles durante meses comparando precios, materiales y diseño, de los que entierran su dolor debajo de un millón de capas de tesón, ropa, esfuerzo, trabajo, viajes, hijos, cenas, fotos, pero aún

tengo la sensación de estar jugando, de no ser una adulta de verdad. Cuando observo a otras personas de mi edad, también tengo la sensación de que fingen, como cuando me encontré a una excompañera de colegio empujando un carrito con un niño dentro y me hizo un monólogo sobre las bondades de la maternidad y lo ocupada que estaba sin darme tiempo a responder y a mí me dio la sensación de que entre líneas gritaba: «¡Mira qué bien imito a los adultos! ¡He entrado en el club!». Durante un tiempo casi me lo tragué: tenía casaparejatrabajo y dinero para comprar ropamueblesvinovacacioneseinclusouncoche. A día de hoy creo que la adultez es un engaño que tiene más que ver con la acumulación de relaciones, objetos y experiencias, todas ellas metidas en un mismo saco en el que el aire no entra con la frecuencia suficiente.

Martín y yo nos presentamos en casa de Iosune con una botella de vino tinto y una tarta de queso que yo había preparado el día anterior. Él se había puesto una de las dos camisas que tenía y una americana que se compró para la boda de un primo suyo. Yo me había comprado un vestido para la ocasión que conjunté con un par de zapatos de tacón que había adquirido para esa misma boda. Los labios rojos. Ane y Iosune nos recibieron en vaqueros, sudadera y ni una gota de maquillaje. El piso era enano y estaba abarrotado de trastos viejos y libros. Las paredes estaban abigarradas de acuarelas y dibujos en los que los animales eran los protagonistas.

—¿Son tuyos?, —le pregunté a Iosune.

—Sí.

—Muy bonitos.

Intenté pensar en algo más que decir pero no se me ocurrió nada. Me sentía ridícula con mi vestido y mis tacones delante de esa chica con el pelo mojado y los pies descalzos.

—¿Queréis dejar eso en la cocina?

—Sí, la tarta estará más rica fría.

—¿De qué es?, —preguntó Iosune.

—De queso.

—Iosune es vegana —dijo Ane.

Ignoré la mirada que me lanzó Martín e intenté no mirar a Ane.

—Lo siento, pensaba que Ane te habría avisado.

—No pasa nada.

Iosune nos enseñó la casa (tres habitaciones como tres zulos, una

cocina, un salón y un baño, todo minúsculo) y pasamos a cenar a una mesa que habían montado para la ocasión, un cuenco lleno de cuscús en el medio, cuatro tenedores, cuatro boles distintos y cuatro copas iguales con pinta de no haber sido estrenadas.

—Pensaba que los veganos comían de todo menos carne y pescado —dijo Martín.

—Esos son los vegetarianos. Los veganos no comemos nada que provenga de los animales: ni carne, ni pescado, ni huevos, ni lácteos, ni miel.

—¿Miel?

—La miel proviene de abejas explotadas.

Martín no dijo nada. Nos sentamos a la mesa.

—El cuscús está buenísimo. Para no llevar nada de carne, está buenísimo —dijo Martín llevándose el tenedor a la boca. Ane y Iosune intercambiaron una mirada.

—Vives con otras dos chicas, ¿no?, —dije yo, ansiosa por cambiar de tema.

—Sí. Son compañeras de clase. De Pontevedra. Alquilaron el piso y después entré yo. Es muy pequeño pero nos apañamos.

—Son muy majas —dijo Ane.

—¿También son…?, —dijo Martín señalando a Iosune y luego a Ane.

—¿Pareja?, —dijo Iosune.

—Lesbianas.

La respuesta de Iosune tardó unos segundos más de lo necesario.

—Sí.

Seguimos comiendo en silencio.

—Cuatro lesbianas en un piso. ¡La fantasía de cualquier hombre!

Iosune soltó el tenedor y se fue a la cocina. Ane fue detrás.

—*Maitia…* —le susurré a Martín—. Para.

—¿¡Pero qué he dicho!?

En ese momento Ane y Iosune salieron de la cocina trayendo un pastel que no era el mío.

—Pastel de coco y algarroba —dijo Ane.

—¿Qué es algarroba?, —pregunté yo sonriendo de oreja a oreja, como si la respuesta de Ane fuera a cambiar mi vida.

—No sé, pero se parece al chocolate.

—Voy a por servilletas —dijo Iosune.

En cuanto se dio la vuelta, Ane me miró negando con la cabeza y susurró: «No se parece en nada al chocolate. Es asqueroso». Ane y yo nos reímos bajito, como cuando éramos pequeñas.

—¿Y por qué no le dices que te parece asqueroso?, —dijo Martín justo en el momento en que Iosune volvía al salón.

—¿Qué es asqueroso?, —preguntó Iosune.

—Nada, amor.

—¿El pastel?

—No, no, *maiti*. El pastel está buenísimo. Se nota que te has pasado toda la tarde en la cocina —dijo Ane fulminando a Martín con la mirada.

Comimos el pastel en silencio. Asqueroso, efectivamente.

—¿Os gusta?, —preguntó Iosune.

—¡Mucho!, —dije yo con más entusiasmo del que pretendía.

—No es mi estilo —dijo Martín.

—¿Y cuál es tu estilo?, —dijo Iosune, enfatizando la palabra *estilo*. Martín no se dio cuenta.

—La tarta de queso, por ejemplo. Es mi favorita.

—Te pongo un trozo.

—Si no te importa…

—Claro.

—Ya se la pongo yo, no te molestes —dije yo, huyendo a la cocina. Ane vino detrás.

—¿A este qué hostias le pasa?

—No sé. Creo que está nervioso. No se lo tengas en cuenta, porfa. Es que es la primera vez que…

—¿Que qué?

—Que, bueno…, ya sabes…

—¿Que ve a dos bolleras? Porque a mí lleva viéndome muchos años.

—Ya, pero no… juntas. Para él es nuevo.

—«Para él es nuevo». No somos animales exóticos de un zoo —dijo Ane sacando la tarta de la nevera—. Además, no es verdad que sea la primera vez que ve a dos bolleras juntas. —Me guiñó un ojo y volvió al salón.

—Bueno, nosotros mañana tenemos que madrugar. Muchas gracias por la cena, estaba todo buenísimo —dije yo después de recoger los platos.

—¿Qué vais a hacer mañana?, —preguntó Ane.

—Nos vamos a pasar el día a Donosti.

—Pensaba que fuisteis ayer.

—Sí…, bueno, al final no. O sea, sí, pero yo quería comprar una cosa que al final no encontré y vamos a volver mañana a ver si la encontramos.

—Mañana es domingo —dijo Iosune.

—Mi madre nos ha invitado a comer en Donosti y queremos ir con tiempo. Los domingos hacen un mercadillo de artesanía en la plaza Guipúzcoa y Alicia quería echar un vistazo, a ver si encuentra la mochila de cuero que lleva buscando desde el año pasado —dijo Martín.

—Ah, muy bien —dijo Ane. Iosune no dijo nada.

—Bueno, pues muchísimas gracias por la cena. Ha sido un placer, Iosune —dije yo. Le di dos besos y luego abracé a Ane.

—Encantado —dijo Martín.

Martín y yo fuimos hasta el coche en silencio.

—Conduzco yo. Has bebido mucho —dije.

—Estoy perfectamente.

—Déjame las llaves.

—Estoy perfectamente.

Cuando Martín repetía dos veces la misma frase significaba que estaba borracho y/o enfadado. No insistí.

—¿Tenías que mencionar lo de la mochila de cuero delante de Iosune?, —dije yo.

—¿Qué dices?

—Es vegana.

—Vegana y gilipollas. No sé qué le ve Ane. Ni siquiera está buena.

—Estaría nerviosa. A mí me ha caído bien.

—Sí, ya lo he visto. Las tres contra mí.

—Nadie está contra ti.

—Pues lo parecía. ¿Te crees que no me doy cuenta?

—¿De qué?

—De que te avergüenzas de mí.

—No me avergüenzo de ti. ¿Qué dices?

—Tus amigas y tú, tan listas todas…

—No digas tonterías. Ane también es tu amiga.

—Ane es mi amiga porque soy tu novio. Si no ni se me acercaría.

—No digas tonterías.

—No son tonterías. Todo lo que digo te parecen tonterías. Crees que soy tonto, ¿a que sí?

—No.

—Sí. Te crees muy lista y crees que yo soy tonto.

—Si creyera que eres tonto no estaría contigo.

—Estás conmigo porque te encanta ser la lista de la relación. Te encanta sentirte superior a mí.

—No es verdad. Por favor, no quiero discutir.

Al llegar a nuestra casa, que aún estaba llena de cajas porque nos acabábamos de ir a vivir juntos, Martín se puso a ver la tele y yo me metí en el baño, a realizar el ritual que Cristina me había enseñado desde pequeña: «Cuando seas mayor y te maquilles, desmaquíllate siempre, pase lo que pase, cuando tengas mi edad lo agradecerás. Después te lavas la cara con jabón, mejor si es de farmacia. Y por último, una buena crema hidratante. No hace falta que te gastes mucho dinero en la crema, las hay baratas y buenísimas. Y lo más importante: cepíllate los dientes. Te sangran las encías porque no te los cepillas bien, Alicia. Sigue cepillando aunque te sangren».

XI

—Es todo una mierda.

Aún no he terminado mi primera copa de vino. Ane acaba de empezar la tercera. No seré yo quien le diga que hay que mirar el lado positivo de las cosas, porque no creo que todas tengan un lado positivo. Hace falta ser gilipollas o tener mucho dinero para pensar así.

—Pues sí. Es todo una mierda.

Bebemos en silencio hasta que termino mi copa.

—No puedo beber más. Tengo que conducir.

—Ya bebo yo por ti, no te preocupes.

Ane me ha contado que Iosune y ella llevaban unos meses mal, que ya no follaban y que todo eran reproches. Exceptuando lo de follar, no recuerdo una época en la que Ane y Iosune fueran felices. Iosune tenía una idea muy clara de cómo quería que fuera su pareja e intentaba moldear a Ane a su antojo. Ane no se dejaba, se rebelaba constantemente. Iosune la castigaba con silencios que podían durar días.

En la facultad, Iosune no paraba de acumular matrículas de honor mientras Ane se saltaba las clases para ir a alguna manifestación, jugar una partida de mus en la cafetería, ir a pillar marihuana en algún antro, o cualquier cosa que no fuera estar en clase. Iosune se lo echaba en cara constantemente. «No entiendo cómo siendo tan inteligente te comportas así», «te vas a arrepentir», «te estás echando a perder», como si mi amiga fuera un comestible caduco al que le quedasen unos pocos días. Pero Ane no se estaba echando a perder, se estaba echando a la vida, lanzándose a todo aquello que le acelerase el pulso, buscando aventuras dentro de sus posibilidades. Ya que no podía usar el mundo como su parque de atracciones particular, yéndose de mochilera a algún país lejano como hacen los hijos de la gente rica, Ane se recorría Bortiz y los

pueblos aledaños llena de curiosidad. «Estoy ansiosa, Ali», me decía, pero yo sabía que no era ansiedad, que lo que tenía Ane eran unos sueños mucho más grandes de lo que Bortiz y sus alrededores podían ofrecerle. «Estoy ansiosa», porque el mundo era grande, sus ganas de recorrerlo inmensas, y sus posibilidades, escasas. El psicólogo de la Seguridad Social le dio la razón y relajantes musculares. Iosune decía que era una vaga. Pero yo sabía que lo único que le pasaba era que estaba tan llena de vida que a veces no sabía qué hacer con todo eso que le quitaba el hambre y le ponía el cuerpo en marcha, un pie delante del otro sobre el asfalto, independientemente de la temperatura exterior. La única forma en que Ane podía controlar esas ganas era fumando marihuana, convirtiéndose en un cuerpo pesado y un cerebro aletargado. Dejó la carrera en segundo y empezó a trabajar de camarera en la única discoteca de Bortiz, un antro de finales de los ochenta donde era imposible mantener una conversación y donde ella conseguía justo lo que necesitaba: marihuana gratis y una forma de llenar las horas y no pensar demasiado.

Esa fue la primera vez que Iosune rompió con ella, alegando que no veía futuro con alguien que no fuese capaz de tomarse en serio a sí misma. Lo que Iosune quería decir era que no veía un futuro al lado de alguien que no tuviese una carrera universitaria, algo que ella jamás admitiría. «Tanto marxismo y tanta conciencia de clase pero luego la muy puta no quiere una novia camarera», me dijo Ane en una de las muchas tardes que quedábamos después de que Iosune y ella hubiesen discutido. Mientras tanto, yo me sacaba la carrera de Periodismo sin demasiado interés, dándome ánimos, pensando que quizás, al terminar la universidad, Ane y yo podríamos irnos a vivir a alguno de los sitios con los que soñábamos desde que éramos niñas: Barcelona, Praga, Nueva York, Oporto, San Francisco.

Al terminar el instituto, Ane y yo invertimos los pocos ahorros que teníamos en un viaje a Venecia, nuestro primer viaje juntas. Era noviembre y hacía un frío helador, pero apenas había turistas y Ane y yo recorrimos sus calles con los estómagos llenos de *pizza* y vino barato, fascinadas por la belleza de la ciudad, tan felices que la risa se nos escapaba sin parar. Nos prometimos mutuamente que Venecia sería nuestra salida de escape, que si las cosas se torcían,

nos mudaríamos allí, trabajaríamos de cualquier cosa y nos dedicaríamos a ser felices. Volvimos al cabo de dos años, esta vez en agosto. Entonces nos pareció fea, como una niña prodigio convertida en una adulta sin más encanto que el recuerdo de lo que una vez fue. Las calles estaban atestadas, sucias, apenas se veía nada por la cantidad de gente que había, los venecianos contestaban a nuestras preguntas ariscos, sin duda hartos de que su ciudad fuera constantemente invadida. Volvimos a casa algo decepcionadas, pero mantuvimos intacto el recuerdo de aquella primera vez.

A pesar de ser una estudiante mediocre, conseguí unas prácticas en una revista femenina. Bueno, me las consiguió Mercedes, la madre de Martín, que conocía a mucha gente importante y cuyo objetivo vital consistía en intentar sustituir a mi madre. No podía rechazarlo, no cuando había compañeras de clase infinitamente más preparadas que nunca iban a tener la oportunidad que a mí se me había brindado. Era muy afortunada. O eso decían Martín y su madre. Acepté las prácticas y un año y medio después ya tenía un contrato indefinido a jornada completa como redactora. Al año siguiente ya me lo había montado de tal manera que podía trabajar desde casa siempre que quisiera. Tal y como están las cosas, una afortunada. Se me había aparecido la Virgen. Había gente dispuesta a matar por un puesto de trabajo como el mío. Etcétera. Muchas de mis compañeras no podían permitirse hacer prácticas no remuneradas y se veían obligadas a encadenar trabajos que nada tenían que ver con lo que estudiaban y que no les servirían para rellenar el currículum. Ane lo llamaba «la trampa de la universidad»: todos tenemos acceso a la universidad, pero si tu familia no tiene los medios ni los contactos, trabajarás en la misma mierda en la que trabajaron tus padres pero cobrando una miseria si tienes suerte. El título universitario solo te servirá para gozar de un ligero sentimiento de superioridad en las cenas familiares y otro de fracaso cuando te compares con aquellos que han accedido a un puesto de trabajo gracias a un máster que tú no te has podido permitir.

Mercedes tiene la capacidad de ser pasivo-agresiva aunque no lo pretenda: es de esa clase de gente que no ha tenido mucha ocupación ni demasiada preocupación en su vida y que están en el mundo como si este fuera todo para ellos, como si el planeta tuviera

que estar agradecido por contar con personas así entre la raza humana. Lo que Mercedes no decía directamente era que yo debería estar agradecida por que Martín estuviera conmigo. Martín, su hijo pequeño, su proyecto de vida, su todo. Tan guapo, tan perfecto. Cómo podía él estar con alguien como yo, tan mediocre, tan bajita, tan normal.

No había una semana en la que ella pudiera prescindir de ver a su hijo y de paso a mí. En presencia de Mercedes, la palabra que yo más decía era *gracias*. Gracias por la comida, estaba todo buenísimo. Gracias por invitarme a tu casa. Gracias por preocuparte. Gracias por dejarme a tu hijo. Gracias por dejarme existir. Gracias, gracias, gracias, Mercedes. Muchísimas gracias. Mercedes hacía que me sintiese en deuda con ella constantemente. Me compraba regalos caros que yo no le había pedido, me llamaba al menos una vez a la semana para ver si necesitaba algo, nos regalaba a Martín y a mí escapadas de fin de semana y cenas en restaurantes de moda, compró el piso en el que Martín y yo vivíamos, en el que aún vivo. Cualquiera podría pensar que soy una desagradecida, que Mercedes es una buena mujer que le tiene cariño a la novia de su hijo muerto, pero es fácil dárselas de buena persona cuando tienes todo el tiempo y el dinero del mundo y un marido que te ignora. En vez de dedicarse a la beneficencia, como hacen las mujeres de su clase, Mercedes se dedica a mí, yo soy su proyecto de buena cristiana. Pobrecita niña.

—Ven a vivir conmigo —le digo a Ane.

—¿En serio?

—Claro. Tú no te puedes permitir pagar un alquiler sola, yo tengo una casa vacía que se me cae encima. Vente. No sé cuánto durará esto, no sé si a Mercedes se le cruzarán los cables y me echará, pero de momento…

—¿Estás segura?

—Segurísima.

XII

Jamás habría imaginado que pudiera dormir con un cenicero lleno de colillas al lado.

Tampoco me creía capaz de estar más de dos días sin ducharme. Hay algo fascinante en ser la espectadora de tu propio hundimiento, algo desafiante. ¿Cuándo fue la última vez que cambié las sábanas? ¿Qué profundidad tiene mi abismo?

El polvo acumulado apenas deja que la luz entre por las ventanas. Hay libros desparramados y vasos y platos sucios por toda la casa. La pintura de las paredes ha perdido su lustre, al igual que los muebles, que a pesar de ser bastante nuevos, se ven avejentados y fuera de lugar, como cuando un padre intenta ser gracioso delante de las amigas adolescentes en el cumpleaños de su hija.

El cuarto de baño contiguo a nuestra habitación es la única estancia de la casa que he mantenido limpia, la bañera convertida en un santuario en el que me lavo a la luz de una vela, dejando que mi cuerpo y mi cerebro se reblandezcan bajo el chorro de agua caliente hasta que la tensión baja tanto que acaba por irse por el desagüe.

Bañarnos juntos fue una de las muchas cosas que nos quedaron por hacer.

Tres horas y ocho minutos después, la casa está limpia. Y aun así.

Yo me masturbaba en esta bañera e intentaba no hacer ruido si estabas en casa.

Es la primera vez que voy al supermercado desde que Martín murió. Gloria, la empleada del hogar de Mercedes, me trae la compra a casa: comida sana que nunca toco y que mi padre se lleva para cocinar y traerla de vuelta en *tuppers*. La idea de que Ane y yo vayamos a vivir juntas me da el empujón que necesito para ir a un

sitio cerrado lleno de gente. «No va a pasar nada», me repito una y otra vez. «No va a pasar nada».

Empujo el carrito por las secciones a las que Gloria nunca va: comida precocinada, congelados, galletas, chocolate, chucherías, alcohol, llenando el carro a mi paso, cogiendo lo primero que me entra por los ojos. Con el carro ya lleno, voy a la sección de frutas y verduras, en parte por un leve sentimiento de culpa, pero también porque sé que a Ane le gusta desayunar zumo de naranja.

—¡Alicia!

Esa voz afectada, ese gritito histérico. Empiezo a sudar. «No puedes salir corriendo. No puedes salir corriendo». Me doy la vuelta en lo que parece una eternidad, el tiempo estirado a cámara lenta. Mercedes está prácticamente sobre mí. Siempre se pone muy cerca. Demasiado cerca. No puedo ver más allá de ella de lo cerca que está, de lo cerca que tengo su sonrisa de dientes perfectos, sus mechas color caramelo, su jersey de cachemira, su maquillaje, su bótox, sus tetas operadas, sus pendientes de oro blanco. Su perfume me provoca una ligera náusea.

—¿Qué tal estás, querida? ¡Qué alegría ver que ya sales de casa!

Me envuelve en un abrazo fuerte, dejando mi cabeza apoyada en su hombro. Desde ahí veo a quien tiene detrás. Otto.

—Hola, Alicia.

Aparto a Mercedes de mí. Me sudan las manos.

—¿Qué hacéis vosotros por aquí?

Es la primera vez en mi vida que veo a Mercedes pisar un supermercado.

—Gloria tenía al niño enfermo y hemos pensado que hoy la compra la vamos a hacer nosotros —dice ella, como si ir al supermercado fuera el equivalente de una expedición por el Amazonas—. ¿Cómo estás?

—Bien. Bueno, ya sabes. Todo lo bien que puedo estar. —Intento poner cara de estar muy apenada. No es que no lo esté, es que quiero que Mercedes vea mi pena—. ¿Qué tal estás tú?

—Destrozada. Estoy destrozada, Alicia —dice ella, que no tiene que fingir nada porque su hijo pequeño está muerto. Le echa un vistazo a mi carro.

—¡Vaya! ¿Estás de celebración? —A esto me refería con lo de la pasivo agresividad.

—No. Ane se va a quedar en casa unos días, está un poco triste y he pensado que esto podría animarnos un poco.

—Ah, bueno, claro. Hay que intentar animarse. Para mí es imposible, claro… —Mercedes rompe a llorar desconsoladamente. La abrazo. Nos quedamos así, abrazadas, un instante que se me hace eterno. Cuando por fin me suelta, tiene todo el rímel corriéndole por las mejillas. Me doy cuenta de que solo cuando llora aparenta la edad que verdaderamente tiene.

XIII

Querido Martín,

Perdóname. No sé en qué estaba pensando cuando le dije a Ane que viniese a vivir a nuestra casa. Tienes que perdonarme, ya no sé quién soy. Esta pena primitiva que me invade desde que te fuiste me ha hecho perder la cabeza. No voy a dejar que nadie entre en nuestra casa, no quiero que nadie se pasee por estas habitaciones, ni que se siente en el sofá ni toque nada. No voy a dejar que Ane descuelgue tu ropa para hacer espacio a la suya, ni que use tus toallas u ocupe tu lugar en la mesa. Puede que tuvieras razón, puede que me parezca a Cristina más de lo que creo. Pero yo no soy Cristina, yo no te voy a abandonar, mi amor. No sé cómo he podido dejar espacio a algo más que no fuera este dolor, este recordatorio de que ya no estás. El dolor me vuelve loca, pero también me acerca a ti. Todo este peso en el cuerpo, los ojos hinchados, esta presión en el pecho: esta es mi forma de sentir tu presencia, de tenerte otra vez a mi lado. La angustia me define. Sin ella, solo queda el vacío.

XIV

Dejo las bolsas de la compra en la cocina y me acurruco en el sofá. Enciendo la tele con la esperanza de distraerme. Suena el teléfono.

—*Maitia*, ¿cómo estás?

—Estoy bien, *aita*. Esperando a Ane.

—Ah, ¿vais a cenar juntas? Me alegro. Te vendrá bien un poco de compañía. —Silencio—. He pensado que a lo mejor te apetecía comer conmigo en casa el domingo. Puedo preparar canelones y encargarle a Bego los bizcochos esos que te gustan tanto…

—Gracias, *aita*. No lo sé. Te digo algo mañana, ¿vale?

—Vale. Llámame si necesitas cualquier cosa.

—Vale. *Agur, aita*.

—*Agur, laztana*.

Desde que Martín murió, mi padre intenta que vaya a su casa todas las semanas. De momento no lo ha conseguido. Ricardo tiene sus propias heridas, su propio abandono. Temo que si juntamos nuestro dolor, este sea demasiado grande. Temo a la soledad de mi padre casi tanto como a la mía. Y sin embargo…

Tintineo de llaves.

CLAS,

CLAS, CLAS. Ane se asoma a la puerta con la cara enrojecida por el frío.

—¿Qué haces ahí hecha una bola? Va, vamos a preparar algo de cena. Me muero de hambre.

Tira su abrigo sobre el sofá y va a la cocina.

—¿Para quién es todo esto?, —grita. No digo nada—. Bueno, mira, mejor. No me apetece cocinar.

Viene al salón cargada con una bolsa de patatas fritas.

—He metido una *pizza* en el hor… ¿Qué te pasa?

No me salen las palabras. Las lágrimas, en cambio, campan a sus

anchas por mis mejillas.

—Ven aquí.

Ane me abraza y yo me dejo abrazar.

XV

Cuando tenía doce años oí cómo uno de los chicos mayores del colegio le decía a otro que la tarde anterior le había visto el coño a una chica con la que se había besado. «Qué asco. Lo tenía como un sándwich de jamón, con todo *pa' fuera*». Ellos se rieron y yo me mortifiqué: el mío también era así. Yo también tenía un monstruo entre las piernas. Aquella cosa asquerosa de la que solo salía flujo y orina y que latía con vida propia y tenía un hambre que yo sabía que tenía que controlar y del que no le podía hablar a nadie. Qué es esa grieta carnosa que grita y se enciende entre mis piernas. Qué son todos esos pliegues desordenados. No sabía distinguir el clítoris de los labios menores porque mis labios no se parecían a los que veía en los libros de texto: los míos salían hacia fuera, amenazantes, no eran «menores», y yo estaba segura de que era mi clítoris y que lo tenía hacia fuera por lo mucho que me había tocado, por lo mucho que me había frotado por encima de las bragas. Siempre era por encima de las bragas, no me atrevía a tocarme directamente.

Durante las clases, cuando los profesores no miraban y tras asegurarse de que las chicas estuviéramos mirando, mis compañeros se hacían señales entre ellos estirando los dedos para comunicar el número de pajas que se habían hecho la noche anterior, provocando risitas entre nosotras, que jamás hablábamos de eso. Los dedos estirados solían oscilar entre los tres y los ocho, incitando carcajadas ahogadas cuando el número se acercaba a diez. «Tres», «cinco», «siete». Diez, doce, catorce, pensaba yo, torturada por la sospecha que alimentaba desde hacía tiempo: soy un chico. O por lo menos una chica mala, sucia, enferma. Una chica a medias.

Esa tarde, mientras hacíamos los deberes en mi casa, le conté a Ane el episodio del «sándwich de jamón» y mi sospecha de que el

motivo por el que mi coño era deforme era porque me lo había tocado demasiado.

—Déjame verlo —dijo Ane.

—No.

—Me enseñas el tuyo y yo te enseño el mío.

Era un día de mayo y mis padres habían vuelto a salir a «su cita». Nunca me explicaron en qué consistían esas citas, yo pensaba que iban al cine o a pasear. Años después me enteré de que a donde iban era a terapia de pareja.

Ane y yo estábamos recostadas sobre el sofá, cada una en un extremo. Nuestros pies se rozaban. Ane estiró una pierna y posó su pie encima de mis bragas, que quedaban a la vista bajo la falda del uniforme.

—¿Qué haces?

—No te muevas.

Con el dedo gordo del pie, fue trazando círculos por encima de mis bragas, aumentando la presión progresivamente. Cerré los ojos y me dejé hacer. Justo antes de que llegase al orgasmo, paró.

—Te toca.

En mis bragas blancas se dibujó una mancha húmeda. Estiré el pie e imité los movimientos de Ane encima de sus bragas.

—Más fuerte.

Aumenté la presión y la velocidad hasta que se corrió.

—¿Me lo enseñas ahora?

CLAS, CLAS, CLAS. Las llaves en la puerta. Ane y yo nos sentamos con las piernas muy juntas y cogimos nuestros libros, fingiendo estar concentradas en la lectura. Mi padre entró en el salón.

—¿Qué tal chicas?

—Bien, estudiando. ¿Y la *ama*?

—Se ha encontrado con unas amigas y se ha quedado tomando un café en el centro. ¿Habéis merendado?

—No. Me muero de hambre —dijo Ane.

—Bueno, pues ya os preparo yo algo. Vosotras seguid estudiando. ¿Te quedas a cenar, Ane?

—Hoy le he prometido a la *ama* que cenaría con ella. Es nuestra noche de karaoke.

—¿Puedo ir?, —le pregunté a Ane.

—Claro.

—¿Puedo ir *aita*? Me llevo la ropa para mañana y así Ane y yo vamos juntas al cole. Llevamos toda la tarde estudiando.

—Vale, pero con una condición. El viernes nos vamos toda la familia al cine. Ane, estás invitada.

—Gracias, Ricardo.

Las noches de karaoke en casa de Carmen y Ane eran un cúmulo de risas, chucherías y *pizza*. Micrófono en mano, Carmen, Ane y yo berreábamos canciones de Rocío Durcal delante de la tele hasta agotarnos. A pesar de ser mucho más pequeña y más humilde que la mía, la casa de Ane estaba repleta de cosas que yo envidiaba. Ane tenía tele en su cuarto, una PlayStation de segunda mano con un montón de juegos, zapatillas de deporte con unas lucecitas que se activaban al andar, un aparato de música, una torre gigante de CD y una biblioteca repleta de libros y DVD además de todos los juguetes que Carmen y su hermana, la tía de Ane, le habían ido regalando a lo largo de los años. Yo sabía que mi padre ganaba mucho más dinero que Carmen y no entendía por qué Ane tenía todas esas cosas y yo no. Cada vez que deseaba algo, tenía que pelearme con Cristina, que siempre me decía que no había dinero suficiente para mis caprichos. Esas discusiones terminaban conmigo llorando y con mi madre dejándome de hablar. Una tarde, tras una de nuestras peleas, mi padre entró en mi cuarto. Tumbada en mi cama, lloraba de la rabia.

—Alicia, *maitia*…

—¿Por qué me trata así?

—Ya sabes que a la *ama* no se le dan bien estas cosas, pero te quiere muchísimo.

—No es verdad.

—Sí, Alicia. La *ama* te quiere y quiere lo mejor para ti.

—*Aita*, ¿cómo es posible que Ane tenga todas esas cosas y yo no? Tú ganas mucho más que Carmen.

Mi padre suspiró.

—Carmen le compra a Ane todas esas cosas porque es lo único que se puede permitir. Esa mujer no le va a poder pagar a su hija una universidad privada, ni un máster, ni va a poder enviarla a estudiar fuera. Carmen le da a Ane lo que puede. Yo también podría comprarte todas esas cosas, pero prefiero ahorrar para que puedas ir

a la universidad que más te guste, viajar si te apetece, darte todas las oportunidades que estén a mi alcance. Créeme, si Carmen pudiera, también lo haría.

—¿Y por qué no ahorra ella también?

—Porque no puede, Alicia. Ahorrar es un lujo que Carmen no se puede permitir.

«Me la suda la matrícula de la universidad, *aita*, quiero una tele en mi cuarto», pensé, pero no dije nada. Mi casa era el sitio donde Ane y yo hacíamos los deberes y la casa de Ane era donde nos divertíamos.

Después de nuestra sesión de karaoke, Ane y yo preparamos la cama nido donde dormíamos juntas, le dimos a Carmen un beso de buenas noches y nos acostamos. Era el momento de jugar a nuestro segundo juego de la noche: «¿Te imaginas?». Ane y yo imaginábamos escenarios y situaciones donde tejíamos historias que proyectaban nuestras fantasías hasta quedarnos dormidas.

—Te toca empezar a ti. La última vez empecé yo —dijo Ane.

—Vale. ¿Te imaginas que de tanto practicar con el karaoke en unos años nos volvemos buenísimas y triunfamos como cantantes?

—La verdad es que no me lo imagino. Somos malísimas.

—Ya. Pero bueno, está bien imaginarlo.

—Sí, supongo.

—Te toca.

—¿Te imaginas que tu padre nos hubiera pillado esta tarde?

—No me lo quiero imaginar. Tienen que ser situaciones bonitas, ¿recuerdas?

—Ha sido bonito. —Me quedé callada unos instantes. *Bonito* no era la palabra—. ¿Te imaginas que nos toca la lotería y podemos viajar todo el tiempo que queramos?

—No jugamos a la lotería.

—Da igual, Ane. Estás fastidiando el juego.

—Vale, *barkatu*. ¿Te imaginas que somos novias?

—Sí, hombre. Lo que nos faltaba ya.

—Yo sí me lo imagino. —Ane se volvió hacia mí, nuestras caras casi se tocaban. Me metió la mano por debajo del pantalón y empezó a frotarme por encima de las bragas.

—¿Qué haces?, —dije yo sin poner resistencia.

—Terminar lo de antes. —Sin dejar de frotarme, Ane se tumbó

encima de mí y me besó en la boca. Nos besamos mientras ella me masturbaba hasta que me corrí—. Te toca.

XVI

Empecé a dormir en casa de Ane semanalmente y aquello se convirtió en una costumbre de la que nunca hablábamos. Dejábamos que nuestros cuerpos hablasen, intentando hacer el menor ruido posible, ahogando nuestros gemidos, tapándonos la boca la una a la otra mientras nos frotábamos, nos besábamos, nos acariciábamos y nos mordíamos en la oscuridad. Follábamos mucho antes de que las palabras se interpusieran en nuestro deseo, antes de aprender a nombrar, antes de aprender a otorgarle un juicio moral al sexo. Nombrar las cosas nos aleja de las tinieblas, pero cuando se trata del deseo, las palabras levantan un muro, sotierran el deseo, limitan los cuerpos. Porque el deseo ocurre antes que la palabra. Empieza debajo del estómago, recorre el cuerpo hasta llegar al cerebro y se transforma en fantasía. Si llenamos de palabras el deseo, el hechizo se rompe.

A veces las palabras son el enemigo.

Al día siguiente actuábamos como si nada hubiese ocurrido. Un día Ane me intentó besar en los baños del colegio.

—¿Qué haces? Aquí no.

—¿Por qué no?

—Porque no.

Ane se sonrojó y bajó la mirada, algo impropio en ella. Dejé de ir a dormir a su casa y ella me dejó de hablar. Empezaron a correr rumores de que durante la hora del recreo, Ane se iba al baño con otras niñas, lo cual me ponía terriblemente celosa. Mientras tanto, yo me pasaba la hora de los recreos leyendo algún libro de la biblioteca. Un día, Eli se me acercó mientras leía. Me sorprendió que viniese sola, normalmente iba acompañada de al menos dos niñas que la seguían allá adonde fuera. Era imposible no admirar su pelo, sus facciones perfectas; imposible no comparar su cuerpo de mujer con el mío, en el que ya empezaba a brotar algo de vello en

el pubis y las axilas y un olor animal que intentaba tapar con desodorante y perfume que le cogía a mi madre pero que siempre acababa saliendo a la superficie, dibujándome cercos de sudor en las axilas, pegándose al interior de mis muslos. Estaba convencida de que esa peste que emanaba rebelaba quién era realmente: una niña sucia, salvaje, que ese era el olor del diablo. Yo olía mal, tenía pelos, pero mi cuerpo seguía teniendo formas infantiles. Eli, en cambio, tenía formas de mujer y olía a vainilla. Eli, pensaba, con sus formas de mujer, debía saber mucho más de la vida de lo que sabíamos las demás. Aunque Eli no me gustase, yo sentía deseos de agradarle, anhelaba en secreto su aprobación de mujer guapa. Fingí no percatarme de su presencia hasta que se sentó a mi lado.

—¿Qué tal estás?, —me preguntó con una de esas sonrisas que se reservaba para el profesorado, nuestros compañeros y sus padres. Nunca antes me había preguntado qué tal estaba.

—Bien. —Le respondí intentando sonar indiferente. Volví a fijar mi atención en el libro.

—Me he enterado de que Ane y tú estáis peleadas. ¿Qué ha pasado?

—No estamos peleadas.

—Ah, pues habré entendido mal. Se me hace raro no veros juntas en el recreo. —No se iba a dar por vencida tan fácilmente.

—Ane tiene más amigas aparte de mí.

—¿Y tú? ¿Tienes más amigas aparte de Ane? —Noté que se me encendían las mejillas.

—Sí, pero van a otro colegio. No las conoces —mentí.

—Ya. —Durante unos segundos, vi en su mirada el brillo malicioso que se le encendía cada vez que se burlaba de otras niñas. Otras niñas como Ane y como yo. En seguida recuperó la compostura, su sonrisa dulce—. Este sábado vienen Irati y Saioa a dormir a casa. Pediremos unas pizzas y veremos una peli de miedo. ¿Te apetece? Puedes quedarte a dormir tú también. —Aquello me pilló por sorpresa. Por un lado, sentía que traicionaba a Ane si aceptaba la oferta de Eli, por otro, no tenía más amigas y me moría de curiosidad por ver la casa de Eli por dentro, por saber qué hacían las demás niñas cuando no estaban en el colegio. Eli respondió por mí—. El sábado a las ocho. Pásame tu agenda y te apunto mi dirección. —Se alejó trotando.

Yo ya sabía su dirección. Ane y yo la habíamos buscado años antes, cuando fabricábamos pócimas caseras destinadas a acabar con la vida de aquellos que hacían que la nuestra fuera miserable. Habíamos pasado por delante de la casa de Eli con nuestras pócimas en la mochila dos veces. Nuestro plan consistía en entrar por una ventana e inyectar la pócima en la comida de Eli, pero en ambas ocasiones nos echamos atrás, yo con la excusa de que temía al perrazo que merodeaba por el jardín de los Basagoiti, Ane con la excusa de que todas las ventanas estaban cerradas y era imposible abrirlas desde fuera. Creo que en secreto las dos queríamos que Eli abriera la puerta y nos invitase a entrar por distintos motivos: Ane porque se moría de curiosidad por ver una casa así por dentro, yo porque en el fondo quería que Eli quisiera ser nuestra amiga.

—¿Te imaginas vivir en un sitio así?, —me preguntó Ane mirando embelesada el chalet de los Basagoiti.

—Nosotras viviremos en una casa mejor.

—Tú igual sí. Yo no creo —dijo Ane pateando una piedra con la mirada baja.

—Pues claro que sí. Viviremos juntas. La primera que consiga suficiente dinero como para comprarse una casa comprará una para las dos —dije yo tajante. Ane me dedicó una sonrisa triste que en ocasiones se le escapaba y que la hacía parecer mucho más mayor de lo que era.

Durante esa semana, la palabra *lesbiana* corrió de boca en boca, primero en nuestra clase y después por todo el colegio, primero en forma de cuchicheo y después como insulto. Empezaron a llamar *Ana* a Ane para que rimase con el nuevo calificativo. Tal y como había hecho años atrás con nuestro mote, las Bichas, Ane recogió el insulto y lo convirtió en su identidad. El viernes apareció en clase con el pelo muy corto y teñido de rojo fuego. Fue como si todos esos años hubiera llevado peluca, como si por fin le hubiera crecido su cabello de verdad. Estaba impresionante.

—Bonito *look,* «Ana» —comentó Ion—, así seguro que ligas el doble.

Ane se volvió tranquilamente y sonriendo le contestó:

—Me he comido más coños este fin de semana de los que te vas a comer tú en tu vida, pedazo de inútil.

La clase estalló en carcajadas. Ion no tardó en reponerse del golpe.

—¿A esta se lo has comido?, —dijo Ion señalándome—. ¿A ti te lo ha comido, Alicia? Seguro que sí. Guarras de mierda.

Ane me miró, esperando a que yo dijese algo. No dije nada.

—Ay, que las novias están enfadadas —prosiguió Ion en tono de burla—. Igual es que Alicia se ha dado cuenta de que le gustan las pollas. ¿Te gustan las pollas, Alicia? ¿Quieres que te preste la mía?

—Te he visto la polla, Ion. ¿Qué se supone que tengo que hacer con eso? ¿Pintarme los labios?, —dije mientras buscaba a Ane con la mirada. No me miró.

—Os voy a reventar, putas lesbianas de mierda.

Fingí no tener miedo, pero lo cierto es que lo tenía: Ion era famoso por sus puñetazos y por lo poco que hacía falta para que le entrasen ganas de soltarlos. Aun así le contesté:

—Es que ayer estuve con tu padre y él sí que tiene una buena tranca. Pena que no hayas heredado nada.

Ion se levantó de su silla y dio los tres pasos que le separaban de mi pupitre. Me puse los brazos frente a la cara, a modo de escudo. En ese momento sor Pilar, nuestra profesora de lengua, entró por la puerta. Antes de volver a su mesa, Ion me susurró:

—Te vas a arrepentir, puta.

Volví a intentar intercambiar una mirada con Ane, algo que me dijese que íbamos a hacer frente a Ion juntas, que ella me iba a defender, que no iba a dejar que Ion me pegase. Ane ni siquiera se volvió.

Esa noche no pegué ojo. ¿Cuánto tardaría Ane en volverme a hablar? ¿Por qué de repente Eli quería ser mi amiga? Me imaginé llegando a casa de los Basagoiti, Eli abriéndome la puerta acompañada de todas nuestras compañeras de clase. Las imaginé riéndose de mí por haber sido tan ingenua, por pensar que querrían ser amigas mías. Visualicé a Ane entre ellas, riéndose con más fuerza que las demás, agarrándose la tripa con la cara roja y lágrimas en los ojos. Ane era más valiente, más fuerte, mucho más lista que yo. ¿Cómo podía haber llegado a pensar siquiera que querrían estar en compañía de alguien tan mediocre, tan vulgar, tan poca cosa como yo? Habían elegido a Ane, por supuesto, y ahora todas se mofaban de mí, sus carcajadas retumbando en mis oídos

como en una pesadilla. Esa noche soñé que Ane y yo nos besábamos en mi cama. Cuando separaba mi cara de la suya, no era a Ane a quien estaba besando, sino a Eli. La besaba con rabia, y al separar su cara de la mía, no era Eli, sino Cristina, mi madre. Me desperté horrorizada, la angustia y el asco enredándose en mi estómago con la culpa. Solo una enferma mental soñaría algo así. El diablo que durante el día me atormentaba manifestándose en mi cuerpo a través del sudor y el mal olor apareció en forma de humedad en mi vulva. Esta soy yo, este animal podrido incapaz de controlar su cuerpo. Me masturbé furiosamente, intentando aplacar la angustia y el asco, ahogada en la culpa y la excitación, y volví a conciliar el sueño con la cara bañada en lágrimas.

Al día siguiente no quería levantarme de la cama, no quería ver a mi madre, no quería hablar con nadie y, definitivamente, no iba a ir a casa de Eli. Mi padre se asomó a mi cuarto a media mañana y le dije que no me encontraba bien, que había pasado muy mala noche y necesitaba descansar. Oí a mi madre trajinar en la cocina con ollas y platos, pero no vino a ver qué tal me encontraba. Intenté dormir un poco, pero fue en vano, estaba demasiado alterada por las imágenes de la noche anterior, así que me levanté de la cama y fui a darme una ducha. El agua caliente hizo que me sintiera mejor. Me enjaboné y aclaré el cuerpo y el pelo tres veces, poniendo especial atención en mi vulva, la cual me froté sin mirar hasta hacerme daño. Salí de la ducha renovada, sintiéndome limpia por fin. Rebusqué en el pequeño mueble de cajones del baño hasta encontrar la crema corporal y el perfume de Cristina y me apliqué ambos con cuidado. Ocultar el monstruo no era tan difícil. Cambié las sábanas de mi cama y me puse un vestido blanco estampado con flores rojas que una hermana de mi madre me había regalado por mi cumpleaños. Me miré en el espejo del baño y me vi bonita, limpia. Los fantasmas nocturnos menguaron. Quizás Eli sí quería ser mi amiga. ¿Por qué no iba a quererlo? Al fin y al cabo, yo no le había hecho nada, todas nuestras peleas las provocaba Ane, y ahora que Ane y yo no éramos amigas, yo ya no suponía una amenaza para nadie. Bajé a la cocina animada por ese pensamiento y les anuncié a mis padres que esa noche dormiría en casa de Eli, que ella me había invitado.

—Qué bien, *maitia* —dijo Ricardo—. ¿A qué hora habéis

quedado?

—A las ocho.

—Te acerco con el coche y te paso a buscar mañana por la mañana.

—Gracias, *aita*.

—Ya la acerco yo —dijo Cristina sonriendo, visiblemente complacida por que yo hubiese trabado amistad con otras niñas que no fuesen Ane.

Preparé una mochila con un pijama y una muda limpia e intenté leer hasta que llegase la hora de marcharnos, pero no conseguí leer más de tres líneas seguidas. La fantasía en la que todas las niñas de la clase me esperaban para reírse de mí volvía a mi pensamiento una y otra vez, mezclada con preguntas que me atormentaban. ¿De qué hablaríamos? ¿Debía darle explicaciones a Ane? Me sentía culpable por que ella no fuera a estar allí y al cabo de unos segundos pensaba que era ella la que no me hablaba, ella la que había intentado besarme en los baños del colegio, ella la que se encerraba con otras niñas en esos baños. Veinte minutos antes de las ocho, mi madre entró en mi cuarto como siempre lo hacía, sin llamar a la puerta primero.

—¿Estás lista?

—Sí.

Metí en la mochila la novela que tenía entre las manos, no porque tuviera intención de leer en casa de Eli, sino como si el libro fuera un amuleto. Llevar un libro allá adonde vaya es una costumbre que aún mantengo.

—Qué guapa estás con este vestido. ¿Te has puesto mi perfume?, —dijo mi madre antes de arrancar el coche.

—No.

—Alicia, no pasa nada, pero la próxima vez pídeme permiso —me dijo mientras me acariciaba el pelo. La caricia de mi madre electrizó mi cuerpo. No estaba acostumbrada a recibir demostraciones de afecto provenientes de ella. Gracias, Cristina, muchísimas gracias. Y al mismo tiempo: soy un perro abandonado que lo único que inspira es lástima. No ternura, sino lástima. Cristina retiró su mano de mi pelo bruscamente.

—Pórtate bien. Nada de travesuras. ¿Ane también va?

—No.

—Bien.

«Ane no va, llevo puesto mi vestido nuevo, estoy limpia, voy a hacer nuevas amigas. Entonces me querrás», pensé, pero solo dije:

—Voy a ser buena, te lo prometo. —Mi madre me miró brevemente y me pareció que se le humedecían los ojos, pero apartó la mirada antes de que pudiera asegurarme.

A pesar de mis quejas, Cristina insistió en acompañarme hasta la puerta. Eli nos abrió en pijama.

—Hola, Eli —dijo mi madre con la sonrisa que se reservaba para los desconocidos—. ¿Están tus padres en casa?

—Hola, Cristina. Encantada —dijo Eli con la sonrisa que se reservaba para el profesorado, algunos de nuestros compañeros y sus padres—. Han salido a cenar, pero volverán antes de las once.

—Muy bien. Pasadlo bien, chicas —Cristina me besó en la mejilla, un beso fugaz que reservaba para cuando estábamos delante de otra gente; un beso que no contaba como beso sino como final de una escena teatral.

Eli me pidió que me descalzara. La seguí por las escaleras que daban a la segunda planta, mis pies fríos agradecidos por pisar la moqueta blanca impoluta que combinaba con las diferentes tonalidades de *beige* que predominaban en casa de los Basagoiti.

Goxo, pensé experimentando el mismo leve hormigueo de placer que me producían los cachorros de perro, los libros o la comida caliente en los días de invierno más fríos. *Goxo* en euskera, *cosy* en inglés. En castellano no hay una palabra equivalente. *Acogedor* se le parece, pero no es exactamente lo mismo. *Acogedor* tiene una «g» y una «r» que endurecen la palabra, a diferencia de la «s» de *cosy* o el sonido «sh» de la palabra *goxo*. Acogedor es demasiado larga y no recorre el cuerpo con un hormigueo levemente placentero al ser pronunciada[1].

En casa de Eli se hablaba en euskera, en mi casa se habla castellano. La casa de mis padres era acogedora, la de Eli, *goxo*.

XVII

Irati y Saioa nos esperaban tumbadas boca abajo sobre la moqueta, ojeando revistas. (El olor: incienso como nota de salida, fuerte, ocultando un aroma ligeramente agrio, el de la infancia pudriéndose para dejar paso a la adolescencia, que pugnaba violentamente por salir a la superficie de nuestros cuerpos. Como nota de fondo, un aroma apenas perceptible, bien tapado por los olores anteriormente mencionados: los anhelos salvajes de un grupo de niñas que aún no son mujeres pero que desean serlo, un aroma levemente vaginal. El sonido: *I was born to make you happy*, de Britney Spears, proveniente de una cadena de música con forma de huevo). Comprobé con disimulo el olor de mi propio cuerpo: todo en orden. Las paredes rosa palo de la habitación de Eli estaban cubiertas por pósters de los Backstreet Boys y
N'SYNC.
Un póster descomunal de Britney Spears coronaba la cama. (El deseo por parecernos a ella mucho más profundo que el de enrollarnos con cualquier cantante).

—¿Quieres ponerte el pijama?, —me preguntó Eli. Yo era la única que aún llevaba puesta la ropa de calle.

—Creo que se me ha olvidado en casa —mentí. No quería sacar mi pijama estampado con ositos.

—*Lasai*, te dejo uno. Siéntate donde quieras.

Me senté al lado de Saioa, que levantó la vista para saludarme con un movimiento de cabeza y después siguió leyendo. Irati ni siquiera me miró. Eli me entregó un pijama blanco que olía a suavizante para la ropa.

—¿Dónde está el baño?, —pregunté.

—Al fondo del pasillo a la derecha.

Mientras me cambiaba oí las risas de las tres. «Se están riendo de

mí. Han mirado mi mochila, han encontrado mi pijama y se están riendo de mí». Tuve que contenerme para no robar un bote de pintaúñas rojo que reposaba sobre una de las esquinas de la bañera. Respiré hondo antes de volver a la habitación donde (estaba segura). Eli sostenía mi pijama con una mano mientras con la otra se enjuagaba las lágrimas provocadas por la risa. Pero no era mi pijama lo que Eli sostenía, sino una revista.

—Escucha esto, Alicia —dijo—: «Roberto me apretó los pechos, enviando descargas de placer a cada poro de mi piel. Después se tumbó sobre mí y noté su erección contra mi muslo. Estaba ansiosa por que me penetrase». Irati soltó un gritito histérico. (Irati: una cabeza grande y hueca, aparato dental, los ojos como dos charcos de meado, unas tetas que entonces me parecían enormes y que hacían que los chicos de la clase pasaran por alto la cabeza hueca, el aparato dental y los charcos de pis y se dedicaran a perseguirla para intentar tocárselas). ¿Qué esperaban que respondiera? ¿«¡Qué asco!»? ¿«Qué ganas tengo de que me penetren a mí también»? ¿Esperaban que me riese como una hiena? Sonreí. La respuesta correcta era la primera.

—¿Pedimos las pizzas?, —preguntó Saioa. (Saioa: unos ojos inmensos enmarcados por unas pestañas larguísimas, la sonrisa siempre dispuesta, un cuerpo voluminoso que hacía que los chicos de la clase pasaran por alto sus ojos inmensos, sus pestañas larguísimas, la sonrisa siempre dispuesta y se dedicaran a perseguirla llamándola «foca»).

—Yo aún no tengo hambre. ¿Jugamos a algo?, —dijo Eli. (Eli: cuerpo de mujer, cara de ángel, una crueldad afilada, una forma de decirle a Saioa y de paso a las demás que cenaríamos cuando ella quisiera, una forma sutil de llamarle «gorda» a Saioa. La abeja reina, un aguijón bañado en miel, el equivalente femenino del macho alfa).

—¡Vale!, —dijo Irati—. ¿Tienes cartas?

—Sí —contestó Eli—, pero yo había pensado otra cosa… —dijo alargando la pausa deliberadamente.

—¿En qué?, —preguntó Saioa.

—Beso, verdad o atrevimiento —dijo Eli contestándome a mí en vez de a Saioa (el brillo malicioso reflejado en sus ojos de nuevo). Irati soltó un gritito histérico. Saioa y yo no dijimos nada—. Vamos

a la cocina y os lo explico.

Seguimos a Eli hasta la cocina (suelo de baldosas color tierra, electrodomésticos nuevos y relucientes, una mesa de estilo rústico tallada a mano en el centro con cuatro sillas a juego) y salió a recibirnos el perro, que se abalanzó sobre mí, sus patas delanteras en mis hombros, el terror en la boca de mi estómago.

—*Lur! Segi txokora!* —le ordenó Eli al perro, que obedeció inmediatamente y se tumbó en una esquina de la cocina con la cabeza reposando sobre sus patas delanteras, mirándonos—. Es muy bueno, pero se pone un poco nervioso con la gente que no conoce. La próxima vez que vengas seguro que está más tranquilo —me dijo Eli con su sonrisa dulce. La próxima vez. Si me portaba bien, habría una próxima vez. Le devolví la sonrisa—. *Eseri* —nos ordenó Eli a Saioa, Irati y a mí en un tono parecido al que había empleado con el perro. Obedecimos inmediatamente. Eli sacó de la nevera cuatro latas de

Coca-Cola

y las puso sobre la mesa—. Ahora vengo. —Irati, Saioa y yo bebimos nuestros refrescos en silencio mientras esperábamos a Eli, que reapareció unos instantes después con una botella de vidrio vacía entre las manos. La tumbó en el centro de la mesa y se sentó en la silla que quedaba vacía, enfrente de mí.

—No voy a explicaros el juego. Empiezo yo y así aprendéis. Es muy fácil —dijo Eli. Acto seguido hizo rodar la botella, que se paró apuntándome a mí—. Elige: beso, verdad o atrevimiento.

—¿Qué pasa si elijo beso?, —pregunté.

—Que te tienes que besar con alguna de nosotras —dijo Eli. Ahora ya sabía por qué me había invitado a su casa. Intenté que no se me notaran los nervios.

—Elijo verdad —dije.

—Vale. Una cosa: no podéis elegir dos veces lo mismo. Si la botella os vuelve a apuntar, tenéis que elegir algo distinto —dijo Eli mirándonos a las tres.

—Vale —dije yo. Irati y Saioa asintieron.

—Bueno, Alicia —dijo Eli mirando primero a Saioa, después a Irati, después a mí, sus ojos clavándose en los míos—. ¿Es verdad que Ane y tú…? —Irati se rio antes de que Eli terminase la frase.

—¿Que Ane y yo qué?

—Ya sabes —dijo Eli intercambiando una mirada con Irati.

—No, no sé.

—¿Es verdad que Ane y tú os besáis y hacéis otras cosas? —Sentí mi estómago cerrándose.

—No.

—Tienes que decir la verdad. —El perro se acercó trotando hasta su dueña, que le acarició la cabeza. Después vino hacia mí y me hundió el hocico en la entrepierna. «Si te portas bien, habrá una próxima vez».

—No —repetí.

—*Lur! Txokora!* —le gritó Eli al chucho—. Vale —dijo visiblemente decepcionada—. Ahora te toca a ti. —Hice rodar la botella. Saioa.

—¿Beso, verdad o atrevimiento?, —le pregunté.

—Verdad —dijo Saioa.

—¿Te has besado con alguien alguna vez?, —pregunté.

—Sí —dijo Saioa.

—¡¿Con quién?!, —gritó Eli.

—¡Eso, eso! ¿Con quién?, —dijo Irati.

—La pregunta me la tiene que hacer Alicia y ya me la ha hecho.

—¿Con quién?, —pregunté yo.

—Eso son dos preguntas —dijo Saioa con una sonrisa misteriosa.

—Tus padres y tus hermanos no cuentan —dijo Irati, buscando la complicidad de Eli.

—*Ixo*, Irati —dijo Eli—. Esto se empieza a poner interesante. Te toca, Saioa.

Saioa hizo rodar la botella. Eli.

—Escojo beso —dijo Eli mirándome. Ahora sé que Eli no intentaba provocarnos, que prefería morirse antes que desvelarnos algo sobre sí misma. Irati y Saioa se miraron. Finalmente, Saioa dijo:

—Te tienes que besar con Alicia.

—Vale —dijo Eli levantándose de la silla rápidamente. Me eché hacia atrás de forma instintiva—. ¿Qué pasa? ¿No te gusto? —Irati y Saioa se rieron—. Tranquila, no le vamos a decir nada a Ane. ¿A que no, chicas? —Irati y Saioa negaron con la cabeza divertidas—. Cierra los ojos. —«Si te portas bien, habrá una próxima vez». Cerré los ojos. Eli posó sus labios cerrados sobre mi boca un segundo—.

Ya está. —Irati aplaudió dando botes sobre su silla como una gilipollas. Saioa ocultó su risa detrás de una mano. Eli regresó a su sitio e hizo rodar la botella. Abrí los ojos. Me ardían las mejillas. La botella me apuntó de nuevo. Irati suspiró fastidiada.

—¿Beso o atrevimiento?, —preguntó Saioa.

—Atrevimiento.

—Muy bien. Te tienes que besar con alguna de nosotras. Tú eliges con quién. Con lengua. —Irati y Saioa enmudecieron. Le di un trago a mi

Coca-Cola.

Quería irme a mi casa—. Es para hoy —dijo Eli cruzándose de brazos. Miré a Saioa. «Perdón».

—No quiero —dijo Saioa mirando su refresco.

—Da igual lo que tú quieras —dijo Eli. Saioa me miró suplicante. Quise decirle «tranquila, seré rápida», pero no dije nada.

—No quiero —repitió Saioa. Eli puso los ojos en blanco.

—Venga, Saioa. A ver si es verdad que tienes experiencia en dar besos —dijo Irati maliciosamente. Yo sentía mi vergüenza y la de Saioa, las miradas de Eli y de Irati, la violencia, todo sobre mi pecho. Volví mi cara hacia Saioa. Ella cerró los ojos. Le sujeté la barbilla con suavidad y posé mis labios sobre los suyos. Saioa cerró los ojos. Empujé mi lengua contra su boca, que se abrió lo justo para dejarla entrar, y la moví despacio, buscando la suya, que permaneció inmóvil. Saioa sabía a cumpleaños infantil. Retiré mi cara. Eli e Irati nos miraban fijamente con una mano delante de la boca. Saioa seguía con los ojos cerrados. Nadie se rio. Hice rodar la botella. Eli otra vez.

—¿Verdad o atrevimiento?

—Atrevimiento —dijo Eli.

—Dale un tortazo a Irati.

—¡¿Qué?!, —gritó Irati mirándome horrorizada. Saioa miraba su refresco.

—Dale un tortazo a Irati.

—No quiero —dijo Eli.

—Da igual lo que tú quieras —dijo Saioa mirando a Eli, la mirada endiablada de esta última reflejada en sus ojos bondadosos. Casi pude notar las palabras amontonándose en la punta de la lengua de Eli, listas para ser disparadas por el odio hábilmente

oculto bajo su cara de ángel y su olor a vainilla antes de que las bajara de nuevo al estómago, como si se estuviera tragando un bocado de sabor desagradable.

—Bueno —dijo finalmente Eli forzándose a sonreír—, podríamos ir pidiendo las pizzas, ¿no os parece?

—¡Buena idea!, —dijo Irati.

—Vale —dijo Saioa, su dulzura habitual de vuelta.

—Voy al baño —dije yo, deseosa de huir de la cocina y buscar un lugar tranquilo donde apaciguar la tensión que se me había agarrado al estómago. En el baño me bajé las bragas y descubrí una mancha de sangre oscura en ellas. Cogí rápidamente un trozo de papel higiénico y me lo pasé por la vulva. El papel se tiñó de sangre. Envolví mis bragas con un trozo de papel y volví a la cocina.

—Eli, ¿puedes venir un momento? —Dejamos a Irati y Saioa en la cocina y nos encerramos en el baño—. Creo que me ha venido la regla.

—¿Es la primera vez?

—Sí.

—A mí me bajó el verano pasado. ¿Te duele algo?

—La tripa.

—Vale, *lasai*. —Eli abrió uno de los cajones del lavabo, sacó una compresa y me la dio—. Ponte esto. También puedes usar tampones. Yo no tengo, me hacen daño. No les cuentes nada a estas, ellas aún no la tienen. Será nuestro secreto. Si necesitas algo, dime.

Eli salió del baño. Nuestro secreto. Me alegré de tener un secreto compartido con ella, de que hubiera un «nosotras» (las mujeres) frente a «ellas» (las niñas). Mi repentina alegría se ensombreció: ¿cómo podía estar segura de que esa sangre era menstrual? ¿No me la habría provocado yo, masturbándome como un animal? ¿No sería esa sangre una muestra más de toda la oscuridad que habitaba en mí?

XVIII

Querido Martín,

Me susurraste «mi amor» mientras me desgarrabas, y yo te contesté «mi amor» a pesar de que apenas podía hablar del dolor. Lo volviste a decir cuando ya habías acabado y me besabas con cuidado, lo volvimos a decir una y otra vez, hechizados por esas palabras que nunca habíamos usado juntas y que se trasformaron en palabras mágicas que repetíamos sin cesar, embelesados por su sonoridad. Cuando las palabras se repiten muchas veces, dejan de tener peso, se vacían, pierden su significado, se transforman. Con el tiempo, «mi amor» se convirtió en el sustituto de nuestros nombres, dejó de tener un efecto mágico, y poco a poco fue adquiriendo un tono de reproche. «Mi amor, ¿te has acordado de comprar leche?». «Ya te dije que este viernes tenía partido, mi amor». «Joder, mi amor, te lo he dicho mil veces». Intenté en vano volver a llenar las palabras de significado. Durante los últimos meses que estuvimos juntos te decía «mi amor» con la esperanza de que su sonido nos devolviese a aquellas primeras veces, como si el simple hecho de pronunciarlas pudiera resucitar aquello que ya estaba muerto.

Deseaba con todas mis fuerzas sentirte dentro, sentir que nos fundíamos, que éramos uno. ¿No consiste en eso el amor? En la fusión, en devorar al otro, comérselo, ingerirlo, tenerlo dentro, ser algo que va más allá del propio cuerpo. Desaparecer.

Recorriste mi cuerpo con tus dedos. «Tienes los muslos llenos de olas», me dijiste. Y te pusiste a contar mis olas, acariciándolas una por una. «Ocho olas en el muslo izquierdo, diez en el derecho. Me quiero bañar aquí». Al llegar a casa me encerré en mi cuarto, me desnudé y pasé mis dedos por mis muslos, tal y como tú lo habías hecho, feliz por haberme fusionado contigo y por que hubieras descubierto que mi cuerpo era el mar.

Al día siguiente estaba terminando de limpiarme en el baño del

colegio cuando oí una conversación entre Eli e Irati.

—Odio estas estrías, tía. Son asquerosas. Mírame, tengo los muslos llenos de estrías —dijo Eli.

—Bueno, no son para tanto. Yo también tengo.

—Sí son para tanto. Si con quince años ya tengo estas estrías, imagínate cuando tenga veinte. Mi madre me ha comprado una crema que te las quita. Si quieres apunto el nombre y te lo traigo.

Era la primera vez que oía esa palabra. *Estrías*. Tiré de la cadena y salí.

—Oye, Eli, perdona. He escuchado vuestra conversación sin querer…

—¿Sin querer?

—Sin querer, te lo juro.

—Ya. —Eli miró a Irati y puso los ojos en blanco.

—¿Qué son «estrías»?

—Estás de broma, ¿no?

—No.

—¿En qué mundo vives? Ah, sí. En «el país de las maravillas». —Eli soltó una risita e Irati la imitó. A continuación se subió la falda dejando sus muslos al aire—. Mira. ¿Ves estas rayas moradas y blancas? Pues esto son estrías. Un asco. —Dejó caer la falda sobre sus piernas—. Seguro que tú no tienes, con lo delgada que estás.

—Pues sí tengo.

—Pues lo que le estaba diciendo a Irati. Si queréis os digo el nombre de la crema esa que me ha comprado mi madre. Ahora no me acuerdo, pero lo miro cuando llegue a casa.

—Vale, gracias. La verdad es que son un asco. —Lo cierto era que me empezaron a dar asco en ese instante, en el momento en el que Eli dijo que eran un asco. Yo no tenía olas. Mi cuerpo no era el mar, sino algo asqueroso.

Te dije que era virgen porque no tuve el valor de decirte que primero fue Ane y que después fue un hombre veinte años mayor que yo, feo, con la polla como una patata sucia. Cómo explicarte que me reconocí en la mirada de ese hombre como se reconocen los animales heridos, que su lascivia me convirtió en objeto de deseo y que eso era lo que yo anhelaba: ser un objeto, separarme de mi cuerpo para convertirme en materia desechable. Para lograr mi

objetivo, me hice con todas las copas de champán que pude en la boda de mi prima. A escondidas de mis padres, que estaban muy ocupados saludando a amigos y familiares, me bebí el equivalente a una botella entera. Las burbujas se expandieron por mi cuerpo, aflojando mi cerebro y mis extremidades, dibujándome una sonrisa en la cara. Borracha, subida a mi primer par de tacones, me contoneé delante de aquel hombre, un pariente del novio que no me había quitado el ojo de encima desde que entramos en la iglesia. Unos besos y unos magreos habrían bastado para cumplir mi fantasía de mujer fatal, pero después no supe parar, quise ponerme a prueba, ver hasta dónde era capaz de llegar. Salí de mi cuerpo para observar, horrorizada y fascinada, cómo ese hombre me embestía en el baño del restaurante con su aliento caliente en mi cuello y su mano agarrándome del pelo. Cuando terminó, lo observé mientras se subía el pantalón y se lavaba las manos, y comprendí que todo era mejor en mi imaginación, que allí siempre ganaba yo, mientras que sentada en el suelo de baldosas blancas, el vestido hecho un gurruño alrededor de mi cintura y la vulva sangrándome, no era una mujer peligrosa, sino una niña asustada. Tenía trece años.

XIX

Ane se ha quedado dormida en el sofá. Recojo la mesa del salón: dos botellas de vino vacías, restos de *pizza* y una bolsa de patatas en la que solo quedan migas. Lo hago todo de puntillas para no despertarla, aunque Ane sea capaz de dormirse de pie en medio de una tormenta sin inmutarse.

El bar parece estar exactamente igual que como lo dejé la última vez, como si el tiempo no hubiera pasado desde mi última visita. Diría incluso que la clientela es la misma. Cuando el camarero se me acerca, le digo que estoy esperando a alguien porque ya estoy bastante borracha y no quiero que nadie me tenga que limpiar el vómito. La clientela del bar se mueve lentamente, confiriéndole a la escena un halo de atemporalidad propio de los sueños. El olor: algo grasiento mezclado con sudor y vino tinto que parece pegarse al cuerpo.

Otto entra al cabo de un rato. Se sienta en el taburete que hay a mi lado, evitando mi mirada y fijando la suya en el camarero. Contengo el impulso de poner mi mano sobre su muslo. Pide una cerveza, me mira por fin.

—¿Qué tal?

La misma mirada. Su misma mirada, a pesar de que los ojos de Otto son castaños y no azules, el pelo azabache en vez de rubio, la piel mucho más morena. Puedo contar con los dedos de una mano todas las ocasiones en las que he visto a Otto. Durante mi relación con Martín, Otto siempre estaba fuera, estudiando en Berlín según Mercedes, aunque nunca especificaba qué era exactamente lo que estudiaba. Otto no parecía tener demasiada presencia en la familia Otamendi, donde los protagonistas eran Martín y Mercedes, mientras que José Antonio (el padre de familia) y él, el primogénito, parecían ser actores secundarios que apenas afectaban a la vida familiar. Según Martín, José Antonio tenía muchas

esperanzas puestas en Otto, veía a su hijo como una extensión de sí mismo, tanto es así que sustituyó su nombre, Peru, por una contracción del apellido familiar, Oto, al que más tarde el propio Otto añadió una *t*. Cuando Martín hablaba de Otto, se refería a él como «mi hermano», y casi siempre lo hacía a modo informativo. «Mi hermano no va a venir estas navidades», «creo que se ha ido a vivir a las afueras de Berlín, a una comuna o algo así», «su novia es artista». Todo lo que rodeaba a Otto estaba envuelto en un halo de misterio. La primera vez que lo vi fue durante una de las comidas familiares que Mercedes organizaba frecuentemente y a las que hacía poco que me había empezado a invitar. Martín y yo apenas llevábamos unos meses juntos, pero yo ya había ido a casa de los Otamendi en varias ocasiones. «Mi madre te va a adorar», me dijo Martín antes de que entrásemos en su casa por primera vez. «Yo quiero que me adores tú», contesté.

Mercedes me pareció una de esas mujeres que se esfuerzan en que la maternidad no deje huella en sus cuerpos. Al principio me abrumaron sus preguntas constantes, pero pensé que era normal, al fin y al cabo yo era la novia de su hijo, así que me dejé llevar por su entusiasmo, por la atención que parecía prestarme. Mercedes alabó mi pelo y mis ojos, no paraba de repetir lo mona que era. Y aun así. Algo en su voz, en la forma de pronunciar «mona» denotaba cierta ironía, como si estuviese hablando de una muñeca y no de la novia de su hijo. Tardé un tiempo en darme cuenta de que Mercedes no hacía más que replicar gestos aprendidos en ambientes de gente de una posición social a la que yo no tenía acceso; que, aunque me odiase profundamente, llevaba demasiados años disfrazando sus instintos y sus emociones (practicando «la buena educación») como para tener un desliz. Aquella primera vez, Mercedes nos preparó la merienda mientras Martín se quejaba de que Iñaki, el profesor de matemáticas nuevo, le tenía manía. Iñaki había empezado a trabajar en el colegio ese mismo curso. Era un hombre joven que daba las clases con una mezcla de entusiasmo y seriedad, lo que sumado al hecho de que era guapo hizo que todas las niñas del colegio suspirasen por él. Martín no era más que un adolescente que se sentía amenazado por la presencia de otro macho alfa.

—Mi niño, cómo te va a tener nadie manía —dijo Mercedes abrazando a su hijo. Lo que pasó a continuación me dejó muda.

Cuando Mercedes se separó de Martín, este le agarró las tetas y se las estrujó con suavidad. Lejos de parecer molesta, Mercedes se rio como una adolescente, le apartó las manos a su hijo y ambos volvieron a la conversación como si nada. Justo cuando empezaba a pensar que la escena que acababa de presenciar había sido producto de mi imaginación, Martín se levantó, se colocó detrás de Mercedes, la abrazó por la espalda y volvió a colocar sus manos sobre las tetas de su madre. La imagen de Martín con la barbilla apoyada sobre el hombro de Mercedes, sus manos agarrándole las tetas, hizo que sintiera náuseas.

—¿Quieres que te eche una mano, *amatxi*?

—He metido unas coca-colas en la nevera hace un rato. Si quieres vete sirviéndolas. ¿Quieres hielo, Alicia?

«Quiero irme —pensé, pero dije—: No, gracias».

Este tipo de situaciones, donde la interacción entre madre e hijo tomaba un cariz incestuoso, se repitieron en todas las ocasiones en las que Martín me llevó a su casa. Nunca llegué a acostumbrarme, pero tampoco dije nada, nunca. Esta fue la primera de una larga lista de discusiones que no tuvieron lugar más allá de mi cabeza. Me decía a mí misma que discutir no serviría de nada, que solo añadiría tensión a nuestra relación. Me aterrorizaba la idea de que Martín pudiera dejarme, así que casi todas las contiendas sucedían en mi cabeza. Para aliviar la angustia, me calzaba unas deportivas y corría por las calles de Bortiz hasta agotarme, hasta que mi cerebro dejaba de ser un campo de batalla. Carmen no comía pan porque el gluten se le pegaba en las paredes del estómago. A mí la ira se me quedaba pegada en el cuerpo. Si bien el ejercicio físico la disminuía, esta siempre conseguía hacerse hueco entre mis pensamientos, dejando residuos que se instalaban en mi cerebro como una horda de parásitos que me iban chupando la energía gradualmente.

La mesa de los Otamendi siempre estaba repleta de manjares, pero aquella vez la abundancia de alimentos rozaba lo ridículo, sobre todo teniendo en cuenta que solo seríamos cinco comensales. Dos tortillas de patata de aspecto jugoso ocupaban el centro de la mesa, rodeadas por bandejas repletas de tomate regado en un aceite de un dorado intenso. Otros recipientes de menor tamaño llenaban el resto de la mesa: pequeñas raciones de bacalao al
pil-pil,

tacos de merluza rebozada, calamares a la romana, jamón cortado en lonchas finísimas, chorizo ibérico, tres tipos distintos de aceitunas, anchoas en salazón, boquerones en vinagre. Mercedes había llenado los pocos huecos que quedaban con candelabros de aspecto antiguo y pequeños ramos de flores frescas. «De nuestro jardín», me explicó orgullosa. Insistió en que empezáramos sin José Antonio, que se retrasaría debido a asuntos relacionados con el trabajo. Otto, que se sentó junto a su madre y frente a mí, se mostró distante durante toda la comida, a la que apenas prestó atención a pesar de que era obvio que aquel despliegue de alimentos tenía como objetivo contentarlo. Sus pensamientos parecían estar en otra parte, en algún lugar infinitamente más interesante del que quienes lo acompañábamos podíamos ofrecerle. Contestó con monosílabos a las insistentes preguntas de Mercedes y apenas nos dirigió la palabra a Martín y a mí. Cuando José Antonio (alto, espalda ancha, el pelo negro como el de Otto, una energía aparentemente inagotable) llegó media hora después de que hubiéramos empezado a comer, la atmósfera cambió, una nueva tensión se sumó a los silencios que poblaban la conversación ya de por sí incómoda. La voz del padre de familia, grave, profunda y muy alta, adquirió protagonismo, ensombreciendo al resto de los comensales, que lo observábamos con una mezcla de respeto y fascinación. José Antonio besó a su mujer en la mejilla y dio sendas palmadas en los hombros de sus hijos antes de sentarse a la mesa y servirse porciones enormes de tomate y tortilla.

—¿Qué tal el día, *aita*?, —preguntó Martín.

—Largo. Los cabrones de los indios llevan todo el día tocándome los cojones. Han mandado a un gilipollas que no sabe hacer ni la *o* con un canuto para cerrar el acuerdo y me lo he tenido que comer con patatas. Lleva todo el puto día mareándome. ¿Qué tal por aquí?

—Bien. Alicia y yo hemos acabado los exámenes y estábamos pensando en irnos a pasar el finde por ahí.

—¿Adónde?

—No lo hemos decidido aún. Algo barato, por aquí cerca.

—Les he dicho que primero tenían que consultarlo contigo —dijo Mercedes dirigiéndose a su marido.

—¿Qué dice tu padre, Alicia?, —preguntó José Antonio.

—A mi padre le parece bien. —Mi padre no sabía nada, le había

dicho que pasaría el fin de semana en casa de Ane.

—Bueno, pues si a tu padre le parece bien, a mí también —dijo él guiñándome un ojo. Comparado con José Antonio, mi padre era un hombre callado. Jamás decía palabrotas ni levantaba la voz, y, estaba segura, nunca se le habría ocurrido guiñarle el ojo a la novia adolescente de un hijo suyo.

Martín me apretó la mano por debajo del mantel. Esa sería nuestra primera vez fuera de casa juntos. Ya habíamos pagado la habitación del hotel, habíamos planeado una ruta, teníamos el maletero lleno de provisiones. De no haber contado con el beneplácito de José Antonio, nos hubiéramos ido igualmente, estábamos dispuestos a asumir la bronca que nos caería. Ahora nos iríamos tranquilos. Al menos Martín lo haría.

—Bueno, hijo —prosiguió José Antonio dirigiéndose a Otto—, ¿y tú qué tal? ¿Qué tal por Alemania?

—Bien. Como siempre. Sin mucha novedad.

—Este hijo tuyo siempre tan hablador —dijo José Antonio mirando a Mercedes.

—Está cansado del viaje. ¿Verdad, cariño?

—Ni que hubiera venido de la Conchinchina. Cansado estoy yo, que llevo toda la semana currando como un cabrón —contestó José Antonio.

Silencio.

—Otto ha conseguido un puesto en una galería de arte —dijo Mercedes.

—¡Anda! ¡Mira qué bien! ¿Y qué haces?

—Estoy en recepción. Organizo la agenda, atiendo a los visitantes, me pongo en contacto con los artistas…

—Secretario, vamos.

Silencio. Mercedes se apresuró a salir en defensa de su hijo.

—A mí me parece un trabajo muy interesante. Otto se pasa el día rodeado de artistas y gente importante. ¿Verdad, cariño?

Otto no contestó.

—Contesta cuando tu madre te habla —dijo José Antonio.

—Sí, *ama* —dijo Otto, la mirada fija en el plato. José Antonio lanzó un suspiro sonoro y soltó el tenedor. Antes de que pudiese decir nada, Mercedes le puso una mano en el hombro, la mirada suplicante. José Antonio tomó aire por la nariz y se dirigió a mí.

—¿Y a ti, Alicia? ¿De qué te gustaría trabajar? —Intuí que José Antonio no aprobaría mi vocación de escritora. Tendría que restarle romanticismo y añadirle algo que le demostrara que me preocupaba ganar dinero. Si hubiera sabido que años más tarde esa preocupación también formaría parte de mí y deformaría mi vocación inicial…

—Periodista.

—Parece que lo tienes claro —dijo José Antonio visiblemente complacido—. Es una profesión difícil. Bonita pero difícil. ¿Qué opina tu padre?

—¿Y tú qué sabes si es difícil o no?, —saltó Otto antes de que yo pudiese responder.

Silencio.

—Sé que es más difícil que ser secretario, eso desde luego —contestó José Antonio intentando sonar calmado.

—Alicia escribe muy bien —se apresuró a comentar Martín—. Es la que mejor redacta de la clase. Ayer tuvimos que leer en alto un relato que nos pusieron de deberes para Lengua y el de Alicia era el mejor con diferencia. La profe de Lengua dice que tiene talento.

—Esa es una buena noticia, pero el talento nunca es suficiente. Hace falta trabajo y esfuerzo si se quiere llegar a algo en la vida —dijo José Antonio mirando a Otto.

—Y también talento —respondió Otto—. El trabajo y el esfuerzo no sirven de nada si no se tiene talento. ¿Verdad, Alicia?

—Bueno… —empecé a decir.

—Yo no tengo talento —me interrumpió José Antonio—, de niño nunca destaqué en nada, ni en los deportes, ni en las matemáticas, ni en los idiomas, ni en la escritura. En nada. Y lo agradezco, porque eso hizo que me esforzara el doble que los demás para conseguir resultados que muchos de mis compañeros conseguían sin haber abierto un libro. Todo lo que tengo, lo que soy, lo logré gracias al esfuerzo.

—Y a que vienes de familia de pasta —contestó Otto.

—¡Hay que joderse! ¡Ha hablado el niño pijo que va de bohemio! Precisamente que tú vivas como un marqués sin pegar un palo al agua…

—No vivo como un marqués —le interrumpió Otto.

—Bueno, vale ya —dijo Mercedes—. Tengamos la fiesta en paz.

¿Cuántas veces al año estamos toda la familia? ¿No podéis comportaros por una vez? Alicia, cariño, no les hagas ni caso a estos dos. Estoy segura de que serás una periodista magnífica. —Susurré un gracias y sonreí a Mercedes, que procedió a contarnos toda una serie de chismes sobre los profesores del colegio en un intento de animar la conversación. Mostré interés en lo que decía, especialmente en lo que concernía al rumor de que Ángeles, nuestra profesora de Lengua (la misma que había alabado mis dotes de escritora) estaba liada con Liz, la profesora de Inglés.

—¿Pero Ángeles no estaba casada con el tipo aquel? ¿Cómo se llama?, —preguntó José Antonio.

—Aitor. Se divorciaron el año pasado —contestó Mercedes.

—Y ahora Ángeles ha decidido que prefiere los coños —dijo José Antonio, tras lo cual soltó una risotada. Martín también se rio.

—Josean, por favor —dijo Mercedes.

—No, no. Si me parece cojonudo. El tal Aitor se tiene que estar tirando de los pelos, pero, vamos, que cada uno folle con quien le dé la gana.

—Pues a mí no sé si me parece tan bien —dijo Mercedes—. Quiero decir, cada uno es libre de hacer lo que quiera en su intimidad, pero no estoy del todo cómoda con el ejemplo que están dando a los niños.

—¿Qué ejemplo?, —pregunté yo.

—Bueno, ya sabes. No me parecería bien que hicieran demostraciones de afecto delante de los pequeños.

—¿Por qué no?, —pregunté. Martín me dio una patada por debajo de la mesa.

—Porque el colegio no es un lugar adecuado para eso.

—¿Y si Liz fuera un hombre en vez de una mujer? ¿Entonces sí sería un lugar adecuado?

Silencio.

—Creo que lo que mi mujer intenta decir —dijo José Antonio— es que el colegio no es lugar para hacer demostraciones de afecto en público, independientemente del sexo.

—Pues Martín y yo nos besamos en el cole y a nadie le parece mal. —«En cambio», pensé, «con Ane siempre tuve que mantenerlo en secreto».

—Pues tampoco me parece bien. Al colegio se va a aprender —

zanjó Mercedes, tras lo cual se levantó, recogió los platos de manera brusca y se metió en la cocina con una furia silenciosa. La encontré metiendo los platos en el lavavajillas con una mano mientras se enjuagaba las lágrimas con la otra.

—Mercedes, lo siento muchísimo… —empecé a decir.

—No es nada.

—Deja que te eche una mano.

No contestó. Enjuagué los cubiertos con cuidado y se los fui pasando. Nos quedamos en silencio hasta que llenamos el lavavajillas. Después Mercedes sacó un paquete de cigarrillos de un cajón y se sentó en uno de los taburetes dispuestos alrededor de la isla que ocupaba el centro de la cocina. Me tendió el paquete y extrajo de su bolsillo un encendedor de plata. Cogí un cigarro (el primero que fumaba) y me senté en la banqueta de al lado. Me puse el cigarrillo entre los labios y Mercedes me lo encendió.

—Lo sien… —empecé a decir.

—No hay nada que sentir, Alicia. No pasa nada.

Tras la primera calada, me entró una tos tremenda. Esperaba que Mercedes se alarmase, pero siguió fumando sin inmutarse.

—¿Me pasas el cenicero?, —me pidió señalando un pequeño cuenco de arcilla esmaltada que reposaba en el fregadero. Puse el cuenco sobre la isla y Mercedes lo cogió—. Lo hizo Otto de pequeño. —Volvió a dejar el cuenco sobre la isla con cuidado y se quedó mirándolo—. En cuanto aprendió a manejar objetos, se puso a pintar, a hacer cosas con las manos. Le dabas un trozo de arcilla y se pasaba el día haciendo figuritas. Pobrecito mío… —Mercedes se enjuagó una lágrima que amenazaba con rodar por su mejilla izquierda—. Yo era tan joven…, una niña. Y Otto era un niño precioso, pero nunca estaba satisfecho. Lloraba sin parar, a pleno pulmón, nunca estaba contento. Lloraba y lloraba y yo me asustaba muchísimo, lo llevaba al médico pero no tenía nada. Al final me convencí de que lloraba porque no me quería, porque yo era una mala madre, porque no sabía cuidarlo y él lo notaba. Yo quería ir a la universidad, ser profesora, viajar. También quería ser madre algún día, pero no en ese momento, no así. Estaba enamorada. Josean me convenció de que podríamos ser felices, de que podría volver a estudiar después de unos años, pero después llegó Martín y a mi marido no paraban de ascenderle. Lo lógico era que me

quedase yo con los niños. Josean es un buen hombre, pero no se maneja bien con los niños. —Antes de que me diera tiempo a decir algo como «típico de los hombres», Mercedes siguió—: Quería que Otto fuera como él, que le interesaran las mismas cosas. Intentó enseñarle a pescar, a jugar al fútbol, a interesarse por los negocios, pero Otto no quería, y Josean se ponía muy nervioso, no sabía qué hacer, le gritaba porque no lo entendía. Desde muy pequeño nos miraba con esa mirada que tiene que parece que te traspasa, siempre tan serio. Suena horrible, pero ya desde que era un bebé yo tenía la sensación de que nos juzgaba. Martín era tan bueno, tan sonriente. Me enamoré de él y me olvidé de Otto. Con Martín era tan fácil. Todo le parecía bien, nunca se quejaba. Cuando llegó, a Josean ya le iba muy bien en el trabajo, ya no íbamos ahogados de dinero. Me dediqué a él por completo y Otto nunca me lo ha perdonado. Quiero recuperarlo, quiero recuperar a mi hijo, pero no sé cómo hacerlo, no me deja. —Tras su confesión, rompió a llorar desconsoladamente. Le acerqué una servilleta—. Lo siento, Alicia, debes pensar que soy una tonta.

—No pasa nada, de verdad. No pienso eso. —La abracé el tiempo suficiente para que me dejase la camiseta llena de máscara de pestañas. Una vez se hubo calmado, dijo:

—Tú estudia, cariño. Mi hijo es maravilloso y me alegra muchísimo que seáis novios, eres una chica estupenda. Pero no hagáis tonterías, tenéis toda la vida por delante. Ya habrá tiempo para tener hijos. No corráis, no hace falta.

—No te preocupes por eso —le dije. Deseé que Otto hubiera escuchado las palabras de su madre, sacudirle, gritarle que no sabía lo afortunado que era por tener una madre que lo quisiera así. Preparamos el café y los dulces y volvimos al salón, donde José Antonio contaba algo que parecía muy importante bajo la mirada atenta de Martín, mientras Otto jugaba distraídamente con las migas de pan que había sobre el mantel. Le pedí a Mercedes que se sentara mientras yo servía el café.

—Gracias, cariño —me dijo Mercedes en voz baja, los ojos aún llorosos.

—… A la hora de la verdad no hacen nada, se quedan con su idealismo y su «buenismo» pero no tienen ni puta idea de cómo dirigir un país —decía José Antonio. Martín asentía. Ninguno

pareció advertir nuestra presencia. José Antonio se quedó pensativo unos instantes, parecía haber acabado con sus reflexiones en voz alta, pero pronto me di cuenta de que solo estaba preparándose para la siguiente arremetida, que sus gestos aparentemente reflexivos no eran más que teatro, que lo único que buscaba con aquella pausa era aumentar el interés de su público. No recuerdo ni una palabra de lo que dijo, pero desde entonces he observado este mismo comportamiento en muchos hombres. Pausas larguísimas, tomándose todo el tiempo del mundo, arrebatando así el tiempo de los demás, una falsa modestia en su discurso. Hombres acostumbrados a que los escuchen constantemente, como si cada una de sus frases fuera de un valor incalculable. Siempre me dan ganas de agarrarlos por las solapas y gritarles: «¡Arranca de una puta vez!».

Otto y yo intercambiamos una mirada, él miró a su padre y puso los ojos en blanco. Le sonreí. Pensé que era muy guapo. Me sentí culpable. Después de aquella vez volví a verlo en un par de ocasiones más, aunque de una manera u otra siempre estuvo presente en mis fantasías.

—¿Alicia? —Y ahora aquí está, delante de mí, y me pregunto si no es esto lo que he querido siempre.

—Bien, estoy bien. Un poco cansada. ¿Te parece si vamos a casa?

—Vale.

Otto paga su cerveza y nos ponemos en marcha. Mientras andamos le pregunto por Mercedes y José Antonio, si tiene intención de quedarse en Bortiz por ahora, si se va a quedar con sus padres. Dos preguntas flotan en el aire, pero no me atrevo a formularlas. ¿Querrás vivir en el piso en el que estoy ahora? ¿Dejarás que yo siga viviendo ahí? Me cuenta que Mercedes se pasa el día llorando, que José Antonio se ha vuelto callado y viejo de repente, que sí, se quedará en Bortiz con sus padres, que está harto de Berlín. También dice:

—Puede que en algún momento quiera irme al piso. Puedes quedarte si quieres.

XX

«Por favor, quédate».

Quiero estirar el brazo, pero temo encontrarme con el vacío. Inspiro, abro los ojos, Otto duerme a mi lado. Me levanto sin hacer ruido, temerosa de que se despierte y se vaya antes de tiempo. Preparo café y ojeo distraída la contraportada de uno de los muchos libros que tengo por leer. Al levantar la mirada, veo a Ane apoyada en el umbral de la puerta. Doy un respingo. Se me había olvidado que ahora ella también vive aquí.

—Yo también me alegro de verte —dice Ane.

—*Barkatu, egun on* —digo. Ane hace un gesto con la mano para recordarme que nada de hablar hasta que se haya tomado el primer café. Se sienta en la mesa con el móvil en la mano. Espero que me dé tiempo a contarle lo de Otto antes de que este se despierte. Se oyen ruidos desde mi habitación. Ane me mira con las cejas levantadas. Ahora ya está despierta.

—¿Quién…?

—Luego te cuento.

Otto aparece en la cocina vestido con la ropa de ayer. Ane y él se quedan mirando. «Y tú quién coño eres».

—Otto, esta es Ane, una amiga. Ane, Otto.

Se saludan con un movimiento de cabeza. Demasiado temprano para los dos besos. Tengo ganas de mear, pero no quiero dejarlos solos. Quiero ser yo la que le diga a Ane quién es Otto. Sirvo el café en tres tazas y las pongo sobre la mesa. Otto se sienta frente a Ane, yo me siento a su lado. La cuarta silla se queda vacía. La silla de Martín. Un rayo de sol se cuela por la ventana, apuntándome directamente. Culpable. Me peino disimuladamente, dejo que el rayo de sol acaricie mi perfil bueno, enderezo la espalda, bajo ligeramente la barbilla, dejo que mis manos reposen sobre mis rodillas. No recuerdo cuándo empecé a tomar consciencia de mi

imagen, creo que es algo que llevo haciendo toda mi vida. Todo es *performativo* cuando estoy en público, incluso si mi público son personas conocidas: hablar, comer, andar, sentarme, levantarme, atusarme el pelo y la ropa. Cada gesto está calculado como si siempre hubiera una cámara enfocándome. ¿Tendré la camiseta sucia? ¿Iré lo suficientemente arreglada? ¿Iré demasiado arreglada? Voy a bajar la mirada para que mi interlocutor piense que soy tímida, voy a mostrarle las manos a mi interlocutor para que piense que soy sincera, voy a comer despacio a pesar de tener un hambre voraz, no quiero que el otro piense que soy una glotona, voy a levantar la vista y mirar a mi interlocutor directamente a los ojos para que sienta que le estoy prestando toda mi atención. Estas y otras cuestiones avanzan como rayos en algún lado de mi cerebro. Es un murmullo apenas audible, siempre presente. Es mi canción de fondo. Es la compensación por habitar un cuerpo a medias. Gracias, gracias, muchísimas gracias. Aquello que otros llaman «lo privado», el sexo, también es público.

Cuando follo imito las posturas, los gestos y la forma de gemir de las actrices porno, me preocupa que mi cara al correrme se afee; si me pongo a cuatro patas, arqueo mucho la espalda para hacer que mi figura parezca más estilizada, si estoy tumbada y alguien me come el coño, mantengo los brazos por encima de mi cabeza para que mi vientre parezca más plano, mis tetas más altas. Cuando termino de follar, adquiero la postura de una modelo a punto de ser fotografiada: boca abajo, descanso la cabeza sobre mis antebrazos, mi cara oculta a excepción de los ojos. Acentúo levemente la curvatura de mi espalda, haciendo resaltar mi culo, falsamente relajada. A veces me hago la dormida. Me pongo de lado y me aseguro de que mi mejilla esté aplastada contra la almohada, de forma que mi boca adquiera un gesto infantil-angelical cuyo objetivo es que la persona con la que me acabo de acostar piense que soy vulnerable, algo que merece que lo cuiden. Diosa del sexo y bebé. También visualizo posibles situaciones y escenarios e imagino cuál sería la gestualidad adecuada para cada ocasión. Soy mi propia espectadora externa.

—Bueno —dice Ane tras beberse el café de golpe—, voy a ir tirando, que llego tarde.

En cuanto la puerta que da a la calle se cierra, Otto cuela su

dedo corazón por debajo del pantalón de mi pijama. Me acaricia haciendo círculos lentos por encima de las bragas. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás. El sol me da en la cara, el pelo me cae sobre la espalda. Me preocupa no llevar nada de maquillaje. ¿Pensará que estoy guapa [2] ?

XXI

Otto llega con una maleta pequeña y se queda tres días. Apenas veo a Ane, y cuando la veo, Otto siempre está presente, así que no encuentro el momento adecuado para contárselo todo.

Apenas hablamos. Sustituimos las palabras por besos, caricias, penetraciones, lametazos, mordiscos, azotes, empujones, estirones, arañazos. Otto tiene más fuerza que Martín, es más violento y, al mismo tiempo, mucho más generoso. Cuando me entrego, él me sujeta, con la mirada, los brazos, las manos, las piernas y las palabras que normalmente no dice y que brotan en forma de historias susurradas y de órdenes. Cada vez es diferente y actúa como si yo también lo fuera, como si me descubriera una y otra vez. Martín era fusión. Otto es atención.

El tercer día desaparece. Cuando me despierto ya no está, y tampoco está su maleta. Lo llamo al móvil, lo tiene apagado. Cristina, Martín, Otto. Repito sus nombres en voz alta (CristinaMartínOtto), como si tratase de establecer una conexión entre los tres, como si así pudiera entender los motivos por los que me abandonan. La angustia se instala en mi plexo solar.

Saco unas tijeras pequeñas de un costurero que pertenecía a Cristina, me encierro en el baño y echo el pestillo. Empiezo por el antebrazo izquierdo. Clavo las tijeras y después las deslizo arriba y abajo con movimientos lentos. Paro antes de llegar a la muñeca y vuelvo a empezar. Soy más silenciosa que Cristina, y al mismo tiempo más violenta. Cristina siempre hacía ruido. TOC. TOC. TOC. Tenía ocho años la primera vez que la vi. No podía dormir, los ruidos de la noche me acechaban, el monstruo de debajo de mi cama amenazaba con arrastrarme al submundo si me atrevía a sacar una extremidad de debajo del edredón. TOC. TOC. TOC. El ruido provenía del piso de abajo. Empecé a sudar. ¿Qué haría Ane en mi lugar? Ane se levantaría, cogería algo que le sirviese de arma,

bajaría a ver qué estaba pasando. Conté hasta tres, salté de la cama y encendí la luz. Mi habitación volvió a ser mi habitación. Cogí una raqueta que Ane me había prestado, avancé de puntillas por las escaleras. TOC. TOC. TOC. La luz de la cocina estaba encendida. Había alguien. Podía notar las gotas de sudor deslizándose por mi espalda. Me acerqué a paso lento y suspiré aliviada al ver a mi madre sentada en la mesa de la cocina, de espaldas a mí. TOC. TOC. TOC. Avancé en silencio procurando que no me viera. Ya estaba a un metro. Me puse de puntillas para intentar ver qué era lo que provocaba ese ruido. TOC. TOC. TOC. Cristina tenía apoyada la palma de su mano izquierda boca abajo sobre la mesa, los dedos extendidos. En la mano derecha un cuchillo que pasaba entre sus dedos, clavándose en la madera cada vez más rápido. TOC. TOC. TOC.

—*Ama.*

El cuchillo se clavó en el dedo anular de mi madre. Cristina lo soltó y se volvió hacia mí.

—Alicia. Me has dado un susto de muerte.

La sangre manó hasta tocar su anillo de casada. Mi sangre mana hasta llegar al tatuaje que tengo en la muñeca. Las tijeras, el cuchillo, las agujas llenas de tinta marcándome la piel. Un intento de escapar del propio cuerpo. Y a la vez: este cuerpo es mío, mío, mío. Este cuerpo a medias, este cuerpo asqueroso, este cuerpo al que todo el mundo tiene acceso. Guapa, zorra, te daba hasta en el carnet, preciosa, qué seria estás, ¿por qué no sonríes?, (ruido de besos en el aire), vaya piernas, vaya tetas, ¿adónde vas tan solita?, ¿quieres compañía? Puta, guapísima, guarra, ojazos. Llenaré este cuerpo de heridas o de caricias si así lo deseo. Me tatuaré vuestras palabras en la piel. Porque este cuerpo es mío, mío, mío. Y a la vez: quiero escapar de los límites de mi cuerpo.

Después de que Martín muriese, mi padre insistió para que fuera a terapia. La terapeuta, una mujer blanca vestida con un sari, se me quedó mirando las manos.

—Es por la ansiedad —dije.

—¿Desde cuándo te las muerdes?

—Desde siempre.

—¿Con quién estás enfadada?

Visualicé la vida de la terapeuta: vegetarianismo, yoga, sexo con hombres no blancos, condescendencia y racismo disfrazados de bondad y liberación.

—Yo creo que es por la ansiedad.

—Es ira.

—¿Cómo?

—Las uñas mordidas. Ira reprimida. ¿Con quién estás enfadada? Cristina.

—Con mi madre.

—A mí me parece que estás enfadada contigo misma, Alicia.

«Por supuesto que lo crees. Te pagan para que digas estas cosas».

—Pues yo creo que no.

—Te muerdes las uñas porque temes hacerte daño a ti misma.

CLAS, CLAS, CLAS.

—¿Ali?

Guardo las tijeras en su estuche, me limpio el hilo de sangre del brazo con agua y lo seco con papel higiénico. Tiro el papel por la taza del váter y tiro de la bomba. Me pongo el albornoz encima para que me tape los brazos. Ane sostiene un marco casi tan alto como ella.

—¿Estás sola?

—Sí. ¿Qué es eso?

Ane gira el marco hacia mí. Es el dibujo de una serpiente amarilla y verde que se enrosca sobre lo que a primera vista parece una manzana pero en realidad es un corazón sangrante por cuyas arterias corren nombres de mujeres. Helena, Ada, Artemisa, Virginia, Heidi, Marie, Mary, Angela, Judith, Hipatia, Anne, Juana Inés, Serena, Marsha, Dolores, Audre…

—*Ze polita.*

—Me lo regaló Iosune en mi último cumpleaños.

—¿Qué quieres hacer con él?

—¿Te parece si lo colgamos en el salón?

—Claro.

Mientras estudiamos en qué pared quedaría mejor el dibujo de Iosune, Ane me pregunta:

—¿Y tu novio?

—No es mi novio.

—Lo que sea.

—No sé. No sé nada de él. Se ha ido esta mañana sin decirme nada y tiene el móvil apagado.

—Bueno, ya volverá.

—¿Cómo lo sabes?

—Nadie es tan cabrón como para abandonar así a la novia de un hermano muerto. —Se me sube el corazón a la garganta.

Ane pone un clavo entre sus labios y sigue observando la pared como si nada.

—Creo que lo deberíamos colgar aquí. ¿Tienes un martillo?

—¿Cómo lo sabes…?

—Estaba en el funeral, al lado de sus padres. Es clavadito a su padre. —Me entra un calor repentino. Me quito el albornoz como si estuviese ardiendo. Ane se queda mirando un instante mi brazo izquierdo y aparta la mirada enseguida. Mierda. Me vuelvo a poner el albornoz. Ane hace como si nada—. ¿Tienes un martillo?

—No. Le puedo pedir uno a mi padre.

—Da igual, ya lo colgaremos. Nos vamos al molino.

—¿Ahora?

—Ahora. Yo conduzco.

El molino de Agorregi es uno de nuestros sitios favoritos. El edificio como tal no tiene demasiado interés (o al menos no para nosotras), pero está situado en un bosque de hayas y robles entre los que discurre un riachuelo en el que nos solemos bañar en verano. Empezamos a ir con Carmen, que los fines de semana en los que hacía buen tiempo nos llevaba allí cargadas con bocadillos y algún postre que previamente habíamos preparado entre las tres. Después Ane y yo empezamos a ir entre semana, cuando las clases de la universidad nos resultaban demasiado pesadas. Yo hace mucho que no voy, pero sé que Ane sigue yendo cuando necesita pensar.

Tras aparcar el coche, tomamos la senda que va hacia el molino. El olor: corteza de árbol, hierba húmeda, abono. Los ruidos: el piar de los pájaros, nuestras pisadas. La presión en mi pecho se vuelve más leve.

—¡Mira!, —dice Ane señalando la rama de un árbol. Dos pajarracos de plumaje blanco están posados sobre la rama. Es una especie que nunca había visto antes. Sus picos largos y curvados hacia abajo sobresalen de sus caras pequeñas y naranjas, que están enmarcadas por unas plumas en punta que les da un aspecto

cómico.
—¿Qué son?
—Alimoches. Cada primavera vuelan desde África y hacen sus nidos aquí.
—Qué feítos, pobres.
—De pobres nada. Ya me cambiaba yo por ellos. Volar desde África y regresar sin tener que preocuparse de si tienen pasta o curro. ¿Nos sentamos ahí? —Ane señala un trozo de hierba rodeado de barro justo encima del río.
—Nos vamos a poner perdidas.
—Ya estamos perdidas.
—¿Eh?
—Nada.
Nos sentamos poniendo mucho cuidado en no hacer ruido para no ahuyentar a los alimoches. La siento lejos. Han pasado demasiadas cosas, las dos hemos sufrido, ha habido demasiado dolor en nuestra relación y fuera de ella. Ambas hemos callado cuando deberíamos haber hablado, y ahora un muro invisible nos separa. Sé que a Ane esto le pesa tanto como a mí, pero ella es demasiado orgullosa para admitirlo. Nos descalzamos y metemos los pies en el río. El agua helada me endurece los pezones, me pone la piel de gallina y me arma de valor.
—¿Estás bien?
—Sí. ¿Por?
—No sé. Hace mucho que no hablamos.
—Estamos hablando.
—Ya me entiendes.
—No, Ali, no te entiendo. Hace mucho que dejé de entenderte, la verdad. —Ane se mira los pies. No sé qué decir. Antes compartíamos un idioma, ahora cada una habla el suyo y somos incapaces de comprender el de la otra. Intento buscar palabras que derriben el muro, algo que nos vuelva a unir, pero no encuentro nada. Ane sigue hablando.
—No estoy bien. Lo de Iosune me ha afectado más de lo que pensaba, la echo de menos. Además, creo que me van a echar del curro.
—¿Y eso?
—Mikel quiere que lleve yo el bar. Que sea la encargada.

—No entiendo.

—Ayer me dijo que él quería pasarse por el bar lo menos posible y que me tendría que encargar yo de todo. Le dije que vale, pero que quería un aumento de sueldo. Me ofreció cien euros más. Le dije que se fuera a tomar por culo y me largué.

—En tu línea.

—Estoy hasta el coño de que me tomen por imbécil.

—¿Has vuelto a hablar con él?

—No.

—¿Piensas llamarle?

—No lo sé. —Ane se saca una carterita de cuero del bolsillo de su sudadera. Su «kit del porro», como lo llama ella.

—¿Lo piensas dejar alguna vez?

—No. ¿Tú piensas dejar de ser heterosexual alguna vez? —Ahí está. Mientras yo me devano los sesos pensando cómo acercarme a ella, ella sencillamente se acerca.

—Gilipollas.

—Imbécil. Fuma, anda, que hemos pasado un año de mierda las dos.

Fumamos mientras observamos a la pareja de alimoches.

—Parecen dos señoras enfadadas —digo yo.

—Se parecen a nosotras —dice Ane.

A la tercera calada me empieza a bajar la tensión y la temperatura corporal. Saco los pies del río y me los seco como puedo con las mangas de la chaqueta. Ane no se inmuta.

—¿No tienes frío?, —le pregunto.

—Yo nunca tengo frío. La del frío eres tú.

Mientras me pongo los calcetines, Ane dice:

—A ti también te he echado un huevo de menos, pesada.

Antes de que pueda responderle, se levanta de un salto y echa a correr.

—Cómo puedes correr con la fumada que llevas, cabrona. —Mi intención es decírselo a ella, pero ya está muy lejos y la voz me sale bajita.

—¡Ali!, —me grita. Se está subiendo a un árbol, como cuando éramos niñas. Su fuerza y su flexibilidad nunca dejan de sorprenderme. Se encarama a una rama y después a otra sin esfuerzo aparente mientras yo avanzo hacia ella con pasos torpes y

lentos. Ane se sube a una tercera rama, la más gruesa de todas, y se cuelga de ella columpiándose hacia delante y hacia atrás.

—¡Ten cuidado!, —le grito.

—¡Ven!, —me grita ella, como si yo también tuviera su fuerza y su flexibilidad. La historia de nuestra vida: ella se lanza a la aventura ágil y veloz mientras yo la persigo como un pato mareado. Ella me empuja, yo resisto. El muro se hace un poco más pequeño. Me paro un momento para atarme los cordones, una tarea que en mi estado se me antoja complicadísima. Mientras me acordono el zapato izquierdo, oigo un golpe seco. Cuando levanto la mirada, Ane está en el suelo. El ciego se me pasa de golpe. Corro hacia ella. Tiene la cara contraída por el dolor, los dientes apretados.

—Creo que me he torcido el tobillo.

Me arrodillo junto a ella y la levanto. Pesa más de lo que pensaba.

—Agárrate a mi cuello. ¿Te duele?

—Sí.

—Vale. No te preocupes. Vamos al hospital ahora mismo. —Intento sonar calmada, intento no mirar el tobillo de Ane, que está torcido de una forma siniestra, intento que ella no lo mire hablándole, diciéndole «no te preocupes, no es nada, duele mucho pero eso te lo arreglan en un momento, enseguida llegamos al coche, aguanta, luego te llevo a casa y cenamos lo que tú quieras, ya verás como mañana…».

—Ali.

—¿Qué?

—Prométeme que no te vas a volver a hacer daño.

Justo antes de meter a Ane en el coche, veo a la pareja de alimoches levantando el vuelo. Tal vez no son tan feos.

XXII

—Mira, por lo menos Mikel no me puede largar y además me va a tener que pagar por estar aquí sentada.

Ane tiene un esguince. El médico le ha dado la baja y le ha recomendado reposo, una palabra que no entra en el vocabulario de mi amiga. Intenta levantarse por segunda vez:

—Estate quieta —le ordeno. Ane suspira resignada.

—Quiero beber agua.

—Ya te la traigo yo. Tú no te muevas.

—Por lo menos pásame mi kit. No me mires así. La marihuana tiene efectos sanadores. —Hace un puchero—. Me duele un montón.

—Cuentista —le digo mientras le alcanzo la carterita de cuero. Paso tres días cuidando de ella. La instalo en el sofá y cocino para las dos, la ayudo a ir al baño, limpio la casa, hacemos una lista de las series y películas que tenemos pendientes y las vemos, escojo los libros que más me han gustado últimamente y se los pongo al lado. Intento distraerme, no pensar en Otto. Reconozco que cuidar de Ane me produce cierta satisfacción. Ane la guerrera, Ane la valiente, Ane la que no necesita a nadie, de repente me necesita. El muro entre nosotras se va difuminando.

—Mi madre quiere pasar a verme —me dice el segundo día.

—Claro.

—Ibai también quiere pasarse.

—Genial. ¿Hago cena para los cuatro?

—Vale.

Ane conoció a Ibai en su primer trabajo como camarera. Él llevaba muchos años en hostelería y le enseñó todo lo que sabía. Gracias a Ibai, Ane sabe secar los vasos sin que queden feos, dejar la barra reluciente en poco tiempo y con poco esfuerzo, llenar las cámaras sin necesidad de partirse la espalda, llevar las cuentas del bar, hablar con los proveedores, sacarle espuma a la leche, preparar

capuchinos buenísimos y hasta hacer algún cóctel. Desde que se conocen, han sido confidentes y compañeros de juergas a las que yo me unía de vez en cuando y de las que me cansé pronto por no poder seguirles el ritmo. Ane insistía en que yo fuera, ya que Ibai solía abandonarla sin darle explicaciones o marcharse durante un rato largo, y cuando Ane, desesperada al ver que no contestaba a sus llamadas, estaba a punto de irse a casa, volvía a aparecer. «Es que no sabes qué maromo, maja. ¿Cómo le voy a decir que no a semejante tío?».

—Voy al súper. ¿Necesitas algo? —Ane está ojeando uno de los libros que le he dejado al lado. Contesta sin mirarme.

—No.

—¿Te vas a estar quieta hasta que yo vuelva?

—No.

—Ane.

—Que sí, pesada.

«Ibai no come carne, Carmen es intolerante al gluten, Ane y yo nos tragamos cualquier cosa», pienso mientras recorro los pasillos del supermercado en busca de inspiración. Me decido por algo sencillo y vistoso: verduras cocinadas en leche de coco, especias y zumo de lima acompañadas de arroz rojo. Una botella de blanco y otra de tinto. Mejor dos de cada, por si acaso.

—¡Alicia!

Una mujer me saluda desde el otro lado del pasillo y se acerca a mí sonriente. Hacía tiempo que no veía una mujer tan guapa, una mujer que apenas necesita arreglos, de las que con un vaquero y una camiseta están espectaculares. La melena rubia le cae por la espalda, tiene la piel ligeramente bronceada, el rubor de quien pasa mucho tiempo al aire libre. Unos ojos inmensos enmarcados por unas pestañas larguísimas. Saioa.

—¡Saioa! ¡No me lo puedo creer! ¡Cuánto tiempo!

—¡Mucho! ¿Qué tal estás? Me enteré de lo de… Lo siento mucho.

—*Lasai*, estoy mucho mejor. ¿Qué tal estás tú? Aparte de guapísima. —Saioa se ríe coqueta.

—Pues bien, todo el día para arriba y para abajo sin parar. Entre el trabajo y la cría se me va el día…

—Espera, ¿tienes una hija?

—Sí, Nora. Pensaba que lo sabías.

—No tenía ni idea. ¿Hace cuánto de esto?

—Pues casi tres años.

—Hostia.

—Sí. De hecho voy fatal de tiempo. Tengo que hacer la compra y salir corriendo a por la niña.

—Claro. ¿Me das tu teléfono y nos ponemos al día un día de estos? Me alegro mucho de verte.

—Yo también me alegro mucho. —Intercambiamos los números y nos despedimos con un abrazo ligeramente feliz, ligeramente incómodo.

Me encuentro a Ane sentada en la misma postura. En vez de un libro, mira a la pared con la mirada perdida.

—Adivina a quién me he encontrado en el súper.

—Ali.

—¿Qué?

—Siéntate un momento.

Dejo las bolsas de la compra en el suelo y me siento a su lado.

—¿Qué pasa? —Ane no contesta. Me mira con una expresión extraña, entre temerosa y triste—. Va, Ane, qué pasa.

—Ha llamado tu madre.

XXIII

—¿Estás segura de que era ella?

—Segurísima.

—¿Cómo puedes estarlo? Hace más de diez años que no la ves.

—He reconocido su voz. Te juro que era ella, Ali.

—Cuéntame otra vez cómo ha sido la conversación.

—He cogido el teléfono y ella ha dicho «¿Alicia?» y le he dicho «No, Alicia no está. Soy Ane. ¿Quién es?» y ella ha dicho «Hola, Ane» y se ha quedado callada. A mí la voz me parecía muy familiar pero no he caído, cómo iba a pensar… Bueno, pues le he vuelto a decir «¿Quién es?» y me ha dicho «Cristina. ¿Qué tal estás?». Yo me he quedado muda y ella ha dicho «¿Ane?» y le he contestado «Sí» o algo así y me ha dicho «¿Me puedes dar el número de móvil de Alicia?» y a mí, como por instinto, me ha salido decirle «No» y he colgado.

—Has hecho bien. ¿Y no ha vuelto a llamar?

—No.

Algo se instala en mi plexo solar. No es exactamente angustia, no son exactamente nervios. Es una maraña puntiaguda, como el alambre que ponen en los muros de las cárceles para que los presos no se escapen. Le pido a Ane que llame a su madre y a Ibai y que cancele la cena. Voy de un lado para otro de la casa, inquieta. ¿Qué quiere? ¿Por qué ha vuelto? ¿Por qué me llama? ¿Por qué ahora? Llamo a mi padre para decirle que voy hacia su casa. Las calles están oscuras y la brisa nocturna es heladora. Ojalá nevase. Solo he visto Bortiz nevado en tres ocasiones. La nieve surte un efecto mágico, decora y acalla el bullicio de las calles, lo envuelve todo de paz, ralentiza los movimientos de la gente, los amortigua. Me calma. Abro la puerta de la casa de mi padre con mi juego de llaves.

—*Aita?*

Durante los cinco segundos que Ricardo tarda en contestar,

pienso que está muerto, que le ha dado un infarto, o un derrame cerebral, o que se ha quitado la vida ingiriendo un puñado de barbitúricos. Finalmente aparece abrochándose una bata a la cintura.

Nos sentamos en el sofá. Ya no es el sofá en el que lloré después de que Cristina me diese un tortazo, en el que Ane y yo veíamos películas y dibujos animados, donde Ane y yo nos masturbamos mutuamente por primera vez. Ricardo se deshizo de él poco después de que Cristina se fuera y compró uno de cuero marrón que, aseguraba, se haría más y más bonito con el paso del tiempo. Han pasado doce años y me sigue pareciendo horroroso.

—La *ama* ha llamado.

Mi padre no reacciona, se queda mirándome fijamente, como si aún estuviera a la espera de noticias.

—Ha llamado Cristina. A mi casa.

Ricardo se pone lívido. Abre la boca como si fuera a decir algo. La vuelve a cerrar. Finalmente:

—¿Qué te ha dicho?

—Yo no estaba. Ha hablado con Ane y le ha pedido mi número. Ane no se lo ha dado.

Ricardo se levanta del sofá y se vuelve a sentar con la mirada perdida y el rostro cada vez más pálido. Lo sigo a la cocina y él apoya las manos en la encimera y agacha la cabeza de forma que no pueda verle la cara. Lleno dos vasos de agua, me bebo uno y dejo el otro delante de él. No sé cuánto tiempo pasa. Cuando por fin levanta la cabeza, tiene la cara encendida y la mirada cargada de odio.

—Hija de puta. Cómo se atreve. Cómo se atreve. —Las palabras se le enredan en la boca, la ira no lo deja hablar. Me gustaría calmarlo, pero no sé cómo hacerlo, nunca lo había visto así, nunca le había oído soltar un taco. «Hija de puta» en su boca parece otro idioma, suena incluso ridículo. Es como si todos estos años hubiese estado ocultando un rencor antiguo que ha ido creciendo progresivamente y que él ha conseguido domar a base de distracciones y buenas palabras—. Siempre igual. Va y viene cuando le da la gana sin tener en cuenta a los demás. ¿Qué querrá ahora?

Mi padre se bebe el vaso de agua de un trago. No sé qué decirle,

observo fascinada esta faceta suya que nunca había visto. No lo creía capaz de hablar así, de decir estas cosas, de sentir este odio. Poco a poco va calmándose.

—¿Te puedo abrazar?, —le digo. Él me mira como si se acabara de darse cuenta de que estoy ahí.

—Ven aquí.

Nos abrazamos en silencio. Después dice: no quiero que la veas, no quiero que vuelva a entrar en nuestras vidas, no quiero que vuelva a hacernos daño. No lo voy a permitir, y yo le prometo que no, que no la voy a ver, que no va a volver a hacernos daño.

Compruebo que está más tranquilo («me voy a la cama. Intenta no pensar mucho y descansa, *maitia*. Mañana hablamos») y salgo a la calle con la cabeza bulléndome, incapaz de percibir el paisaje que me rodea. ¿Por qué ha vuelto? ¿Qué quiere? ¿Se arrepiente de haberse ido? ¿Se arrepiente de habernos dejado? No voy a dejar que nos haga daño, ni a mí ni a mi padre. Quiero proteger a mi padre. Él se quedó, él no me abandonó. Debo protegerlo.

Cuando abro la puerta de casa, me encuentro a Ane charlando con Otto.

XXIV

Los dos se quedan mirándome en silencio.

—¿Le has contado algo?, —le pregunto a Ane.

—No. ¿Cómo estás?

—Agotada. Me voy a la cama.

Voy a mi habitación sin mirar a Otto. Me desnudo y me meto en la cama. Ojalá tuviese a mano un relajante muscular o cualquier otra pastilla que me nublase la mente y me llevase a un sueño profundo. Ojalá el cerebro se me llenara de nieve. Al cabo de un rato, Otto se acuesta a mi lado.

—¿Alicia?, —susurra. Me hago la dormida, y, de hecho, en algún momento de la noche el sueño me vence.

Cuando abro los ojos Otto está mirándome. Me asusto, no me acordaba de que estaba aquí. Los sucesos de ayer vuelven a mi cabeza de golpe. Vuelvo a cerrar los ojos.

—*Egun on* —dice Otto. Respondo tapándome la cara con la almohada—. Lo siento mucho, Alicia. Me surgió una cosa y tuve que salir pitando. Tendría que haberte dicho algo. Lo siento. Si quieres preparamos café y te cuento y tú me cuentas. Ane no quiso darme detalles, me dijo que estabas jodida y que como se me ocurriera desaparecer así otra vez me caparía. —Sonrío un poco detrás de la almohada. A Ane le da igual que seamos las inquilinas de Otto y no al revés. Si se atreve a hacerme daño, lo matará. Y punto.

—Tú quédate aquí. Ya te traigo yo el café. —Otto se levanta. Me quito la almohada de la cara y lo miro mientras se pone la camiseta. Las venas que le surcan los brazos están hinchadas. Una ola de deseo me recorre el cuerpo. Otto asoma la cabeza por el cuello de la camiseta y me sonríe. Se sienta en el borde de la cama—. ¿Me das un beso?

(¿Me olerá mal el aliento? ¿Tendré el rímel que no me quité

ayer todo corrido?). Lo beso, despacio primero, después con urgencia. Otto me aparta con suavidad.

—Espera. Ahora vengo.

Trastea en la cocina durante lo que se me antoja una eternidad y vuelve a la habitación cargando una bandeja con dos tazas de café y un plato lleno de tortitas.

Engullo las tortitas y el café. Ojalá empezara así los días, todos los días. No voy a pensar en Cristina, no hasta que acabe este desayuno, al menos.

—*Eskerrik asko*. Están buenísimas.

—No hay de qué. Le he dejado a Ane unas cuantas encima de la mesa.

—Dudo que se levante antes de las doce. Sería una pena que se enfriaran…

Otto sonríe y vuelve a por las tortitas de Ane. Acabamos de comer, y mientras Otto va a la cocina a dejar la bandeja, me levanto de un salto y me meto en el baño. Hago pis controlando el chorro para que no haga mucho ruido. Nunca permito que nadie me oiga mear ni cagar, sobre todo si es alguien a quien me quiero follar. Ni siquiera a Martín le dejaba. Después me doy una ducha rápida (coño, culo, pies), me paso una toallita desmaquillante por la cara, me ahueco los rizos. Mucho mejor. Vuelvo a la habitación desnuda. Otto levanta la mirada de la pantalla de su móvil y sonríe.

—Ven aquí.

Hacemos el amor. Hablamos. Me cuenta el motivo de su desaparición: tiene que ver con Martín y con una cuenta de ahorro que tenía. Me dice que, legalmente, ni él ni yo tenemos derecho a tocar ese dinero y que, al no tener descendencia, son Mercedes y José Antonio los que tienen derecho a él. Que ha estado hablando con sus padres para intentar convencerles de que lo correcto no es lo legal, que yo me iba a casar con Martín, que ese dinero me pertenece. Lo abrazo. Lloramos. Hacemos el amor. Lloramos. Le pido perdón por haberme alarmado tanto cuando se fue y le cuento lo de Cristina, lo nuevo y lo viejo, cómo desapareció un día sin más, sin dejar rastro, ni una dirección, nada. Cómo volvió a aparecer ayer, doce años después. Todas las preguntas que me he hecho durante estos años, las veces que la he echado de menos, las veces que la he odiado, las veces que he intentado dejar de quererla, las

veces que he intentado convencerme de que estaba muerta. Me abraza. Lloramos. Hacemos el amor. Ya no lloramos.

—¡Ali!

Ane me llama desde su habitación. Salto de la cama, me pongo las bragas y la camiseta de Otto y voy a verla.

—¿Qué tal estás?

—Mejor. ¿Tú?

—Mejor. Te has perdido las tortitas de Otto.

—¿No me habéis dejado ni media?

—Ni media.

—Cabrones. —Esquivo la almohada que Ane me tira—. ¿Qué vas a hacer? Si vuelve a llamar.

—No lo sé. ¿Tú?

—No lo sé. —Se queda pensativa un momento—. ¿Qué te parece si mientras decidimos organizamos una cena e invitamos a Ibai, a mi *ama* y a alguna gente más? Para animarnos.

—Me parece bien. Igual invito a Saioa también.

—¿Qué Saioa?

—Urrutia. Del cole. Me la encontré ayer en el súper. Tiene una hija.

—Hostia.

—Eso dije yo. Vas a flipar cuando la veas.

—Era maja. Tenía el cerebro sorbido por la puta de Eli, pero era maja. La que era más tonta que cagar haciendo el pino era la tal Irati. Madre mía, qué cosa más tonta.

—Sí. Oye, estoy liada. ¿Quieres que te traiga algo de desayuno?

—¿Estás liada follando? —Le tiro la almohada de vuelta.

—¿Te traigo algo o no?

—*Na*, deja. Creo que voy a intentar andar un poco, aunque sea a la pata coja. Si me duele mucho, te aviso.

Otto se ha quedado dormido. Le acaricio la espalda y le cuento los lunares. Martín solía contar los lunares de mis piernas y con un rotulador jugaba a unir los puntos con ellos.

Me contengo para no sacar un punto negro que Otto tiene en mitad de la espalda. De dónde me vendrá esta obsesión por reventar espinillas, pústulas, granos y el placer que me produce. Mis favoritos son los que hacen ruido al explotar, como si estuviera rompiendo huesos diminutos. Una vez avisté un grano de cabeza

blanca en el hombro derecho de Martín mientras follábamos y me corrí pensando que después se lo reventaría. Otto se vuelve hacia mí y abre los ojos.

—*Kaixo*.

—*Kaixo*.

Silencio.

—¿Te vas a volver a ir?, —le pregunto.

—Nunca.

XXV

Otto y Ane se llevan bien. Otto nos cuenta que está mirando locales para abrir una cafetería-librería aquí, en Bortiz. Dice que Berlín está repleto de esos sitios y que funcionan de maravilla, que quiere quedarse aquí y echar raíces. También quiere que Ane sea su socia, necesita a alguien con experiencia en hostelería. Ane le dice que Bortiz no es Berlín, que no sale rentable que alguien te ocupe una mesa con un libro y un café, que hay que pensárselo bien, pero la noto contenta, sé que la perspectiva de tener su propio negocio la hace feliz.

—¿Y tú, guapa?, —me pregunta Ane—. ¿Piensas volver a trabajar algún día?

Volver a trabajar. Dejé mi trabajo en la revista cuando Martín murió. Dudo que quieran volver a contratarme. Hasta ahora no he necesitado dinero, tenía (tengo) un techo, comida, unos pocos ahorros que apenas he tocado porque desde que Martín murió no he hecho gran cosa, apenas he salido de casa. Me he acostumbrado a vivir con poco. Ahora que Otto está aquí, me apetece volver a salir, ir a cenar fuera, comprarme ropa bonita, hacer una pequeña escapada quizás.

—Voy a intentar establecerme como autónoma. A ver si puedo colocar un artículo aquí y otro allá.

—Haz lo que te dé la gana, pero tienes que volver a escribir —me dice Ane.

La idea de volver a escribir me excita y me asusta. He perdido práctica, ya no sé si soy capaz de hacer un artículo o un reportaje en poco tiempo. Ane siempre leía lo que escribía, incluso cuando era la encargada del horóscopo de la revista en la que trabajaba antes de que Martín muriese.

Aries: te aferras a la vida con pasión y se nota. Quizás tengas que aprender a soltar. Buena época para planear un viaje.

Tauro: tu cabezonería te va a traer más de un disgusto esta semana. ¿Por qué no pruebas a hacer ejercicio? Afrontarás las situaciones complicadas de otra manera.

Leo: hazle caso a tu amiga y libérate de aquello que te daña. Este fin de semana alguien a quien quieres te sorprenderá.

La sorpresa fue una estancia de dos noches en un balneario de Cantabria que Mercedes nos regaló a Martín y a mí y al que Martín no podía ir porque, según él, tenía mucho trabajo.

No paró de llover durante toda nuestra estancia, y Ane y yo no salimos del hotel balneario más que para comprar vino, tabaco y chucherías.

Otto cocina muy bien, mucho mejor de lo que cocinamos Ane o yo. También se encarga de hacer la compra, de sacar la basura, de barrer el suelo y de pasar la aspiradora. Hasta que Ane se recupere, yo hago todo lo demás (fregar los platos, fregar los suelos, limpiar los baños, limpiar las ventanas, pasar el polvo, hacer la colada…). La casa está reluciente. Casi todas las noches vemos una película después de cenar. A Otto le divierten los comentarios de Ane («¡Venga ya! ¡Pero cómo se va a ir ese pibón con el tonto pollas ese!»), a Ane le gusta que Otto dejase la carrera de Bellas Artes en tercero para irse a vivir a Berlín. Yo hacía tiempo que no era tan feliz.

Desconecto el teléfono de casa. No voy a dejar que Cristina lo estropee todo. «Los muertos, mejor enterrados», pienso sintiéndome culpable. También hay otro pensamiento que no permito que salga a la superficie, que empujo hacia abajo en cuanto asoma. «Me he quedado con el hermano bueno».

Ane llama a Carmen y a Ibai, yo llamo a Oihana y a Uxue, mis amigas de la facultad, a Mirari, la única amiga que hice en la revista, y a Saioa. Oihana, Uxue y Mirari aceptan la invitación enseguida, Saioa me dice que no puede venir a la cena, que al día siguiente madrugan («Mi marido y yo nos vamos a pasar el fin de semana fuera con la niña»). Mi marido. Noto cómo a Saioa se le llena la boca al pronunciar esas palabras. *Mi marido. Mi, mi, mi, mío*. Pronombre posesivo. (Marido: del latín *maritus*. Hombre casado respecto de su esposa. Esposa: 1. Mujer casada con respecto de su cónyuge. 2. Mujer que ha formalizado su relación previa al

matrimonio, celebrando los esponsales. 3. Anillo que lleva el obispo cristiano como señal de su cargo. 4. Anilla metálica unida a otra similar por una cadena que sirve para atar las muñecas de los reos). La invito a tomar café en casa. Acepta. Ane y yo nos devanamos los sesos con el menú, hacemos una lista de posibles platos, miramos recetas en Internet, nos venimos arriba viendo fotos de comida sofisticada, acabamos optando por hacer una cena de picoteo: embutidos, frutos secos, un par de untables («¿Compramos el humus o lo hacemos casero? Lo compramos»), galletitas saladas, pinchos de jamón con *chatka* (sin jamón para Ibai). Mucho vino. Me comprometo a hacer una tortilla de patata. ¡Pan! ¡Que no se nos olvide el pan! El postre ya lo traerá alguien, ¿no?

Saioa toca el timbre a las cuatro. Nora va de la mano de su madre. Pelo negrísimo (herencia de su padre, supongo), nariz pecosa, los ojos de Saioa, solo que vacíos. «Nora, cariño, esta es Alicia». La niña no responde ni me mira. «Maleducada», pienso. «Es autista», me dice Saioa. Las hago pasar al salón, donde Ane está espatarrada en el sofá con el pie en alto, una pila de libros a un lado y el mando de la tele, el portátil y un cenicero al otro.

—¡Hola Saioa!

—¿Ane?

—La misma. Perdona que no me levante, me jodí el tobillo hace poco y aún no me he recuperado.

—¡Cuánto tiempo!

—¡Mucho! ¿Y esta niña guapa quién es?

—Nora. *Begira*, Nora —dice Saioa señalando a Ane—, *hau Ane da*. —Después, dirigiéndose a Ane—: Es autista. Probablemente ni me haya entendido, pero yo lo sigo intentando.

—Vaya…

—No pasa nada. Ahora por lo menos sabemos lo que tiene. Antes me volvía loca, pensaba que era sorda.

Sirvo el café y un bizcocho que Otto ha hecho por la mañana. Saioa pone delante de Nora unos cubos de plástico de colores. «Es lo único a lo que le hace caso». Le pido a Ane que quite sus trastos del sofá y Saioa y yo nos sentamos cada una a un lado. Nos cuenta que trabaja como entrenadora personal, que su marido se dedica a las finanzas, que los dos tenían muy claro que querían tener hijos, que Nora es su vida, pero que a veces es muy difícil y se siente muy

sola, que al nacer la niña estaba muy mal y que los médicos pensaban que no saldría adelante, que el médico le dijo que había sobrevivido porque era niña.

«Las mujeres aguantan mejor el dolor».

Me pregunto si no es eso lo que nos define: el dolor que somos capaces de soportar.

Hablamos del colegio, de los profesores y de nuestros excompañeros. Saioa nos cuenta que Irati estudió ADE (Ane me mira y pone los ojos en blanco) y que se mudó a Londres, donde vive desde hace tres años.

—¿Y qué ha sido de la víbora esa?, —le pregunta Ane.

—¿Quién?

—Eli.

Saioa se queda cortada. Silencio. Le lanzo una mirada asesina a Ane.

—Eli vive en Donosti con su marido. Eso es todo lo que sé.

—Ah, también está casada —dice Ane.

—Sí. ¿Y vosotras? ¿Desde cuándo vivís juntas?

—Desde hace poco. Yo lo dejé con mi novia y Ali, bueno…, pensamos que sería buena idea vivir juntas. Ahora se nos ha acoplado el medio novio de esta, pero bueno, bien, es majo.

«Ane, *ixo*».

—Ah, ¿tienes novio?, —dice Saioa tratando de ocultar su sorpresa.

—Bueno, aún es un poco pronto para llamarlo así…

—¿Cómo se llama?

—Jokin —miento. Por si acaso.

—¿Y cómo os conocisteis?

—En un bar. Llevamos muy poco tiempo. No es nada serio.

—Pero ya vive aquí.

—Sí, bueno, es complicado.

Silencio. Saioa dice:

—Vi a Jon hace poco. Está bastante mejor. —Prosigue al ver que Ane y yo no decimos nada—. No sé si sabíais que tuvo problemas con las drogas…, salió de Proyecto Hombre hace poco.

—No lo sabía —digo yo.

—Que se joda —dice Ane.

—No te pases —digo yo.

—¿Cómo que no me pase? Ese imbécil nos hizo la vida imposible, Ali. ¿No te acuerdas?

—Su vida tampoco era fácil —dice Saioa—. Su padre bebía mucho y le daba unas palizas tremendas.

—Mi padre también bebía y también me daba palizas, y yo no iba pegando e insultando a la gente. —«Sí que lo hacías», pienso, pero no digo nada. Trato de desviar la conversación a un terreno más neutral.

—¿Sigues viviendo en Bortiz?

—Sí, aunque Félix está empeñado en que nos vayamos a vivir a Donosti. Él es de allí y lo echa mucho de menos. Dice que aquí no hay nada que hacer.

—No le falta razón —dice Ane.

—Pero bueno, con la niña es más fácil vivir aquí, tenerlo todo cerca. —Recuerdo la época en la que Saioa hablaba constantemente de irse de Bortiz, de mudarse a una ciudad con más opciones. Supongo que Bortiz ya no representa un lugar peligroso para ella, que al haber transformado su cuerpo para que este encaje en el canon, la violencia que sufre en Bortiz es más llevadera—. Además, por el precio que pagamos aquí no tendríamos ni para un cuchitril en Donosti. ¿Y vosotras? ¿Os vais a quedar aquí?

—En principio sí —digo.

—Yo espero que Ali siga queriendo vivir conmigo mucho tiempo —dice Ane—. Las Bichas nos apañamos muy bien juntas, ¿verdad?

—La verdad es que siempre imaginé que acabaríais juntas. Viviendo juntas, quiero decir —dice Saioa.

Poco después se despide («tengo que preparar el equipaje para mañana») y todas prometemos volver a vernos, aunque sabemos que lo más probable es que eso no vaya a pasar.

—Con que Jokin —dice Ane en cuanto Saioa y Nora cierran la puerta.

—Lianta, más que lianta. ¿Te recuerdo de quién es hermano?

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? ¿Qué va a pensar la gente? No han pasado ni dos años.

—¿Qué más da lo que piense la gente? Ali, no me jodas. Que ya tenemos una edad.

—Para ti es fácil.

—¿Para mí es fácil? ¿Ser bollera en este pueblo de mierda? ¿No haber acabado la carrera? ¿Que mi viejo le pegase palizas a mi madre y luego se suicidase? Facilísimo, sí. ¿Sabes lo que te digo? Que tu madre por lo menos tuvo el coño de cortar con todo y largarse sin importarle lo que pensaran los demás. —Según termina la frase, ella misma se da cuenta de que se ha pasado, lo veo en su mirada—. Hostia, Ali, *barkatu*… —empieza a decir. No le dejo terminar. Cojo el móvil y los cascos y salgo a la calle.

Mira, imbécil, que te den por culo. La canción: *Me gusta ser una zorra*, de Las Vulpes. Las fantasías de violencia me sacuden. Me imagino peleando contra Ane, su cráneo aplastado contra el suelo, mi pie pisándole la cara, mi furia descargada en su cuerpo, la sangre brotando, el polvo pegándose a su piel. Me imagino gritando, gritando muy alto con una voz que no es la mía. Nos imagino en un *ring* de boxeo, lanzándonos puñetazos. Parece que Ane va a ser la ganadora hasta que le asesto un golpe maestro, el golpe final. Ane yace inconsciente en el suelo. Me imagino arañándole la cara, tirándole del pelo, escupiéndole, pegándole puñetazos en el estómago, en las piernas, en los brazos. «Me gusta ser una zorra, me gusta ser una zorra eeeooo aaah ay, ay, ay, ay, ay, ay, ay, ay, ay, ay, ay, ay, ay. ¡Cabrón!». Dejo que las fantasías campen a sus anchas, que se adapten al ritmo de mis pasos, al de mi corazón. La música me transporta, también cuando estoy de buen humor: ahora soy una DJ famosa, ahora recojo un premio, ahora un hombre guapo me desea, ahora muchos hombres guapos me desean, ahora salvo a alguien de una situación peligrosa ante un público, ahora soy famosa, ahora mucha gente me desea. El resto del tiempo, prefiero el silencio. Me voy calmando poco a poco [3] .

XXVI

Entro en casa sin saludar a Ane y empiezo a preparar el aperitivo en la cocina. Suena el timbre. «¡Cariño!». Carmen aplaca mi ira con un abrazo y la sustituye por culpabilidad por no haberle llamado en todo este tiempo, por haberla olvidado, a ella, que se ha comportado como una madre, que ha escuchado mis llantos, que me ha consolado, que me ha acogido en su casa siempre que lo he necesitado. «¡Mi niña! ¡Qué alegría verte!». Ni rastro de ironía en sus palabras, ni rastro de rencor. Carmen se ha arreglado para la ocasión: un vestido con estampado floral, pendientes de plástico rojos a juego con el pintalabios que se le ha desplazado hasta las paletas. Zapatos de tacón bajo. Peinado de peluquería. Los ojos de Ane, los mismos ojos, la mirada brillante, llena de vida. Tengo ganas de llorar. Quiero que Carmen me abrace, llorar en su pecho.

—¡Peque! —Carmen corre a abrazar a su hija—. Ay, qué mala pinta. ¿Cómo estás?

—Bien, *ama*. No te preocupes. En menos de una semana ya estoy como nueva.

Las dejo en el salón y vuelvo a la cocina a ocuparme de la cena. Carmen no tarda ni cinco minutos en venir.

—Deja que te ayude.

—Ni hablar. Tú a sentarte como una reina. Ahora mismo te llevo una copa de vino.

—Que no. Ya verás qué rápido lo hacemos entre las dos. —Tan terca como su hija. Carmen prepara la *chatka*, abre los panecillos y los rellena en tiempo récord.

—¿Qué es esta porquería?, —me pregunta sosteniendo el envase de humus.

—Humus. Es un untable de…

—Ya sé lo que es el humus. ¿Por qué lo habéis comprado ya

hecho? ¡Si se hace en un momento! ¿Tienes garbanzos de bote?

—No…

Carmen me mira decepcionada.

—Bueno, pues la próxima vez avísame y ya lo traigo yo hecho de casa.

Abro una botella de tinto y sirvo dos copas.

—Por nosotras.

—Por nosotras.

Brindamos.

—¿Cómo estás, mi niña?

—Bien, mucho mejor. Poco a poco, ya sabes. ¿Qué tal tú?

—Pues deseando jubilarme, hija. Qué te voy a contar.

—Hace un par de días llamó mi madre. —Las palabras salen antes de que pueda sujetarlas. Carmen me mira y niega con la cabeza, dándome a entender que no entiende—. Mi madre, Cristina, llamó aquí, a casa.

Carmen se tapa la boca.

—¿Qué me dices?

—Yo no estaba. Ane cogió el teléfono. Cristina le pidió mi número de móvil pero Ane no se lo dio. Menos mal. —(Qué debo hacer, Carmen, dime qué debo hacer).

—Ay, madre. ¿Y qué vas a hacer?

—No sé. ¿Tú qué harías?

Carmen se queda pensativa. Le da un sorbo a su copa.

—Ay, no sé, hija… Qué difícil… Yo creo que hablaría con ella. Tendría mucha curiosidad, creo. Pero no sé, cariño. Eso lo tienes que ver tú.

—No se merece que hable con ella.

—¿Qué dice tu padre?

—Mi padre se puso hecho una furia. No quiere que la vea.

—Ay… No sé. Yo quiero pensar que todos merecemos una segunda oportunidad.

—Ya. No sé. Lo pensaré.

Nos quedamos en silencio. Bebemos de nuestras copas.

—¿En qué más te puedo ayudar?

—Nada, tú al salón con tu hija.

—Pero…

—Por favor.

—Bueno, vale. Pero si necesitas algo me avisas, ¿eh?

—Sí, no te preocupes.

Las oigo cuchichear. «Cristina… Madre mía… Ya… Muy fuerte… No sé lo que haría…». Quizás aproveche que tengo que cortar cebolla para llorar de verdad, para descargar. No, ni hablar. *Pa' lante*, que diría Carmen. Siempre *pa' lante*. Mirari llega poco después.

—Ali, amor, ¿cómo estás? —Me abraza, su perfume se me mete por los orificios de la nariz y me llega hasta el cerebro. Lleva el pelo castaño recogido en una cola de caballo, unos vaqueros pitillo y una camisa blanca ceñida que resalta su cuerpo bronceado y sus tetas perfectas. A pesar de tener diez años más que yo, Mirari tiene un cuerpo que yo nunca tendré.

—Bien, bueno, ya sabes, tirando. ¿Tú?

—Estás más delgada. Yo bien. Con ganas de mandar a tomar por saco la revista. Sin mucha novedad. —Lo de las ganas de mandar a tomar por saco la revista se lo llevo oyendo desde que nos conocemos. No lo va a hacer. Lo sabe ella, lo sé yo, lo sabe todo el mundo. Poco después llegan Uxue y Oihana, juntas, Uxue con una botella de vino, Oihana con una de ginebra, muy animadas y con muchas ganas de salir.

(Oihana: su padre es un alto cargo del PNV y ella presenta el *Teleberri*. Que ambas cosas están relacionadas lo sabe ella, lo sé yo, lo sabe todo el mundo. Uno de sus apodos en la facultad era «la chocho eléctrico». Uxue: un cerebro brillante, reservada. Trabaja como autónoma para varios medios y viaja siempre que puede). Dejo reposar la mezcla de patatas y huevos. Oihana, Uxue y yo llevamos el resto de la cena al salón, hago las presentaciones (¿Se puede fumar? Necesitamos más copas. ¿Quién quiere más vino? ¿Ponemos algo de música o qué? ¿Cómo te llamabas?) y vuelvo a terminar la tortilla.

—Falta Ibai —dice Ane.

—Habíamos dicho a las ocho y son casi las nueve. Empezamos sin Ibai —contesto sin mirarla. Justo entonces suena el timbre. Ibai entra deshaciéndose en disculpas, dice que ayer tuvo una noche muy larga y se ha quedado dormido, que ya nos contará. Da dos

besos a todo el mundo, Ane le dice: «¿Has venido con las manos vacías o qué?», y él contesta: «Jo, es que no me ha dado tiempo, *barkatu*», y cuando Carmen no mira, vuelve a mirar a Ane y se da dos toquecitos a un lado de la nariz con el dedo índice. Oihana se pone a hablar con Ibai en seguida, asintiendo a todo lo que dice y riéndose continuamente. Me siento al lado de Carmen.

—Carmen, cuéntame, que hace mucho que no nos vemos.

—Si es que no hay mucho que contar. Lo que te he dicho antes, deseando jubilarme. Pues como tu padre, supongo, ¿no?

—Sí.

—¿Qué tal está?

—Como siempre. Serio, a lo suyo, sin molestar a nadie.

—Ay, qué buen hombre. ¿No se ha animado a venir?

Ane, que ha puesto la oreja, me mira, levanta las cejas y sonríe. Qué más quisiera yo que mi padre y Carmen se liasen, pero dudo mucho que mi padre tenga ningún interés en meterse en líos amorosos.

—Qué va. Es un soso. Voy a abrir otra botella de vino, ahora vengo.

Ibai aparece mientras descorcho la botella.

—¿Tu amiga no ve que soy marica?

—Claro que lo ve. Precisamente. Lo que ella quiere es un amigo marica.

—Uy, qué pereza, maja. Que estamos en 2018, basta ya de heteras queriendo un amigo marica como quien quiere un bolso. Que os jodan a todas, so putas. —Ibai me besa en la mejilla y se lleva la botella que acabo de abrir. En el salón, Mirari está contando su divorcio «… una liberación. Entro y salgo cuando me da la gana, no le lavo los calzoncillos a nadie, no tengo a un cerdo roncando a mi lado cada noche… Yo os recomiendo que os caséis, que la vida es corta y las bodas son muy divertidas, pero para luego divorciaros y que veáis qué maravilla».

—Pues yo a veces echo de menos dormir con un hombre —dice Carmen.

—Ah, sí, claro, dormir sí, pero luego cada uno a su casa. Los calzoncillos que se los lave él.

Carmen se ríe.

—Sí señora. Toda la razón.

—Hablando de dormir con hombres. ¿Hoy soy el único invitado o qué? ¿Ni un maromo me habéis traído?, —dice Ibai.

—Ni uno —contesta Ane.

Ibai pone cara de fastidio.

—Ya saldremos luego a buscar maromos —dice Oihana guiñándole un ojo a Ibai.

—Qué pereza —dice Uxue.

—¿Cómo que qué pereza? Pues anda que no te viene haciendo falta un polvo, guapa —dice Oihana.

Las botellas se van vaciando, la conversación se va animando. Carmen es la primera en irse («Bueno, os dejo a la juventud con vuestras cosas. Hablamos pronto, niñas»). En cuanto cierra la puerta, Ane se pone a flirtear con Uxue descaradamente. Se sienta a su lado y la aísla de la conversación general. «No tienes nada que hacer», pienso. Uxue responde educada, deja que Ane lleve el peso de la conversación, apenas puedo oír lo que dicen porque las voces del resto han aumentado el volumen considerablemente.

CLAS, CLAS, CLAS. Otto entra en el salón chorreando.

—Está cayendo la de dios. ¡Epa!, —saluda con un movimiento de cabeza y una sonrisa—. Voy a cambiarme. Ahora vengo.

—¿Y ese rey moro?, —pregunta Ibai.

—Un amigo —respondo.

—Joder con tu amigo —dice Mirari.

—Tiene pinta de *heterísimo*. Es hetero, ¿a que sí?, —dice Ibai.

—Sí —respondo.

—Qué desperdicio.

—¿Está soltero?, —pregunta Oihana.

—Como si les importase una mierda estar o no solteros —dice Mirari riéndose.

Otto vuelve al salón secándose el pelo con una toalla. Se ha puesto un pantalón corto y una camiseta que le está algo pequeña. Oihana se arregla el flequillo con disimulo, Mirari se sacude motas de polvo imaginarias de la camisa, Ibai endereza la espalda. La atmósfera cambia. Otto se presenta y se disculpa por no haber llegado antes, nos explica que había quedado con un amigo.

—¿Y tu amigo es tan guapo como tú?, —dice Mirari, sonriéndole coqueta. Otto se ríe.

—Mucho más guapo que yo —contesta.

—¿Es hetero?, —pregunta Ibai.

—No.

—¡¿Y dónde está?!

—En su casa, con su novio.

—Qué manía con lo de los novios.

Oihana y Mirari empiezan a competir por la atención de Otto. Oihana se pone a contar gracietas, a hacer muecas, a hablar alto, mientras que Mirari juega el papel de la seductora tranquila: baja la voz, obligando a Otto a acercarse a ella para escucharla, lo escucha con los ojos muy abiertos, asiente, se dirige a él con voz grave. Ninguna cambia de registro cuando nos hablan a mí o a Ibai. *The show must go on*. Ane y Uxue siguen enfrascadas en lo suyo, ajenas a la *performance* que está teniendo lugar. Os animo a que hagáis un experimento: reunid a un grupo de amigas heterosexuales a una hora. Cuando haya pasado un tiempo (una hora, dos) llamad a uno o dos amigos heterosexuales (que sean guapos o no carece de importancia, aunque la cosa se torna aún más histriónica si son guapos) y pedidles que se unan a vosotras. Observad los cambios que se producen en vuestras amigas: fijaos atentamente en su lenguaje corporal, en el tono de las voces, con quién hablan más, a quién escuchan más. El teatro que montan para que los hombres las aprueben. Lo sé porque yo también participo de ello.

—Ibai, ¿vas preparando los *gin-tonics*? La ginebra está en la encimera de la cocina, las tónicas y el limón en la nevera. Mientras voy arreglándome —digo.

—Hecho.

Mirari tiene razón. He adelgazado. Me acuerdo de un vestido negro que hace años que no me pongo porque no me cabía. Revuelvo en el armario hasta dar con él. Me queda perfecto. Corto (pero no demasiado) y con un escote redondo muy bonito. Lo conjunto con mis tacones y un par de pendientes de aro dorados. ¿Labios rojos y ojos naturales u ojos ahumados y labios naturales? Me decido por lo primero, así le doy un toque de color al conjunto. Me peino los rizos con los dedos. ¿Pensará Otto que estoy guapa? ¿Y qué pensarán las chicas? Las mujeres no solo *performamos* para los hombres.

En el salón, Ibai sujeta una bolsita de cocaína entre los dedos, agitándola como si fuera una campanilla. Prepara las rayas encima

de la mesa, una de ellas más gruesa y más larga que las demás. «El que reparte se lleva la mejor parte», dice antes de agacharse y esnifar la raya más gruesa con la ayuda de un billete enrollado que le ha preparado Ane. Ane, Uxue y yo lo imitamos. Otto, Mirari y Oihana nos observan en silencio.

—Hale, pues ya estamos —dice Ibai.

—Yo igual me animo —dice Oihana. Supongo que porque no quiere quedar como una mojigata y porque sé de primera mano que le gusta más la coca que a un tonto un lápiz. Ibai le prepara una raya («uy, no, la mitad de eso») mientras los demás apuramos nuestros *gin-tonics*. Mirari ha aprovechado que Oihana está ocupada esnifando para acaparar a Otto. Me siento al lado de Ibai sin quitarle el ojo de encima a Mirari.

—*Eskerrik asko* —le digo.

—No es nada, mujer. Qué *fuertas* sois las *heteras*, maja —dice bajando la voz.

—¿Por?

—Por los cuchillitos que vuelan ahora mismo en este salón. —Se ríe—. A ti este te gusta, ¿no?

—Sí.

—Ya. Tenías que habérnoslo comentado antes.

—A Mirari le habría dado igual, créeme.

—Ya veo, ya.

Mirari está prácticamente encima de Otto. Ibai se levanta y da dos palmadas.

—¡Bueno, niñas! ¿Levantamos campamento o qué?

—Tú te vienes —le dice con una sonrisa Mirari a Otto.

—Venga, un rato —dice Otto. Oihana los mira intentando ocultar el cabreo. Está perdiendo terreno. Yo me estoy poniendo cada vez de más mala hostia. Otto me mira y me guiña un ojo. Ahora menos. Lástima que Mirari no lo haya visto. Ha parado de llover, pero se ha quedado una noche fría.

—Ay, qué frío —dice Mirari dirigiéndose a Otto.

—Toma mi jersey. —Otto se quita el jersey y se lo da.

No sé qué cara he debido poner, pero Ibai me agarra del brazo y me susurra: «Chsss, tranqui, fiera». Ibai y yo encabezamos el grupo, seguidos por Ane, Uxue y Oihana. Otto y Mirari se han quedado rezagados. Ibai nos lleva a un bar del centro, un antro que debe

llevar allí desde antes de que naciésemos. «Es tan cutre que mola».

Ane, Uxue y Oihana bailan juntas, de vez en cuando Oihana lanza miradas a Otto y Mirari, que están en la barra hablando. Agarro a Ibai de la mano y lo hago girar, él hace lo propio, dejo que me lleve. Mirari coge a Otto de la mano y lo arrastra todo lo lejos que puede de nosotras, le da la espalda y le roza el paquete con el culo. Me obligo a no mirar. Voy a la barra y pido chupitos para todo el mundo excepto para Otto y Mirari, que ya han dejado de ser parte del grupo. Necesito aplacar la ira que me sacude, quiero pensar que es efecto de la coca aunque sepa que no lo es. Puta, puta, puta, puta. Eres una puta, Mirari. Eres una puta y eres vieja y patética y no tienes nada que hacer con Otto, está fuera de tu alcance por mucho numerito seductor ridículo que montes. El licor me quema en la garganta, creo que voy a vomitar. Una mano en mi cintura. Otto. ¿Bailas? No. Baila con Mirari. Cojo mis cosas y me voy a casa, el corazón latiéndome desbocado. Me imagino el cuello de Mirari rompiéndose entre mis manos, sus ojos amoratados por mis puñetazos. Me imagino a Otto y Mirari follando, Otto contándole a Mirari que yo en realidad no le gusto, que ella es mucho mejor. Mis dedos hundiéndose en las cuencas de los ojos de Mirari, Otto agarrándola del pelo mientras la embiste, Mirari gimiendo, yo agarrándola del pelo y lanzándola contra una pared, Mirari haciéndole una mamada a Otto, Otto haciéndole una mamada a Mirari, yo degollándolos a ambos. Doy vueltas en la cama, torturada por las imágenes que no forman parte de mí, sino que me invaden sin que yo pueda hacer nada para alejarlas. Me levanto, bebo agua del grifo del baño. El espejo me devuelve mi imagen, las pupilas dilatadas. Estoy guapa. Soy más guapa que Mirari. Soy más guapa que Mirari. Vuelvo a la cama.

XXVII

No hay nadie en casa. Otto y Ane tienen el móvil apagado. Estoy a punto de llamar a mi padre, pero me contengo. No quiero que me vea así. No puedo quedarme aquí, encerrada entre estas paredes, pero fuera la lluvia no amaina, cae sobre Bortiz como un manto implacable. Me doy una ducha rápida, preparo café y tostadas, me esfuerzo por ser una persona.

Empiezo por las estanterías: bajo todos los libros, rocío las estanterías con espray quita polvo, paso el trapo. Repetir. Me entretengo ojeando mis libros, los que ya he leído y los que no. Mirari y Otto son personajes de ficción ajenos a mí. Vuelvo a colocar los libros con cuidado, en lo que me parece un orden más lógico. Fantaseo con la idea de vivir sola, sin Ane, sin Otto. Una habitación propia, quinientas libras. Una habitación que no pertenezca a los Otamendi, irme lejos, empezar de cero, escribir. Desaparecer. La fantasía pasa de mi cerebro a mi corazón, palpita, me llena de algo que se parece a la alegría. Rompo las cadenas de la ira. Sigo limpiando. Llevo un vestido largo y vaporoso que arrastro levemente, el pelo recogido en un moño bajo deshecho, pendientes colgantes. Voy descalza. Escribo en una casa junto al mar, en un sitio donde siempre luce el sol y la sal marina se pega a mi piel. Los habitantes del pueblo son amables, me saludan al pasar. Compro verduras y fruta fresca en la plaza del pueblo, pescado directamente a los pescadores. Una mujer me trae pan, leche fresca y mantequilla a casa. Las flores crecen en todos los rincones, su aroma mezclado con la brisa marina se me mete por debajo del vestido y me acaricia los muslos y va subiendo… Me masturbo tumbada en el suelo, el trapo del polvo y el espray a un lado, los libros al otro. CLAS, CLAS, CLAS. Me levanto de un salto, Otto entra tras sacudir el paraguas en la entrada.

—*Egun on* —dice. No contesto, sigo limpiando. Se mete en la

cocina, lo oigo trastear. Termino de limpiar la estantería y empiezo con la mesa del salón. Otto vuelve cargado con una bandeja con café y un par de *croissant*.

—He ido a por *croissant*.

—Ya he desayunado —digo sin mirarlo y sin dejar de limpiar.

—Alicia.

—Qué.

—¿Qué te pasa?

—Nada, solo que igual te has equivocado de destinataria, igual los *croissant* se los tenías que haber llevado a Mirari.

Otto suspira.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

—Alicia, entre Mirari y yo no pasó nada. La acompañé a su casa y después vine aquí. He dormido a tu lado toda la noche hasta hace un rato, que he ido a por *croissant* para que desayunemos los dos. —No contesto—. Alicia. Mírame, por favor.

—Estoy muy ocupada.

Otto se lleva la bandeja y los *croissant*. Tengo ganas de llorar, porque en esto muta la ira, siempre ha mutado en esto: en una melancolía agónica que me arrastra al suelo y me deja inmóvil, inútil. Estoy cansada, avergonzada, triste. Cansadavergonzadatriste. El estado que más transito, tres en uno. Otto bebe café y mira su móvil sentado a la mesa de la cocina. Me acerco por detrás y le beso la nuca.

—¿Me perdonas?, —le susurro al oído. Se vuelve y me besa, me siento a horcajadas encima de él. Adiós, cansadavergonzadatriste. Hola, cachonda. CLAS, CLAS, CLAS.

—¿Hay alguien?, —grita Ane.

—Sí, estamos aquí —contesto.

Ane entra en la cocina con una sonrisa de oreja a oreja.

—He venido a por algo de pasta. Bueno, en realidad quería ver si no estabais para subir con Uxue, pero como estáis, cojo algo de pasta y nos vamos a desayunar por ahí.

—¿Por qué no desayunáis aquí?

—A Uxue le da corte.

—¿Desayunar le da corte?

—No… Que sepáis que hemos follado.

—Anda, que no sea tonta. —Intento sonar despreocupada, pero lo cierto es que no tenía ni idea de que a Uxue también le gustaran las mujeres.

—Ya, eso le he dicho, pero le da apuro. Bueno, vosotros a lo vuestro. Nos vemos por la noche. O no. Espero que no. —Ane sale por la puerta trotando.

—¿A ti también te da corte?, —me pregunta Otto.

—¿El qué?

—Que la gente sepa que follamos.

—*Corte* no es la palabra.

—¿Y cuál es la palabra? —Las palabras son *vergüenza* y *culpa, corte* es una versión demasiado tímida.

—No lo sé. Me da miedo que me juzguen.

—¿Que te juzgue quién?

—No sé. La gente.

—¿Qué gente?

—Mis amigas, tus padres, mi padre, la gente del pueblo.

—Si tus amigas te juzgan, no son tus amigas. Nuestros padres lo superarán y el resto de la gente da igual.

—Tienes razón.

Otto me pone de espaldas a él, me baja los pantalones del pijama y me folla agarrándome la nuca. Apoyo las manos sobre la mesa, arqueo la espalda. Estoy de cara a la ventana y veo a unos pocos paseantes: un hombre con un perro, una mujer con una bolsa de la que sobresale una barra de pan, un grupo de chavales adolescentes volviendo a casa, pegando gritos, riéndose, dos chavalas volviendo a casa cogidas del brazo, sus miradas clavadas en el suelo. El grupo de chavales las ve, les gritan algo que no consigo descifrar. Las chavalas aprietan el paso. Otto se corre.

XXVIII

—Que corra el aire.

Me acababa de comprar mi primer pintalabios rojo y quería aprovechar la cena de fin de curso para hacer una declaración de intenciones: soy adulta, estoy con el chico más guapo del instituto, si él me ve, vosotros también deberíais.

Ane no vino. «Por qué voy a querer cenar con gente a la que no soporto». Salimos de la sidrería borrachos, yo iba cogida del brazo de Martín, incapaz de obviar el hecho de que se había pasado toda la cena hablando con Eli y que apenas me había dirigido la palabra.

En el bar me acerqué a Saioa y le pregunté por sus planes de futuro fingiendo que escuchaba mientras vigilaba a Martín y a Eli por el rabillo del ojo. Tres rondas de chupitos más tarde tuve que ir al baño, y, al volver, vi cómo Eli le susurraba algo al oído, tan cerca que sus tetas le rozaban.

—Que corra el aire.

Martín y Eli se quedaron mirándome perplejos. Eli soltó una risa despectiva y se unió al resto de chicas de la clase. No podía oírla desde donde estaba, pero imaginé que les estaría contando lo que acababa de pasar, porque ahora todo el mundo me estaba mirando. Martín salió del bar y fui tras él.

—¿Estás loca o qué hostias?

—Llevas toda la noche flirteando con ella.

—Estás loca.

Él empezó a andar y yo lo seguí.

—Déjame en paz. Quiero estar solo.

—Yo quiero hablar. Llevas toda la noche pasando de mí y flirteando con Eli.

—No me toques los cojones, Alicia. Solo estábamos hablando. Perdona por no estar todo el puto día pendiente de ti. Eres una egocéntrica y una paranoica. Normal que solo te aguante Ane.

Dejé que se fuera y que las palabras se me pudrieran dentro de la boca. «Cabrón, calientabragas, cerdo». Antes de entrar en casa, le arreé una patada a una papelera y me sentí ridícula.

Intenté no hacer mucho ruido mientras vomitaba todo el alcohol que había ingerido esa noche.

Al día siguiente fingí estar enferma y mi padre fingió creerme. Pasé toda la mañana debajo del edredón, mirando el móvil a la espera de que Martín me llamase. Lo cierto es que Martín era un seductor nato, siempre daba la sensación de estar coqueteando, independientemente de quién fuera su interlocutor. Puede que tuviera razón, que todo fueran imaginaciones mías, que yo fuera una celosa patológica cegada por el miedo a perderlo. Lo llamé al mediodía.

—Lo siento.

—No pasa nada. Pero la próxima vez intenta controlarte.

—¿Quedamos?

—No sé, Alicia. Necesito estar solo.

—¿Me sigues queriendo?

—Necesito estar solo. Te llamo esta noche, ¿vale?

Me llamó al día siguiente. Para entonces yo ya estaba segura de que me iba a dejar.

—Dijiste que me llamarías anoche.

—Lo siento, se me pasó.

—Estuve esperando.

—Alicia, no me agobies.

—Lo siento[4].

XXIX

Ane entra en casa justo cuando Otto y yo acabamos de empezar a cenar.

—¡Qué bien huele!

Destapa la olla y acerca la cara inspirando.

—Mmmm… ¿Me puedo comer lo que queda?

—Claro —dice Otto.

Ane se sirve un plato y se sienta a mi lado.

—¿Qué tal con Uxue?, —pregunto.

—Muy bien. Muy muy bien. —Ane sonríe sin apartar la mirada de su plato.

—¿No nos vas a contar nada más?

Ane suspira. Tiene la cara colorada, la mirada brillante.

—Estoy acojonada. Esta tía me va a gustar mucho. Pero mucho mucho. ¿Por qué no me la habías presentado antes?

—No sabía que le gustaran las tías.

—Pues ella tampoco lo sabía hasta ayer, fíjate. Aunque cualquiera lo diría. Hacía tiempo que no follaba así.

—Me alegro. Ya te tocaba.

—Pues sí. Además es listísima. Le interesa todo, es superdespierta.

—Sí, Uxue es una tía muy guay. ¿Habéis hablado para volver a quedar?

—Aún no, no la quiero agobiar. Pero vamos, si fuera por mí, la volvería a ver ya mismo. Me ha dicho que mañana madruga y que quiere acostarse temprano. A mí tampoco me viene mal acostarme pronto, mañana tengo jaleo.

—¿Qué tienes?

—Curro. Me ha llamado Mikel y me ha ofrecido doscientos euros más. Le he dicho que sí. Sigue siendo una mierda, pero bueno. Es mejor que nada. Hasta que este —señala a Otto— y yo montemos

nuestro propio bar… ¿Has mirado más locales?

—Sí, pero está todo muy caro. Hay que esperar a que bajen los precios.

—¿Y crees que van a bajar? Yo creo que cada día está peor la cosa.

—Bajarán. En algún momento tienen que bajar.

—Bueno, si hay que esperar, se espera. Estas cosas mejor con tiempo.

Terminamos de cenar, y mientras Ane friega los platos, Otto y yo decidimos qué película vamos a ver esta noche. Elijo *Thirteen*, de Catherine Hardwicke, la película que más nos gustaba a Ane y a mí cuando éramos adolescentes y la que probablemente hayamos visto más veces. Otto no la ha visto.

—¿No os importa volver a verla?

—¡Nos encanta volver a verla!

Esperamos a que Ane termine para darle al *play*. Suena el teléfono. Salto del sofá.

—¡No lo cojáis! ¿Quién ha vuelto a enchufarlo?, —pregunto.

—Yo, lo he visto esta mañana y lo he vuelto a enchufar —dice Otto.

—Pues no lo cojas ni lo vuelvas a enchufar. Si alguien quiere algo, que nos llame al móvil, que para eso lo tenemos. —Desenchufo el teléfono y le doy al *play*. La película se convierte en la música de fondo de mis pensamientos.

¿Por qué te fuiste? ¿Por qué no dijiste nada? ¿Llegaste a quererme alguna vez? ¿Quién eres?

XXX

Cristina estuvo especialmente cariñosa ese verano. En vez de alquilar un apartamento en la Costa Brava, como solíamos hacer todos los veranos y donde al tercer día ya me aburría, me llevó a Londres. Mi padre tenía que trabajar y no nos pudo acompañar, yo estaba nerviosa y contenta por poder pasar tanto tiempo con ella, por que me enseñase esa ciudad en la que nunca había estado, porque era mi primer viaje en avión, por que mi madre quisiese irse conmigo unos días. Solo conmigo.

Londres nos recibió con un *xirimiri* que se alargó hasta el día siguiente. Cristina me llevó de un lado a otro entusiasmada, haciéndome preguntas sobre mi vida constantemente. Me explicaba cosas de la ciudad, de su primera vez allí, de lo mucho que le había impactado, del Londres de los años setenta comparado con la España de esa época. A pesar de su entusiasmo, la notaba nerviosa. De repente quería hacer de madre pero no sabía muy bien cómo. Me compró un montón de ropa, accedió a todos mis caprichos, fuimos a ver un musical, comimos toda la comida basura que se me antojó, paseamos cogidas del brazo como dos amigas íntimas. Pensé que quizás a mi madre no se le daban bien los niños, pero que ahora que yo estaba dejando de ser una, podríamos tener otro tipo de relación, podría quererme de adulta lo que no me había querido de niña.

La última noche volvimos pronto al hotel, nuestro avión salía temprano, yo empezaba el colegio en un par de días y estábamos agotadas después de pasar el día saltando de mercadillo en mercadillo.

—Hoy nos vamos a dar un homenaje y vamos a pedir que nos traigan la cena a la habitación —anunció mi madre. La cena consistió en unos sándwiches asquerosos que engullí hambrienta mientras veíamos la tele. Antes de quedarme dormida, Cristina me

preguntó si me lo había pasado bien.

—Muy bien. No quiero volver. —Tenía miedo de que se rompiese el hechizo, de que mi madre me ignorara otra vez, de volver de nuevo a las viejas costumbres.

Me desperté en medio de la noche. Mi madre me había tapado con una manta, pero no estaba en su cama. Me asusté. Quise salir corriendo a buscarla, pero no sabía adónde ir. Bajé a la recepción del hotel y la recepcionista me dijo que la había visto salir hacía un par de horas. Su maleta seguía en la habitación. La abrí, todas sus cosas estaban dentro. Busqué una nota, alguna explicación, pero no encontré nada. Me deshice en sollozos, me sentí estúpida, intenté consolarme pensando que, si su maleta seguía allí, era porque regresaría. Volvió al cabo de un par de horas con los ojos llorosos y apestando a alcohol.

—Perdóname, Alicia, hija. No quería asustarte.

—¿Dónde has estado?

—Me encontraba mal y he salido a pasear.

—¿Qué te pasa?

No contestó. Me abrazó entre sollozos y repitió: «Perdóname, perdóname, perdóname…».

Al día siguiente apenas habló durante el trayecto de vuelta. Se puso unas gafas de sol, me dijo que le dolía mucho la cabeza, que necesitaba descansar. Adiós a la Cristina divertida y cariñosa de esos últimos días. Mi padre nos vino a buscar al aeropuerto, yo le conté todos los detalles de nuestro viaje mientras mi madre dormía con la cabeza apoyada contra la ventanilla del coche. Al llegar a casa, Cristina se metió en la cama a pesar de que ni siquiera eran las doce del mediodía. Fui a su habitación, quería ocuparme de ella, serle útil, cuidarla, pero la encontré dormida. Mi padre dijo que sería mejor que la dejásemos descansar y me llevó al cine. Compré unas gominolas para Cristina, sus favoritas, y nunca llegué a dárselas, porque al volver a casa mi madre ya no estaba y tampoco estaba su maleta.

XXXI

Ane no saldrá del trabajo antes de las once y estamos urdiendo un plan para que Uxue aún esté en casa cuando ella llegue. Otto se ha ido a echar currículums en las pocas galerías de arte y museos que hay por aquí. Él también necesita un trabajo hasta que lleve a cabo su plan de la librería-cafetería.

—Ali, lo siento, pero me voy a retrasar. Tengo que terminar un reportaje para mañana y voy de culo. Han abierto una nueva cafetería en el centro. Si me das una hora más, te invito a merendar.

Decido ir al centro dando un paseo. Tras un invierno largo, los árboles están empezando a lucir sus hojas, pronto estarán llenos, florecerán, algunos darán frutos que no tardarán en desaparecer en manos de los viandantes. Por primera vez en mucho tiempo miro las cosas que me rodean, a las personas, los coches, los edificios, las tiendas, el asfalto, el césped, las farolas, y me siento parte de ello. Me concentro en el sonido de mis pisadas, en la sensación de mis piernas al andar, en mi respiración, que ya no se me atasca en el pecho, sino que me baja hasta el estómago.

Pa'lante. Siempre *pa'lante*.

La cafetería es grande y está abarrotada. Es exactamente igual que todas las cafeterías modernas: madera clara, paredes blancas decoradas con cuadros de algún artista local, mesas, sillas y tazas distintas las unas de las otras en un intento de diferenciarse de las demás cafeterías que están decoradas de la misma forma y que también tienen mesas, sillas y tazas distintas las unas de las otras.

Uxue ya está ahí, sentada a una mesa en el rincón más alejado. Lleva puestos unos cascos y teclea frenética en su portátil, ajena al

bullicio que la rodea. Lleva el pelo recogido en un moño deshecho y las gafas le caen sobre el puente de la nariz. No me ve hasta que estoy prácticamente encima de ella.

—Ali, *barkatu, barkatu*… —Se levanta y me abraza—. ¿Qué quieres tomar? Invito yo, eh.

—Un solo con hielos.

—¿No quieres comer nada?

—De momento no.

—Pues tienen un pastel de arroz que te mueres. Me pido yo uno y lo pruebas.

Uxue vuelve a la mesa con los cafés y un plato lleno de pasteles.

—La dueña me ha dicho que tenía que probar el pastel vasco, que es la especialidad de la casa, y me ha regalado una magdalena. O un *cupcake,* como ha dicho ella.

El pastel de arroz y el pastel vasco tienen muy buena pinta. El *cupcake* no es más que una magdalena con la parte superior cubierta por una capa de un azul brillante que tiene pinta de todo menos de comestible. Uxue se come la mitad del pastel de arroz de un mordisco y me ofrece la otra mitad. Miro a mi alrededor. Una cosa es salir de noche, a oscuras y con el alcohol y las drogas ocupando mi cuerpo y despreocupándome y otra es estar en una cafetería del centro de Bortiz. Aquí corro el peligro de encontrarme con alguien que no quiero.

—¿Estás bien?, —me pregunta Uxue.

—Sí, es que no quiero encontrarme con gente. Ya sabes, la gente pregunta por lo de Martín, me mira con cara de pena. No lo aguanto.

—Ya… Bueno, *zu lasai*. Si se acerca alguien que te da pereza, ya me ocupo yo. Bueno, empecemos: no te des de alta hasta que tengas unas cuantas cosas fijas al mes. Tienes que tener bastantes cosas en marcha como para que te compense pagar la cuota. ¿Has pensado volver a la revista?

—No, no quiero volver. Antes de lo de Martín ya estaba harta de escribir sobre dietas, moda y cómo gustar a los hombres. —Tampoco quiero volver a trabajar con Mirari ni volver a verla, pero no digo nada.

—¿Y sobre qué te gustaría escribir?

—No lo sé. No lo he pensado. —Esta es una verdad a medias.

Desde que Martín murió, he estado desconectada del mundo, no sé lo que está pasando, la situación política me importa un bledo, apenas he leído nada, no he tenido espacio para otro dolor que no fuera el mío. Cada vez que he pensado sobre qué escribir, me he sentido tonta, desconectada, sin nada que aportar.

—¿Qué tal si empiezas escribiendo críticas cinematográficas y de series? Con lo que te gusta el cine, creo que se te daría bien.

—No sé… ¿Tú crees? Nunca lo he intentado.

—Hasta que no lo intentes no lo sabrás.

—Tienes razón. *Eskerrik asko*. Me has ayudado mucho.

—¡Si no he hecho nada!

—Claro que sí. Esto hay que celebrarlo. ¿Te quieres venir a cenar a casa?

—Uf, me encantaría, pero tengo que terminar esto —dice señalando su portátil.

—Lo puedes terminar en casa. En mi cuarto hay un escritorio que nadie usa. Yo, mientras, preparo la cena, nadie te va a molestar.

—Venga, va. ¿Y Ane? ¿Va a estar?

—Sale a las once. ¿Qué tal con ella, por cierto?

—Bien, no sé… No la he vuelto a ver desde aquella noche. Me ha propuesto quedar un par de veces, pero entre que ando hasta arriba de curro y tal… He pasado bastante, la verdad.

—¿Te gusta?

—Sí, pero me da miedo. —Uxue se queda callada. Doy un sorbo a mi café, espero a que siga hablando. Con los años he comprobado que la gente da mejores respuestas cuando se le deja hablar que cuando se le hace preguntas—. Nunca había estado con una mujer y me gustó mucho. No solo el sexo, Ane me gustó mucho, pero… Yo qué sé, me da miedo, no sé cómo actuar.

—A ella también le gustas mucho. Si se entera de que te he dicho esto, me mata, pero sí. Actúa normal. Si te apetece quedar con ella, llámala. Se pondrá contenta.

—Alicia. —Una mano en mi hombro. Los mismos ojos, mis mismos ojos solo que enmarcados por las arrugas.

—¡No! —Me levanto de un salto y salgo corriendo de la cafetería. Aire, aire. Ane, Ane. Corro hasta llegar al Tximista. Ane está secando vasos mientras habla con Carmen, que está sentada en un taburete al otro lado de la barra.

—¿Qué haces aquí?, —dice Ane—. ¿Qué pasa, Ali?

—He visto a Cristina.

Ane sale de la barra y me abraza. Rompo a llorar. Carmen me abraza por detrás y nos quedamos así un rato hasta que me tranquilizo y les explico lo que acaba de pasar.

—¿Qué quieres que hagamos, cariño?, —pregunta Carmen.

—No sé.

—¿Quieres venirte a casa conmigo? Hasta que estés más tranquila.

El móvil me vibra en el bolsillo. Uxue.

—¿Dónde estás?

—¿Sigue ahí?

—No. Se ha ido. ¿Dónde estás?

—En el Tximista.

—Voy.

Carmen me ofrece un taburete mientras Ane me prepara una tila.

—¿Me vas a atender hoy o qué hostias?, —dice un tipo acodado en la esquina de la barra.

—Te atenderé cuando pueda —contesta Ane.

—Llevo casi veinte minutos esperando, me cago en Dios.

—Pues cágate menos y vete a otro bar.

—Ya le voy a comentar a Mikel el trato que dan sus camareras. Se va a poner muy contento.

—Contentísimo. Ahora la encargada soy yo. Venga, a la puta calle. —El tipo sale del bar farfullando y se choca con Uxue, que viene corriendo y me abraza.

—¿Qué te ha dicho?

—Que era tu madre y que quería hablar contigo. «Alicia es mi hija. Solo quiero hablar con ella». Se ha ido llorando.

—¿Y ya está?

—Y ya está.

—«Alicia es mi hija», será cabrona. No ha hecho de madre en su vida y ahora aparece y de repente soy su hija. —La ira se agolpa en mi estómago. Quiero pegar a Cristina, gritarle que no es mi madre, que las madres se ocupan de sus hijas, que no desaparecen un buen día sin dejar rastro.

Uxue y Carmen me acompañan a casa y Carmen se va después

de hacerme prometer que la llamaré si necesito cualquier cosa, que si hace falta habla ella con Cristina.

—¿Quieres estar sola?, —me pregunta Uxue.

—No. Quédate. —¿Y si Cristina se presenta aquí? Uxue, como leyéndome el pensamiento, dice:

—Si viene, me ocupo yo. Tú no te preocupes.

—Termina el reportaje, voy a ir haciendo la cena, así me distraigo. —Me concentro en cortar las verduras para la cena, en no llorar, en no pensar en la cara de Cristina, pero sobre todo en no llorar. Aguantarme las lágrimas se me da bien, son muchos años de práctica. Contención, contención, acallar este demonio, no alimentarlo, no dejar que se apodere de mí.

Haz como si no hubieras visto a Cristina.

Haz como si Cristina no existiese.

Haz como si fueras feliz.

Mientras cenamos, leo el reportaje de Uxue sobre las mujeres migrantes a las que reclutan para recoger la fresa en Huelva y que han denunciado violaciones, agresiones físicas y acoso por parte de los hombres que las contratan y las amenazan con echarlas si no ceden a sus deseos. Los testimonios de estas mujeres («Si la vida de las mujeres en general no vale nada, imagínate la de ellas, que son pobres y migrantes», me explica Uxue) se mezclan en mi mente con los ojos de Cristina, los de Martín, los de Otto. Termino de leer el reportaje a duras penas, estoy agotada.

A Ane se le ilumina la mirada al ver a Uxue. Se saludan tímidamente, Ane se sirve un plato de ensalada y se sienta con nosotras. Uxue le enseña su reportaje y ambas discuten sobre la situación de estas mujeres y la suerte que tenemos de ser blancas y haber nacido aquí.

—Lo siento, chicas, pero no doy para más. Si viene mi madre, decidle que me he muerto. Me voy a la cama.

No consigo dormir a pesar del agotamiento. Ya no recordaba la voz de Cristina, su timbre grave, el efecto que produce en mi cuerpo oírla pronunciar mi nombre. «Alicia». Alerta. Mi nombre en labios de Cristina siempre iba seguido de una bronca, de un reproche. Nunca *maitia*, nunca *laztana*, nunca nada que no fuera mi nombre escupido. Otto vuelve a casa pasada la medianoche y se acuesta a mi lado sin hacer ruido. Enciendo la lámpara de mi mesilla de

noche.

—¿Dónde estabas?

—Pensaba que estabas dormida. Echando currículums.

—¿Hasta ahora?

—No. He ido a un par de galerías y el sueldo que ofrecían por los puestos de guía eran muy bajos. Cuando volvía a casa me he encontrado con un amigo de la infancia, me ha invitado a unas cañas y me ha contado que acaba de poner en marcha un restaurante en Donosti y que necesita a alguien de confianza que se lo lleve. Total, que me ha acabado ofreciendo el puesto y he aceptado. Me vendrá bien para cuando abramos la cafetería-librería.

—¡Qué bien! ¿Estás contento?

—Sí, supongo… Ha sido un día largo. ¿Qué tal tu día?

Otto me abraza y me besa todo el cuerpo. Hacemos el amor de una manera distinta, más tierna. Y en el orgasmo, una certeza: ya sé cómo devolverte a la vida, Martín.

XXXII

Me sorprende más encontrar a Ane despierta antes de las nueve que a Uxue desayunando en nuestra cocina. Uxue me saluda tímida mientras Ane me sirve una taza de café.

—Hoy es mi día libre y Uxue ya ha entregado el reportaje. Vamos a pasar el día a Donosti. ¿Te apuntas?

Si voy yo, no parecerá una cita, ambas estarán más tranquilas. Acepto. Poco después, Otto se despierta, le contamos nuestro plan y decide unirse sin que nadie le haya invitado. Me gusta la idea de pasar tiempo con Otto fuera de estas paredes. Aire, aire. Aire con esta familia que he elegido, aire lejos de Cristina.

Aparcamos el coche y paseamos por la bahía de La Concha, por el Paseo Nuevo y la Parte Vieja. Al mediodía compramos unas latas de cerveza y unas *carolinas* y comemos en el puerto. Otto nos cuenta que acaban de inaugurar una exposición en el museo San Telmo y que tiene dos entradas. Pagamos las otras dos entre los cuatro y Otto nos hace de guía.

—El grupo Gaur nació con la intención de recuperar el diálogo y la relación con la vanguardia y acabó convirtiéndose en punto de referencia a escala internacional de la actividad artística vasca del momento. —Gesticula con las manos mientras habla y me sonríe abiertamente cada vez que nuestras miradas se cruzan. Ane, Uxue y yo recorremos el museo atentas a sus explicaciones. Ellas desaparecen un rato con la excusa de querer volver a ver una escultura y nos dejan a Otto y a mí a solas.

—¿Estás contenta?, —me dice al oído, abrazándome desde atrás.

—Mucho —digo, y giro la cabeza para besarlo.

Al salir del museo, Ane propone que vayamos al Rekalde a tomar unas cervezas antes de irnos a casa («tú sin alcohol, que tienes que conducir»). Otto me pone su chaqueta sobre los hombros

y él y yo nos adelantamos mientras Ane y Uxue se quedan rezagadas, besándose cada dos pasos. A lo largo del día han ido acercándose la una a la otra, tímidas al principio, Uxue porque creo que está cohibida por mi presencia, Ane reaccionando ante la timidez de Uxue. Ahora van de la mano, se roban besos, se ríen. Salimos con las cervezas, Ane se lía un porro («para acabar bien el día»), Uxue bromea con que tendríamos que comprarnos un helado para que nos den el carnet de donostiarras. Fantaseamos con la idea de vivir en Donosti algún día, nos quejamos de lo caros que están los alquileres por culpa de los pisos turísticos, decidimos que en nuestra próxima visita cenaremos en el Garraxi y saldremos de farra en el Dabadaba. Esto era la vida, esto es tener una familia.

Los muertos, mejor enterrados, aunque aparezcan en forma de fantasma.

Ane y Uxue se levantan del suelo para dejar paso a una mujer que empuja un carrito de niño y a un hombre que va a su lado.

—¿Eli?, —dice Ane mirando a la mujer. La mujer y el hombre se paran. Los mismos ojos, la misma cara angelical, solo que ya no armoniza con el resto del cuerpo, es una cara infantil pegada al cuerpo de una mujer adulta, como un bebé grande. Eli sonríe, visiblemente nerviosa.

—Ey, qué tal. —Me dirige una mirada rápida y actúa como si no me hubiese visto. Las cosas entre nosotras no acabaron bien. Martín me hizo caso a mí en vez de a ella y ella me dejó de hablar. Hasta hoy. Me levanto del suelo.

—Qué tal, Eli. —Ella se adelanta, me da dos besos y nos presenta a su marido, Unai, un hombre guapo con una sonrisa sincera. Yo les presento a Uxue y a Otto.

—¿Cómo se llama?, —dice Ane mirando al bebé que va en el carrito.

—Eneko.

Los mismos ojos, la misma boca, la misma forma de la cabeza. El vivo retrato de Martín.

XXXIII

Nunca me sedujo la idea de ser madre, aunque fuera algo que estuviera presente a lo largo de toda mi vida: en los juegos de las niñas de mi clase (esos que a Ane y a mí nos aburrían), en la televisión, los libros, las revistas, las películas y las conversaciones de los adultos.

La maternidad es un murmullo constante en la vida de las mujeres. Supongo que algunas lo oyen más alto o dejan que este se apodere de sus cuerpos.

Yo prefería ser monja.

Observaba a las de mi colegio, que cuando no estaban dando clases, disponían de tiempo y silencio que llenar con oraciones, lecturas y paseos. Las oraciones me parecían un precio bajo a pagar a cambio de ese silencio que tanto anhelaba o creía anhelar, pues no era silencio, sino paz mental, pero yo aún no había oído esas dos palabras juntas. Después Ane me enseñó la palabra *puta*. Ambas la habíamos oído en forma de insulto, pero no teníamos muy claro su significado, así que Ane se lo preguntó a Carmen, que le contestó que eran mujeres que ganaban dinero haciendo lo que se hace para tener hijos pero sin tenerlos. Nerea era la puta del colegio. No tengo un recuerdo muy nítido de su cara, era seis años mayor que nosotras, una diferencia de edad ridícula cuando eres adulta y abismal cuando eres una niña. Lo que sí recuerdo son las historias que circulaban sobre ella. Se decía que Nerea enseñaba las tetas a cambio de cinco euros, y que si la pillabas borracha era gratis, y además podías hasta tocárselas.

Con el tiempo observé que también se calificaba como «puta» a aquellas que se vestían como querían, a las que debatían con hombres en público, o a las que se reían mucho y muy alto. En definitiva, toda mujer a la que no le importasen las opiniones ajenas sobre ella. La vida de las «putas» me parecía mucho más interesante

que la de aquellas que empujaban un carrito, ya fuera de juguete o de verdad. Ane y yo empezamos a jugar a ser putas. Nos disfrazábamos con la ropa y la bisutería de ella, nos pintábamos los labios y desfilábamos en tacones que nos quedaban grandes. Una tarde, Cristina entró en mi habitación mientras jugábamos.

—¿Qué hacéis?

—Somos putas.

Cristina se quedó muda, la cara se le fue poniendo colorada por momentos. Yo protegí la mía con los brazos de manera instintiva, pero ella se dio la vuelta y se fue dando un portazo. No volvimos a hablar del tema.

Tú tenías muy claro que querías ser padre. «Imagínate, Ali, nuestro bebé. Sería un bebé precioso y tú una madre perfecta».

Después empezaste a engañarme.

La primera vez me llené de ira, me sentí humillada, te dije que habíamos acabado para siempre. Salí de casa hecha una furia, anduve sin rumbo durante horas, el corazón latiéndome en el pecho, las imágenes de ti follando con otra latiéndome en el cerebro. Me crucé con tu madre, ella se preocupó por mí y me sentó en un banco. Se lo conté todo y ella intentó tranquilizarme. Me dijo que lo sentía mucho, que podía imaginarse mi dolor, que Josean también la engañaba con otras. «¿Y por qué sigues con él?». Se quedó callada un rato, pensativa, y después me dijo: «Porque lo quiero y tenemos dos hijos». Le dije que nosotros no teníamos hijos, me preguntó si te quería, lloré. Insistió para que volviese a casa y hablase contigo, que seguro que todo se arreglaría. Volví. Tú me esperabas sentado en el sofá con los ojos llorosos y la mirada de carnero degollado. Me pediste perdón mil veces, juraste que no volvería a ocurrir, intentaste abrazarme, me zafé.

—Alicia, yo te quiero a ti. Eres la mujer de mi vida y sé que me quiero casar contigo, pero somos muy jóvenes y creo que deberíamos vernos con otras personas.

—Lo podríamos haber hablado.

—Tenía miedo de que no te pareciese bien, de que me dejases.

—Quiero estar sola.

Esa noche dormí en casa de mi padre. A la mañana siguiente tenía mensajes tuyos: «Vuelve, por favor. Te quiero, te querré siempre». Volví. Hablamos mucho rato, yo me mantuve fría, no dejé

que me tocaras. Tú me repetiste que a lo mejor a mí también me venía bien estar con otros, te grité que no me dijeras lo que me venía bien a mí. Cuando me calmé, te di la razón, te dije que sí, que seguramente a mí también me vendría bien estar con otros aunque no lo pensara realmente.

Acordamos vernos con otras personas durante un tiempo, para probar, «solo sexo». Ahora sé que el sexo nunca es solo sexo, que en el sexo siempre se mezclan fantasmas, egos, afectos, vulnerabilidades, vacíos, temores. Pero entonces no lo sabía, entonces solo quería herirte, ver cómo te sentaba que otro me hubiese follado.

Ese fin de semana salí con mis compañeros de clase, me emborraché y follé con Telmo, un tío que sabía hacía tiempo que me tenía ganas. Me divirtió tontear con él y estiré ese momento hasta que me quedé sin excusas. El tonteo era suficiente, pero no quise decepcionar a Telmo, al fin y al cabo, era un buen chico.

Le hice una mamada hasta que se corrió porque no quería tenerlo dentro.

No dejé de pensar en ti ni un momento.

Llegué a casa muy tarde, tú me esperabas despierto. Me metí en el baño sin decirte nada, me duché, me cepillé los dientes y me dormí enseguida. Desperté por la tarde, tú estabas sentado en la cama, mirándome.

—¿Has estado con otro?

—Sí.

Saliste de casa pegando un portazo. Intenté llamarte al móvil pero lo tenías apagado. Volviste al cabo de unas horas, llorabas, me decías que te habías equivocado, que no podías soportar la idea de que yo estuviera con otros, que deberíamos volver a ser tú y yo, como siempre.

Durante un tiempo estuvimos más unidos que nunca, me colmabas de atenciones, siempre estabas dispuesto a hacer planes conmigo. Después volviste a decirme que tenías que quedarte en la facultad a hacer un trabajo o que ibas a cenar con tus compañeros de clase. No tenías amigos, solo compañeros con los que pasabas el rato. No he conocido a muchos hombres que entiendan el verdadero significado de la amistad. La mayoría pasan el rato juntos, comparten aficiones, pero nunca confidencias. Las cargas

emocionales nos las reservan a las mujeres: sus novias, sus madres, sus hermanas, sus amantes, sus amigas. Vierten sobre nosotras sus dolores internos de la misma manera en la que vierten su semen sobre nuestros cuerpos: abruptamente y dejando una sensación pegajosa cuando lo hacen sobre nuestra piel o un bebé cuando lo hacen en nuestro interior, convirtiéndonos en madres de sus hijos y en sus propias madres al mismo tiempo. Dos por el precio de una. Por eso me extrañó tu última excusa, la de tu amigo que estaba pasando por una mala racha, que necesitaba teneros cerca a ti y al resto. Tú nunca te habías preocupado por nadie más que por tu madre, por ti mismo, por mí al principio, cuando acababas de llegar al colegio justo después de que Cristina nos hubiera abandonado.

Todas se enamoraron de ti, todas sabíamos que sería Eli la que acabaría contigo, que las demás no teníamos nada que hacer. Eli se te acercó trotando, te enseñó las instalaciones, tú te dejaste llevar. Yo estaba demasiado ocupada cubriéndome con el fango de la tristeza por el abandono de Cristina, que me inundaba entera y lo inundaba todo. Apenas conseguía concentrarme, las fantasías violentas me embargaban constantemente. Iba de un sitio a otro sin ver dónde pisaba, interactuaba lo mínimo posible con mis compañeros de clase, y cuando lo hacía, ofrecía respuestas mecánicas, medias sonrisas.

No te veía, pero tú me viste.

Para sorpresa de todo el mundo, empezaste a acercarte a mí en los recreos. Al principio te ignoré, quería que todo el mundo me dejase en paz, quería sentarme con un libro entre las manos y sumergirme en él, no quería formar parte de la realidad, o al menos no de una en la que mi madre se había ido sin dejar rastro. Tú te interesabas por los libros que leía, me hacías preguntas, me escuchabas. Fui cediendo y empezamos a vernos fuera del colegio. Me llevaste al cine, a tomar helado, a pasear. Yo me dejé llevar, fascinada por haber despertado el interés de un chico tan guapo, tan fuera de mi alcance. Empecé a verme a través de tus ojos, tu mirada me devolvió el valor. Recogiste los pedazos que Cristina no quiso (porque yo me convencí de que la razón por la que Cristina se había ido era porque yo no había sido una buena hija, porque la decepcionaba constantemente, porque no era la niña que ella había soñado con tener) y les diste forma.

La vida me daba una segunda oportunidad: podría reconstruir mi identidad a través de tu mirada, sería la niña buena que en el fondo era, la novia del chico guapo de clase, la envidia de las demás. Me vestí con mi disfraz nuevo, con Cristina siempre presente. «Mírame, *ama*, ahora soy la que tú querías, él me quiere, él me ve[5]». Evitaba ir a casa, prefería pasar las tardes en la tuya, donde podíamos encerrarnos en tu habitación sin que nadie nos molestase, donde podía quedarme a cenar siempre que quisiera, donde la nevera siempre estaba llena de cosas ricas que en mi casa nunca había.

En mi casa, Ricardo y yo intentábamos llevar una vida normal, hacer como si nada, pero el fantasma de Cristina estaba en todos los rincones, tal y como ahora el tuyo y el del hijo que nunca tuvimos están en todos los rincones de esta casa.

Aire, aire.

El constante estado de alerta («¿Dóndes estarás? ¿Será verdad que ha ido al gimnasio o estará con otra?») terminó por destrozarme los nervios durante nuestro último año juntos, y el aire vino en forma de oferta de trabajo: un puesto de redactora jefa en una revista que acababa de arrancar en Barcelona. Te lo conté entusiasmada, esperando que te alegraras por mí. Esa noche me pediste matrimonio.

Te dije que sí, que seríamos padres, que seríamos felices, a pesar de no tener muy claro si yo de verdad lo quería o si era tu deseo proyectado en mí. Tu mirada.

Por las noches tenía pesadillas en las que mi cuerpo embarazado se iba haciendo más y más grande y tú salías corriendo a los brazos de otras mujeres.

Estoy harta de vivir entre fantasmas, Martín, de ser yo misma un ser doliente que se arrastra de un lado a otro. Necesito sentirme viva, sentir una vida creciendo dentro de mí. Eneko tendría que ser mío.

Carne de mi carne, sangre de nuestra sangre, pero ya que tú decidiste sembrar vida en otra mujer, será Otto el que lo haga en mi interior, tu hermano, que es mucho mejor que tú, que siempre lo ha sido. Entre los dos crearemos una nueva familia, seres vivos, no fantasmas. Seré la madre que Cristina no fue, Otto será el padre que Josean no fue, nuestra criatura será el hijo que no tuvimos, una

versión mejorada de ti. Moldearemos con nuestra mirada a nuestro hijo, tal y como tú me moldeaste.

XXXIV

—¿Lo sabías?

—Ahora no puedo hablar, Alicia. Te llamo más tarde.

—¿Lo sabías o no? —Saioa no contesta—. ¿Y no pensaste decirme nada cuando viniste a mi casa?

—¿Qué iba a decirte? Eli es mi amiga, lo ha pasado muy mal. A ti hacía mucho que no te veía.

—Lameculos. Sigues siendo una lameculos de mierda.

Cuelgo el teléfono e intento concentrarme en la lectura de los blogs de cine que he seleccionado, pero la cara de Eneko, su pelo rubísimo, sus mofletes, su boca, sus ojos, los mismos ojos, se sobreponen a la cara de Martín e invaden mis pensamientos. Si no estuvieras muerto, Martín, te mataba yo misma con mis propias manos. Llaman a la puerta.

—Perdona por no haberte llamado, cariño, pero prefería decírtelo en persona.

—¿Decirme qué?

—Ayer vino a verme tu madre.

—Pasa. Siéntate.

Nos sentamos en el sofá, Carmen se manosea la falda, se mira las manos. Espero a que sea ella la que hable.

—Ayer al llegar del trabajo tu madre me estaba esperando en la puerta de casa. Tenía la cara desencajada, me dijo que no sabía qué hacer para hablar contigo. La invité a subir y se me echó a llorar, dijo que se arrepentía, me contó un montón de cosas… Creo que deberías hablar con ella, cariño. O escucharla, al menos.

—No. Se acabó, Carmen. Cristina es el pasado. No se merece que la escuche. Me ha costado mucho rehacer mi vida después de ella, después de Martín. Ahora que empiezo a ser feliz, no voy a permitir que Cristina lo deshaga todo. Yo ahora tengo esta familia que he elegido: Ane, Otto, Uxue, mi padre, tú.

—Es tu madre.

—Me da igual, Carmen. Me da igual que sea mi madre, nunca se ha comportado como tal. Los lazos de sangre no te hacen madre.

Carmen va a decir algo más, pero en ese momento entra Otto y se calla. Otto saluda a Carmen con dos besos mientras yo le cuento el motivo de su visita.

—Estoy de acuerdo con Alicia. Ser madre no es traer a alguien al mundo para después desaparecer.

Carmen suspira y rebusca en su bolso, del que saca un papelito que me tiende.

—Bueno, me ha dejado un número y me ha dicho que la puedes llamar cuando quieras, que no hay prisa y que entiende que estés enfadada. Me marcho a trabajar. Decidle a mi hija que a ver cuándo viene a verme, que me tiene abandonada.

—Está enamorada —digo yo.

—¡No me digas! No tenía ni idea. Es que ya no me cuenta nada. Con las ganas que tengo yo de que encuentre a una chica que le haga bien… ¿La conoces?

—Sí, es amiga mía. Majísima. Nada que ver con Iosune.

—Ay, qué alegría me das, hija. Pues a ver si vienen a comer a casa un día y la conozco. ¿Cómo se llama?

—Uxue. Estaba el otro día en la cena, la de gafas. Igual aún es un poco pronto para eso, se están conociendo.

—¡Ay, sí! Muy mona. Nunca es pronto para conocer a las amigas de mi hija.

—No son amigas.

—Ya me entiendes. —Carmen lo intenta, lo hace con buena intención, pero aún no se ha quitado la manía de definir como «amigas» a las amantes o novias de Ane. Se despide de nosotros con un abrazo y una invitación para que vayamos a comer a su casa pronto, «y a ver si Ane se trae a Uxue». En cuanto se cierra la puerta, Otto se arrodilla ante mí, me baja los pantalones y las bragas y me empieza a besar el coño. Martín casi nunca lo hacía, y cuando lo hacía, era porque quería lubricarme para metérmela cuanto antes. Otto lo hace a menudo, con devoción, y me encanta, pero esta vez lo aparto, le ordeno que se siente, me pongo a horcajadas sobre él y le follo hasta que se corre dentro de mí.

XXXV

Me he pasado el día tomando notas, escribiendo y reescribiendo, hasta quedar satisfecha con el resultado, y acabo de enviar el texto al contacto que me pasó Uxue, el editor jefe de una publicación *online* de cierto renombre. Excitada, irrumpo en el baño y me meto en la ducha con Otto. Él me moja y me enjabona el pelo y el cuerpo con cuidado y nos quedamos abrazados debajo del chorro hasta que empezamos a tener frío.

—Ya lo he enviado. ¿Nos acercamos al bar de Ane y nos tomamos una? Yo invito.

—Me encantaría, pero he quedado con Beñat, el del restaurante. Me quiere dar una pequeña formación antes de que empiece. Pero este finde nos vamos a cenar por ahí tú y yo, ¿vale?

Lo beso y nos preparamos para salir.

—Deberías ir así siempre, sin nada más —digo mientras miro a Otto con los vaqueros puestos, sin camiseta, con el pelo mojado. Tiro de la hebilla de su cinturón. Otto se ríe.

—Estate quieta. Llego tarde.

Mis demonios también son esto, este deseo insaciable que cuando no encuentra cauce me llena de muerte, pero que ahora me llena de vida. Insaciable. Martín solía decir esa palabra para referirse a mí, para definirme. «Eres insaciable». Al principio lo decía como un cumplido, después para avergonzarme. Yo siempre tenía más ganas de sexo que él, pero me conformaba con masturbarme si él no estaba dispuesto. Mis fantasías siempre eran más excitantes; podía hacer un *collage* con las partes de Martín que me gustaban mezcladas con otros cuerpos, otras prácticas y otros escenarios. Quitar esto, añadir esto otro. ¿Acaso no es eso la memoria? Una serie de retazos que elegimos y adornamos a nuestro antojo, ficciones a medias que nos contamos para sobrevivir.

Es jueves y el Tximista está lleno de universitarios con ganas de juerga. Ane corre de un lado para otro de la barra, atendiendo a todo el mundo con eficiencia. Me acerco a saludar a Ibai, que está sentado en una esquina de la barra.

—¡Guapa! ¿Cómo tú por aquí?

Le cuento que acabo de enviar mi primera crítica.

—*Ze ondo!* Me alegro un montón. Venga, vamos a brindar, que yo también estoy de celebración. Mañana empiezo a currar aquí, con Ane, como en los viejos tiempos.

Nos abrazamos, Ibai se mete detrás de la barra y prepara un par de *gin-tonics*. Ane pasa detrás de él, le da una palmada en el culo y me dice: «Este es la hostia. Todavía no ha empezado y ya se está bebiendo el bar». Después le dice a Ibai: «Venga, quédate en la barra, que hay jaleo y te veo con ganas». Ibai responde con un gesto de fastidio, pero obedece. Ane sube el volumen de la música, retira los *pintxos* de la barra y cambia las luces de manera que el bar se queda en semipenumbra. Observo a los universitarios mientras me bebo el *gin-tonic*. Sin duda, son de primer curso, la mayoría aún tienen rasgos infantiles y una seguridad fingida. Localizo de inmediato al macho alfa, un chaval rubio con los músculos definidos rodeado de chicas que le ríen las gracias mientras el resto de los chicos lo miran con una mezcla de admiración y odio. Martín. Fantaseo con la idea de acercarme a las chicas para decirles que no pierdan el tiempo, que sí, que es guapísimo, pero que seguro que folla fatal, que seguro que solo se preocupa de sí mismo, que probablemente ese chaval flaco de ojos grandes al que están ignorando sea mucho más interesante y les dé más orgasmos. Localizo a la hembra alfa, una morenita de tetas enormes que finge ignorar al guapo pero que no le quita el ojo de encima. Pasarán la noche fingiendo ignorarse el uno a la otra hasta que tengan el suficiente alcohol en las venas para hacer un acercamiento. Qué pereza. Oihana me abraza por detrás y me besa la mejilla.

—¿Qué, emborrachándote ya? Voy al baño. Pídeme uno de esos, que me hace mucha falta.

Le pido otro *gin-tonic* a Ibai y saco un billete de la cartera. Ibai niega con la cabeza y me guiña un ojo. Oihana vuelve del baño y se bebe medio *gin-tonic* de golpe.

—¿Estás bien?

—Estoy hasta el coño. Cinco años en la tele y sigo siendo falsa autónoma. Y encima todo el día metiéndonos presión y poniéndonos a prueba a ver cuánta mierda somos capaces de aguantar mientras van de empresa moderna y guay. No tienen vergüenza. Y hoy, por si no tenía suficiente, mi jefe me ha tirado los trastos delante de todo el equipo de una forma asquerosa. Un día le pego fuego a todo, te lo juro. Bueno, ¿tú cómo estás?

Empiezo a contarle lo de Eneko, pero Oihana se distrae mirando algo al otro lado del bar. El chico guapo y el interesante nos están mirando. El guapo le susurra algo al otro y se acercan.

—Tú eres la del *Teleberri*, ¿no?, —le dice el guapo a Oihana. Ella sonríe, asiente, saca pecho.

—¿Y tú quién eres?

—Lander. Y este es Ekain —dice señalando a su amigo. Yo me presento y saludamos a los chicos con dos besos. Ambos huelen a algo mentolado.

—Yo aún no he cenado. ¿Tú?, —me pregunta Oihana. Niego con la cabeza—. ¿Vosotros habéis cenado?, —dice dirigiéndose a los chicos.

—No —dice Lander.

—Sí —dice Ekain.

—Pues hale. Vamos a cenar. ¿Venís? —Sin esperar respuesta, Oihana le da el último trago a su copa, se levanta y se dirige a la salida. Lander, Ekain y yo la seguimos. Antes de salir, echo un último vistazo al bar. La morenita nos está mirando con cara de pocos amigos.

—Me parece que a estas horas solo nos van a dar de cenar en el Kebab. ¿Cómo lo veis?, —dice Oihana.

—Por mí bien —dice Lander.

—Vale —dice Ekain.

—Bien —digo yo.

Sin que nadie diga nada, se forman las parejas. Oihana y Lander van delante, Ekain y yo detrás.

—Qué, ¿de jueves universitario?

—Sí.

—¿A qué universidad vais?

—A Deusto.

—¿Y qué estudiáis?

—Comunicación.
—¿Te gusta?
—No está mal.
Ekain no parece muy hablador. O al menos no parece que tenga ganas de hablar conmigo. En cambio, Lander y Oihana no paran de cotorrear hasta que llegamos al Kebab.
—Chicos, id pidiendo, ahora vamos —dice Oihana—. Yo quiero un *durum* de falafel, patatas y un agua.
—Para mí lo mismo —digo yo. Los chicos obedecen y se meten en el Kebab.
—Bueno, qué. No están mal, ¿no?
—No tienen ni veinte años.
—Mejor. A esa edad les hace todo muchísima ilusión y le ponen muchas ganas. Y están buenísimos. Te va a hacer bien, Ali. ¿Hace cuánto que no estás con alguien?
—Menos de dos horas.
—¡Qué! ¡¿Quién?!
—Otto.
—¿Qué me dices?
—Sí. Pensaba que lo sabías.
Oihana tarda en responder. Supongo que se ha quedado muda de la envidia.
—¿Cuánto lleváis saliendo?
—No mucho. Un par de meses o así.
—¿Pero en plan serio?
—Sí, supongo.
—Ay… —Oihana rebusca en su bolso y saca un paquete de tabaco. Me ofrece un cigarro y se sienta en el bordillo de la puerta. Me siento a su lado y encendemos nuestros cigarros. Oihana mira al frente, le da una calada a su cigarro y expulsa el humo por la nariz con aire pensativo. Después dice: «¿Estáis en plan monógamo?».
—Si la pregunta es a ver si te lo puedes tirar, la respuesta es no.
—No es por eso. Es que…
—Es que qué.
—Igual no te lo tendría que contar.
—Contarme qué —Oihana mira al suelo sin responder—, Oihana. Contarme qué. —Suspira.
—¿Te acuerdas de la noche que cenamos en tu casa?

—Sí.

—Cuando estábamos en el bar Ibai me dijo que te habías ido y me ofreció una raya. Fuimos al baño y estaba ocupado. Mientras esperábamos, empezamos a oír gemidos. Yo toqué la puerta y solté alguna burrada… Bueno, es igual. El caso es que la puerta se abrió y…

—Y qué.

—Que salieron Otto y Mirari.

—¡Chicas!, —grita Lander desde el interior—. ¡La cena ya está!

—¡Un momento, ahora vamos!, —grita Oihana. Después, dirigiéndose a mí—. ¿Lo sabías?

—No. De hecho al día siguiente me dijo que la había acompañado a casa, pero nada más.

—No sé adónde fueron después, pero se fueron del bar juntos, eso seguro. Ay, *ama*, Ali. Lo siento mucho.

—Me voy a casa.

Me levanto de un salto y echo a andar. Podría matarlo. Me imagino clavándole un cuchillo en la tripa, degollándolo, golpeándolo con los puños hasta dejarlo inconsciente. Me visualizo arrastrando a Mirari por las calles. Me imagino matándolos a ambos y después ahogando a Eneko, su cuello diminuto haciéndose trizas entre mis manos. La ira me acelera el pulso, acelera mis pasos, me impide ver las calles por las que paso, me aleja de la realidad, lo invade todo, me sacude, me arrastra, me pone en marcha, un pie delante y otro detrás mientras las escenas de violencia se suceden en mi cabeza. Quiero descargar contra alguien, o al menos, en mi imaginación, deseo hacerlo, pero nunca sé cómo llevarlo a cabo, la violencia, cuando vuelvo a la realidad, me asusta y se transforma en melancolía, que también me arrastra pero me deja inmóvil, me tumba, me inutiliza. La ira y la melancolía son dos caras de la misma moneda reservadas para aquellas que no sabemos qué hacer con la primera. La tristeza es un mar que tapa un volcán en erupción pero no lo apaga, solo lo transforma acallándolo, volviéndolo inútil.

—Guapa, adónde vas tan solita.

La voz del hombre irrumpe en mis pensamientos como una bofetada, devolviéndome a la realidad.

—Muérete, escoria.

El hombre, que debe de tener la edad de mi padre, se queda mudo. Temo que me haga daño, que su respuesta sea aún peor, pero no dice nada, solo me mira con los ojos muy abiertos, debe de pensar que estoy loca, que soy peligrosa, que si se atreve a decirme algo más o a tocarme pelearé con todas mis fuerzas, lo mataré. *Muérete, escoria*, dos palabras que han nacido de un lugar recóndito, que no he pensado, que han salido disparadas de lo más profundo de mí y que han aliviado mi ira levemente y me han devuelto algo de cordura. Es la primera vez que respondo a un hombre desconocido que me dice algo en la calle.

Vuelvo sobre mis pasos. Ni una lágrima, ni rastro de tristeza, solo el cuerpo electrizado, algo parecido a la euforia, la ira convertida no en melancolía, sino en algo poderoso. Oihana, Ekain y Lander no ocultan su sorpresa al verme reaparecer en el Kebab.

—¿Te encuentras mejor?, —dice Lander.

—Me encuentro genial, pero no tengo hambre. ¿Vamos a bailar?

Los chicos asienten, creo que algo asustados por mi repentina energía. Mientras ellos se acercan a la caja para pagar, Oihana me susurra:

—¿Seguro que estás bien?

—Nunca he estado mejor.

Al llegar al Tximista pido copas para todos. Oihana y yo arrastramos a los chicos al centro del bar, los hacemos bailar, les damos vueltas. Lander responde enseguida pegándose a Oihana mientras Ekain me agarra la mano con desgana y da pasos torpes con la mirada clavada en el suelo. Le cojo la barbilla con suavidad, obligándolo a mirarme a los ojos. «No tenemos por qué bailar si no quieres. ¿Echamos un cigarro?». Ekain asiente aliviado, le cojo de la mano y salimos.

—¿Estás bien?, —me pregunta.

—Sí. ¿Por?

—Oihana nos ha dicho que te encontrabas mal y que te ibas a casa.

—Mi novio, que es el hermano de mi exnovio muerto, se está tirando a una amiga mía. Y el muerto tiene un hijo de cuya existencia me enteré hace un par de días. ¿Qué te parece?

—Joder…

—Sí. Me lo quiero inventar y no me sale.

Apuramos nuestros cigarros y volvemos dentro. Ekain me pregunta si quiero beber algo y vamos a la barra.

—Hostia.

Iosune tiene a Ane agarrada del brazo, está visiblemente borracha y no parece estar acompañada. Ane intenta zafarse, pero Iosune la agarra con más fuerza y le grita algo que no consigo distinguir. Ane me ve, me lanza una mirada suplicante. Le digo a Ekain que espere un momento, voy a donde Iosune y le toco el hombro.

—Qué tal, Iosune. Cuánto tiempo.

Ella entorna los ojos, tarda unos segundos en reconocerme. Está más borracha de lo que parecía a primera vista, su cuerpo se balancea a un lado y al otro. Cuando por fin me reconoce, me echa los brazos al cuello y me chilla al oído.

—¡Aliii!

Aprovecho ese momento para poner su brazo sobre mis hombros y sacarla fuera.

—Vamos a sentarnos un ratito, a que nos dé el aire —digo.

—Tengo que hablar con Ane.

—Bueno —digo intentando sonar calmada—, pero Ane está trabajando y no sale hasta dentro de tres horas. Cuando salga hablas con ella. Ahora puedes hablar conmigo, que hace mucho que no nos vemos y no sé nada de ti.

La arrastro a una callejuela cercana y nos sentamos frente a un portal. Iosune apoya la frente en las rodillas. Por un momento pienso que se ha quedado dormida, después empieza a hablar.

—La he liado, Ali. La he liado un montón. No tenía que haberla dejado, soy idiota. La echo de menos. Soy gilipollas. Soy gilipollas, gilipollas… —Escupe en el suelo—. Quiero volver con ella, Ali. ¿Tú crees que tengo alguna oportunidad? «Ninguna», pienso, pero le digo:

—No lo sé. Eso lo tendrás que hablar con ella, pero no ahora y no así. ¿Tú no te ibas a Montreal?

Iosune niega con la cabeza pero no dice nada más. Saco un botellín de agua del bolso, me mojo las manos y se las pongo a Iosune en la nuca. No reacciona. Le levanto la cabeza y la obligo a beber. Iosune bebe despacio con los ojos cerrados.

—¿Mejor?

Asiente y apoya su cabeza en mi hombro. Nos quedamos así un buen rato, yo también cierro los ojos. Iosune me besa el cuello, yo me dejo hacer. Sin dejar de besarme, desliza una mano por debajo de mi vestido y me empieza a acariciar por encima de las bragas. Mi cuerpo responde a las caricias, separo más las rodillas y dejo que Iosune me meta los dedos en el coño, que ya se ha humedecido. No necesito que haya una atracción previa para excitarme, mi cuerpo se enciende al contacto de las caricias y, sobre todo, al sentir el deseo ajeno. A veces me pregunto si de verdad siento deseo o si es el deseo ajeno proyectado en mí lo que me excita, el deseo neurotizado, la mirada del otro. Pienso que podría acostumbrarme al sexo con mujeres igual que me acostumbré al sexo con hombres o a los hombres en general. Con los hombres me pasa como con la lluvia, que me he acostumbrado a ellos a fuerza de padecerlos constantemente y he acabado romantizándolos. Le aparto la mano con suavidad.

—Estás muy borracha. Venga, te acompaño a casa.

En el camino veo de lejos a la morenita guapa que andaba detrás de Lander. Está sentada en un banco, llorando. Mientras decido si acercarme o no, Iosune vomita encima de sus zapatos. Saco un pañuelo del bolso y le limpio lo mejor que puedo. Cuando vuelvo a mirar, la morenita se está sacando una *selfie* con la cara bañada en lágrimas.

XXXVI

—La acompañé a casa, pero no pasó nada. Ya te lo dije, Alicia.

—Bueno, pues voy a llamar a Mirari, a ver qué dice ella.

Otto se tapa la cara y rompe a llorar.

—Lo siento… Estoy pasando una época horrible, Alicia. La muerte de Martín me ha dejado muy tocado.

Y a mí Martín ya me tocó el coño lo suficiente. Quiero echarlo, pero no puedo porque soy yo la que vive en su casa. Saco la maleta que usé cuando me mude aquí y doblo mi ropa con cuidado. Dejo los vestidos que me regaló Martín colgados en el armario. Otto me mira desde la puerta.

—Alicia, por favor…

Sigo doblando mi ropa sin hacerle caso.

—Alicia, va… Ali, cariño. Fue una tontería. No significó nada. Yo te quiero a ti. Eres la mujer de mi vida y sé que me quiero casar contigo…

—¡Cállate! Calla la puta boca, por Dios.

Otto se ha vuelto un cuerpo pesado, me mira ahí plantado como un niño grande. Hasta ahora no me había dado cuenta de que tiene la mirada vacía de un retrasado.

—Le rompo la puta cara.

—Déjalo, Ane, de verdad. No merece la pena —digo, más para convencerme yo que para convencerla a ella.

—De todas formas, no quiero seguir viviendo allí. Quiero ir a por mis cosas ya mismo.

—Te acompaño. Si quieres puedes quedarte en mi casa —dice Uxue.

Me instalo en mi habitación de cuando era niña y durante tres días solo la abandono para ir al baño y comer.

Al tercer día deshago la maleta, pongo un poco de orden, compro un par de plantas en el mercado, me prometo a mí misma que no se me morirán.

Y después escribo.

Escribo hasta que se me agarrotan los dedos, escribo con el corazón en la garganta, golpeo sobre el teclado los golpes que no me he atrevido a dar, escupo los silencios y desato la ira, dejo que mis manos vayan más rápido que el flujo de mis pensamientos. Escribo sin pensar en la coherencia ni en la calidad, las palabras encuentran su propio camino, son ellas las que me arrastran a mí. Escribo como cuando era niña, por el puro placer de escribir, sin pensar en si me va a reportar beneficios económicos o aprobación ajena. Cuando termino, imprimo las páginas y las meto en un cajón sin leerlas. Duermo diez horas seguidas. Me despierto descansada, mis manos y mis pies ya no están fríos. Mi padre no está. Me paseo por la casa y me fijo en que está ordenada pero sucia. No parece que mi padre haya pasado el polvo o haya limpiado los baños a fondo en muchos años. Las paredes necesitan urgentemente una mano de pintura, los muebles siguen siendo los mismos de mi infancia. Esta es una casa triste porque mi padre ha dejado que el fantasma de mi madre la habite, ha dejado que la casa se marchite con él. La tristeza huele a humedad.

Cuando mi padre vuelve del trabajo, le propongo que dediquemos el fin de semana a pintar, tirar, ordenar y limpiar. Tengo la esperanza de que después de hacer todo eso él también deje de ser un hombre triste. Arranco los pósters viejos de las paredes de mi habitación, tapo el color asalmonado con un azul cielo intenso. Pintamos el resto de las habitaciones, cada una de un color. Tiramos muebles y trastos, limpiamos toda la casa de arriba abajo. Mi padre parece más animado. Y aun así. El olor a tristeza no se va. Cristina sigue aquí. Los recuerdos están escritos en las paredes con tinta invisible de la que no se borra. A pesar del esfuerzo, esta sigue siendo una casa abandonada.

Ahora soy capaz de ponerlo en palabras, cuando Cristina se fue, no sabía la razón, solo sabía que no quería estar entre estas paredes, que sentía que me asfixiaban. Me veo otra vez como cuando era adolescente, buscando cualquier excusa para salir de casa y entrar lo menos posible. Paso muchas horas en la biblioteca, leo libros y

escribo una crítica semanal para la publicación *online* que Uxue me ayudó a conseguir. Ella y Ane me acompañan a recoger el resto de mis cosas a casa de Otto. En el cuarto de baño hay un tercer cepillo de dientes que no es mío ni de Otto. Saco del bolso mi barra de labios roja y escribo COBARDE en el espejo. Ane, Uxue y yo llegamos a la conclusión de que probablemente el proyecto de Otto de abrir una cafetería-librería era mentira y su trabajo en el restaurante también.

XXXVII

Eli esboza una sonrisa triste desde la entrada de la cafetería mientras empuja el carrito de aspecto caro hasta la mesa donde estoy sentada. Se excusa diciendo que no tenía con quién dejar al niño.

Eli no es una mujer peligrosa, solo es una madre con un niño.

Eneko duerme plácidamente en el carrito.

—¿Qué tal?

—Bueno.

—Lo siento muchísimo, Alicia.

—¿Qué sientes?

—Todo. Que todo haya tenido que pasar así.

—¿Lo querías?

—Mucho —dice Eli mientras rebusca en su bolso hasta que saca un paquete de pañuelos y se seca las lágrimas con él.

No es fácil odiar a alguien de carne y hueso. Espero a que se seque las lágrimas.

—Quiero saberlo todo. Desde cuándo.

—Unos dos años antes del accidente. Coincidimos en una tienda e intercambiamos números. No pensaba que nos volveríamos a ver.

—Pero os visteis.

—Sí.

Le doy un sorbo a mi café.

—Martín me quería.

—¿Y por qué seguía conmigo?

—Pensaba dejarte. Siempre decía que te iba a dejar pero nunca lo hacía.

—¿Y Eneko?

—Fue buscado. Martín decía que tú no querías hijos.

—¿Y tu marido?

—Piensa que es suyo.

—¿Se lo vas a decir?

—No. Y te pediría que tú tampoco le dijeras nada.

—No pensaba hacerlo.

Tampoco es fácil odiar a un muerto.

Eneko se despierta llorando y Eli lo coge en brazos.

—Tengo que darle el pecho. ¿Te importa…?

—No, claro.

Intento no mirar mientras Eneko mama de un pecho y estruja el otro con su manita.

—Tengo que ir al baño. —Me levanto antes de que me vea llorar. Poso la cara en las baldosas frías mientras intento controlar mi respiración.

Cierro los ojos.

En el baño de al lado, una mujer de entre tres y noventa y nueve años se provoca el vómito.

XXXVIII

Lot subió de Zoar y se instaló en el monte con sus dos hijas, pues temía habitar en Zoar, así pues se instaló en una cueva con sus dos hijas.

La mayor dijo a la menor: «Nuestro padre ya es viejo y en la tierra ya no hay un hombre que se acueste con nosotras como se hace en todas partes. Vamos a emborrachar a nuestro padre y a acostarnos con él, así daremos vida a un descendiente de nuestro padre».

Aquella noche embriagaron a su padre y la mayor se acostó con él, sin que él se diera cuenta cuando ella se acostó y se levantó.

Al día siguiente, la mayor dijo a la menor: «Anoche me acosté yo con mi padre. Vamos a embriagarlo también esta noche y tú te acuestas con él: así daremos vida a un descendiente de nuestro padre».

Embriagaron también aquella noche a su padre, y la menor fue y se acostó con él, sin que él se diera cuenta cuando ella se acostó y se levantó.

Quedaron encintas las dos hijas de Lot, de su padre. La mayor dio a luz un hijo y lo llamó Moab, diciendo: «De mi padre es el antecesor de los moabitas actuales». También la menor dio a luz a un hijo y lo llamó Amón, diciendo: «Hijo de mi pueblo, es el antecesor de los amonitas actuales».

Cuando llego al bar donde nos hemos citado, Cristina ya está allí. Se ha sentado a la mesa más próxima a la cristalera y la observo desde fuera antes de entrar. Juguetea con el azucarillo de su café, lo toquetea de forma compulsiva, como una niña asustada. No puedo evitar sentir pena.

—Hola.

—Hola.

Me siento frente a mi madre y agradezco que no me intente besar ni tocar. Permanecemos en silencio mucho rato, mirándonos con curiosidad. Parece cansada, tiene los ojos más pequeños de lo que recordaba, la nariz más grande. Las comisuras de la boca se le dibujan hacia abajo, dándole un aspecto triste. Lleva un vestido verde que resalta sus ojos y unos pendientes de oro que recuerdo haberle visto antes. Se ha teñido los rizos, mis mismos rizos, de color caoba. Sigue siendo una mujer coqueta.

—Qué guapa estás —dice. Yo me he puesto un traje de chaqueta granate y llevo el pelo recogido en un moño bajo. Es el atuendo que uso para las entrevistas de trabajo, uno que me hace parecer más seria y más adulta de lo que en realidad soy.

—Me enteré de lo de Martín. Lo siento mucho —dice, y creo que lo dice de verdad.

Tenía un montón de preguntas preparadas, pero ahora me doy cuenta de que todas se reducen a una.

—¿Por qué no me quieres?

Mi madre no responde inmediatamente. Se tapa la cara con las manos y se queda así.

—Claro que te quiero, Alicia.

—No me quieres. Nunca me has querido y siempre lo he notado, desde que era pequeña.

Mi madre suspira, se limpia la nariz y la cara con un pañuelo.

—Carmen me dijo que no habías leído mis cartas.

—¿Qué cartas?

—Las que te mandé durante casi dos años.

—Nunca he recibido una carta tuya.

—Eso mismo dijo Carmen. —Cristina suspira—. No importa. Ahora estamos aquí, te lo puedo contar todo si quieres. Y luego ya tú decides si quieres que nos volvamos a ver. —Cierra los ojos y se toca la cara—. Nunca te he hablado de tus abuelos.

—No.

—Mis hermanos y yo nos criamos en una casa oscura de muebles antiguos y cortinas pesadas. Casi nunca recibíamos visitas y teníamos un montón de normas absurdas. Tu abuelo creía que el euskera era un idioma de paletos. Una vez, a tu tío Rodrigo se le ocurrió llamarlo *aita* y mi padre le arreó con el cinturón hasta dejarle los gemelos marcados. Lartaun apenas se levantaba de la

cama. Heredó mucho dinero y ni él ni tu abuela tuvieron que preocuparse por trabajar nunca. Isabel se pasaba el día jugando al golf y asistiendo a actos sociales. Le encantaba decirles a los vecinos que no había cambiado un pañal en su vida a pesar de tener seis hijos. Tu abuelo probó suerte con distintos negocios, pero ninguno le fue bien. Se sumió en una depresión de la que no salió nunca. Tus tíos y yo nos criamos con Arrate, el *aña*, que a escondidas de mis padres nos enseñaba canciones en euskera. Cuando no teníamos colegio, mi madre se las ingeniaba para salir de casa lo más temprano posible y no volver hasta bien entrada la tarde. Arrate se ocupaba de que mis hermanos y yo estuviéramos despiertos, desayunados y aseados antes de las diez de la mañana y nos llevaba a la playa si hacía buen tiempo o de excursión a Bilbao si hacía malo. Cada vez que cogíamos el tren para ir a Bilbao, yo fantaseaba con que esa vez no volveríamos a casa, con que Arrate encontraría una casa donde mis hermanos y yo viviríamos sin Isabel ni Lartaun, comeríamos chucherías todos los días y tendríamos un montón de amigos con los que jugar. Al caer la tarde, camino a la estación, yo siempre le preguntaba a Arrate: «¿Adónde vamos?», y ella siempre respondía: «¿Adónde vamos a ir, *panpintxo? Etxera*». En casa volvía el silencio. No nos estaba permitido hacer ruido. Tu abuela siempre nos decía que si hacíamos ruido Lartaun se pondría peor. Los días buenos, mis hermanos y yo jugábamos en el salón mientras Arrate descansaba antes de ponerse con los preparativos para la cena; los malos, Lartaun me llamaba a su cuarto. La entrada a la habitación de mis padres nos estaba estrictamente prohibida, únicamente podíamos acceder si Lartaun nos llamaba, y tu abuelo solo nos llamaba a las niñas, especialmente a mí. Entrar en la habitación de mis padres era como entrar en un santuario: había que descalzarse primero para no ensuciar la moqueta y permanecer en silencio. Lo único que iluminaba la habitación era una tenue luz amarilla proveniente de la mesilla de noche de mi padre. Por lo demás, la habitación permanecía en la penumbra, las gruesas cortinas siempre cerradas. Tu abuelo me esperaba recostado en su cama individual. Al lado estaba la cama de Isabel, separada por dos mesillas de noche idénticas. Debía esperar a que Lartaun me hiciese una señal para poder acercarme. Después tu abuelo sacaba una biblia del cajón de su mesilla y me indicaba el pasaje que debía

leer.

Mientras leía, Lartaun deslizaba su mano por debajo de mis bragas y me masturbaba. Tenía miedo de apartar la vista del libro. La primera vez que sentí los dedos de mi padre dejé de leer. Él me ordenó que continuara. «No me mires. Sigue leyendo». Esto empezó cuando yo tenía siete años y terminó cuando cumplí catorce y conocí a tu padre. Ricardo me trataba bien, me respetaba. Me sacó de aquella casa infernal, me prometió una vida mejor. Yo acepté y seguí adelante, nunca miré atrás. Me dije a mí misma que haría lo contrario de lo que habían hecho mis padres, que formaría mi propia familia y me olvidaría de la antigua. Tu padre consiguió una plaza en el ayuntamiento y nos mudamos aquí. Yo quería quedarme en casa, me imaginaba siendo una buena esposa y criando un montón de hijos. Me daban arcadas cada vez que intentaba tener relaciones sexuales con tu padre, me sentía muy culpable. Una mujer mal hecha. Me quedé embarazada de ti. Fue un embarazo difícil, siempre estaba cansada, somnolienta. Los primeros tres meses apenas podía hacer nada sin sentir náuseas. Pensaba que al nacer tú se acabarían todos mis problemas, pero no fue así. Naciste antes de lo previsto, el parto se complicó y una vez en casa, los miedos y los fantasmas me visitaban a menudo, pensaba que no iba a saber ser madre, me desesperaba cada vez que te oía llorar, hasta el punto de tenerte miedo, vivía con el miedo constante a que murieras. Te quería, pero me di cuenta de que la maternidad no era para mí. Entraba y salía de la depresión. Ricardo fue paciente al principio, pero después empezó a reprocharme que no sabía ocuparme de ti, que la casa estaba siempre sucia, que no entendía cómo no me podía ocupar de una niña y de la casa si no tenía nada más que hacer en todo el día. Yo me hundía cada vez más. Poco antes de que me fuera de casa, conocí a un hombre del que me enamoré. Pensé que él sería mi salvación e hice lo único que sabía hacer: correr hacia delante sin mirar atrás. Él también estaba casado, nos fuimos a Londres y vivimos un romance que duró unos meses. Después él volvió con su mujer.

—¿Y por qué no volviste?

—Porque sabía que estaríais mejor sin mí.

—Pues te equivocaste. Yo necesitaba una madre. Y *aita* una mujer.

Cristina se mira las manos.

—Tu padre… Se portó muy bien conmigo. Siempre me recordaba lo bien que se había portado conmigo. Ricardo fue bueno, pero hacía que me sintiera como una niña, siempre en deuda con él. Yo le hablaba de hacer cosas: quería estudiar, no pasarme el día encerrada en casa. Pero él siempre me decía que yo no estaba bien, que en casa estaba a salvo. Estaba aterrorizada. No me había quitado la costumbre de…, ya sabes…, el día que me viste en la cocina… ¿Te acuerdas?

—Sí.

—Temía que un día en vez de hacerme daño a mí misma te lo hiciese a ti. Tenía pesadillas en las que te ahogaba, te hacía daño… —rompe a llorar de nuevo—, no sabía de dónde venían esas imágenes, pero estaba aterrorizada, tenía miedo de no ser capaz de controlar mis impulsos, de hacerte daño mientras dormías. —Y ahí, una certeza: no solo heredamos los rasgos físicos o de personalidad, también se meten en nosotros los fantasmas de nuestros padres, que a la vez arrastran los de sus ancestros, que se remontan quién sabe a cuántas generaciones, a cuántos dolores antiguos. A saber cuántas de mis antepasadas se han hecho heridas con algo afilado, a saber cuántos corazones sangrantes puede haber en una sola familia.

—¿Adónde enviaste las cartas?

—A casa.

—¿Y cómo es que nunca me llegó nada?

—Pregúntale a tu padre.

No me atrevo a decirle que esta misma mañana he descubierto que estoy embarazada.

XXXIX

Ricardo no inventa excusas cuando le pregunto por las cartas. Dice que sentía que tenía que protegerme, que pensaba que sería mejor para mí no tener noticias de Cristina, que así me acabaría olvidando de ella. Las cartas ya no están, él las iba interceptando para después quemarlas inmediatamente. Durante los años que vivimos juntos después de que Cristina se fuera, mi padre me preparó la comida y la cena a diario, me daba dinero si lo necesitaba, me llevaba al médico si estaba enferma, ponía lavadoras, planchaba, pero lo hacía todo maquinalmente, sin calor. No es el fantasma de Cristina lo que habita nuestra casa, sino la falta de calor, de *goxotasuna*, esa que encontraba en compañía de Ane y de Carmen.

Mi madre quiere volver a instalarse en Bortiz. Carmen le ofrece su casa hasta que encuentre un trabajo y un piso. Mi padre quiere mudarse, le quedan pocos años para la jubilación y dice que la casa es demasiado grande, pero ambos sabemos que no se trata de una cuestión de espacio. Yo me iré a Donosti y buscaré piso con Oihana. Llenaremos nuestra casa de flores y compraremos un sofá-cama para cuando tengamos visitas.

Por la noche caigo rendida en mi cama de cuando era niña. Una mano se cierra sobre mi garganta. No puedo verle la cara, pero sé que es un hombre. Ahora es cuando clavo mis dedos en sus ojos y a) consigo escapar, o b) lo mato y consigo escapar.

Estoy a punto de despertarme. Lo sé porque estoy en la fase del sueño donde puedo tomar decisiones, como si el sueño fuera una película dirigida por mí. El olor del agresor me resulta familiar. Su mano aprieta con más fuerza, por fin puedo verle la cara. Soy yo.

Uno. Dos. Tres. Despierta.

Agradecimientos

La escritura es menos difícil cuando se tienen ciertos privilegios. (Muchos, en mi caso).

Gracias a mis padres por los afectos no siempre perfectos pero esenciales, las condiciones materiales, la confianza y el amor depositados.

A Paula y a Guille, que a pesar de la distancia, están siempre conmigo. Sois mis ángeles.

A mis amigas, la familia que he elegido. A Danele Sarriugarte, con la que he construido un hogar sobre los cimientos del respeto, la comunicación, el afecto y los cuidados. A Mel Cendoya, siempre maestra. A Itsaso Zabalo, hermana de diferente madre y a Jota Pizarro. Gracias por abrirme las puertas de vuestra casa siempre que lo he necesitado. A Alba Borao, por su tremenda dulzura y generosidad. A Leyre Arrue, que entró como un soplo de aire fresco y se quedó y a Santiago Barón, que me dijo una de las cosas más bonitas que se le pueden decir a alguien. A Sara Villar, Ainara Silva, David Pisabarro, Patricia Escalona, Ane Guerra, Leire Palacios, Amaia Morris, Ana Tejero… Todas sois hogar. También a aquellas con las que he compartido momentos (tanto en la virtualidad como fuera de ella) fugaces pero no por ello menos significativos.

Nunca podré estar lo suficientemente agradecida a María Cardona, Anna Soler Pont, Marcel Ventura, Sergi Siendones y María Sobrino. Por el entusiasmo, la confianza depositada, los cuidados, la valentía, las ganas. Sois un sueño.

A mis lectoras. Sin vosotras, esto no sería posible. Gracias por compartir, por los mensajes bonitos, por dedicarme vuestro tiempo y vuestra energía.

A Antía, por resolver mis dudas respecto a lo que le pasa a un cuerpo cuando un coche impacta contra él. Y a Miguel del Pueyo, por ponernos en contacto.

A todas las mujeres salvajes.



Lucía Baskaran nació en Zarautz en 1988. Es autora de la novela *Partir*, que compitió por el Premio Herralde y publicó con apenas veintisiete años. También ha escrito para medios como *El Salto Diario, PlayGround Magazine* o *Kulturaldia*. Actualmente reside en Donostia con la también escritora Danele Sarriugarte y un gato negro.

Notas

[1] Según la teoría de Sapir-Whorf, el lenguaje no se limita a expresar nuestros contenidos mentales, también tiene un papel de gran relevancia a la hora de configurar nuestra forma de pensar e incluso nuestra percepción de la realidad, determinando o influyendo en nuestra visión del mundo. Las categorías gramaticales en las que el lenguaje clasifica el mundo que nos rodea hace que nos ciñamos a un modo concreto de pensar, razonar y percibir, estando este vinculado a la cultura y el contexto comunicativo en que nos vemos inmersos a lo largo de la infancia. La teoría del lenguaje de Sapir-Whorf también establece que cada lengua posee términos y conceptualizaciones propias que no pueden ser explicadas en otras lenguas. < <

[2] Según la doctora Caroline Heldman, *self-objectification* es un proceso clave en el que mujeres y niñas aprenden a pensar y tratar sus cuerpos como objetos de deseo de otros. Algunos de los efectos causados por el *self-objectification* son: mayor riesgo de depresión, desórdenes alimenticios, disfuncionalidad sexual, baja autoestima, notas medias más bajas y *body monitoring*. Heldman define el *body monitoring* de la siguiente manera: «Las mujeres pensamos en la posición de nuestras piernas, en cómo tenemos el pelo, en quién nos mira, en quién no nos mira. De media, las mujeres hacemos *body monitoring* diez veces cada cinco minutos, es decir, una vez cada treinta segundos». < <

[3] La repetida exposición a la ansiedad traumática excluye el espacio transicional, mata la actividad simbólica de la imaginación creativa y la reemplaza con lo que Winnicott llama *fantaseo*. El *fantaseo* es un estado disociado que no es ni imaginación ni la vida en la realidad externa, sino una especie de compromiso autocalmante melancólico; un uso defensivo de la imaginación al servicio de la evasión de la ansiedad. [...] Este ejercicio autocalmante equivale a un hechizo autohipnótico, una resaca inconsciente de no-diferenciación para escapar de la sensación consciente. Aquí la retirada a «uno mismo» sustituye el duro trabajo necesario para la «integridad». Esta no es una regresión tal y como solemos pensar, al servicio del ego, sino una «regresión maligna», una regresión que suspende una parte de sí misma a un estado crepuscular hipnótico para asegurar su supervivencia como ser humano.

The Inner World of Trauma (Donald Kalsched, 1996). < <

[4] Hacer *luz de gas* o *gaslighting* es una forma de abuso psicológico que consiste en presentar información falsa para hacer dudar a la víctima de su memoria, de su percepción o de su cordura. Puede consistir en negaciones simples por parte del abusador, en el sentido de si determinados eventos ocurrieron o no, o incluso en la escenificación de situaciones extrañas con el fin de desorientar a la víctima. <<

[5] El ensayo de 1975 *Placer visual y la narrativa del cine*, de Laura Mulvey, introduce el concepto de «mirada masculina» como una manera de mostrar la asimetría de poder de género en el cine. El concepto estaba presente en estudios anteriores de la mirada, pero fue Mulvey quien lo trajo a discusión. Mulvey decía que las mujeres eran convertidas en objetos, ya que eran los hombres heterosexuales los que tenían el control de las cámaras. Las películas de Hollywood se ajustaban a los modelos de voyeurismo y escofilia.

La mirada masculina se da cuando la cámara ubica a la audiencia en la perspectiva del hombre heterosexual. Uno de los elementos comunes es la estancia prolongada de la cámara en las curvas de una mujer. La mujer es mostrada habitualmente como objeto erótico en dos niveles: para los personajes dentro de la película y para la audiencia que la está viendo. El hombre emerge como poder dominante dentro de la fantasía creada por el cine. La mujer es pasiva ante la mirada activa del hombre. Esto añade un elemento del orden patriarcal y es usualmente visto como una «narrativa ilusoria del filme». Mulvey argumenta que, en el cine comercial, la mirada masculina tiene prioridad sobre la mirada femenina, reflejando una asimetría de poder que subyace.

Esta inequidad es atribuida al patriarcado, que ha sido definido como una ideología social incrustada en el sistema de creencias de la cultura occidental. Son los individuos masculinos de las instituciones creadas por ellos mismos los que ejercen el poder que determina lo que se debe considerar como «natural». A lo largo del tiempo, dichas construcciones de creencias empiezan a parecer «naturales» o «normales» porque son predominantes y se llevan a cabo sin oposición, por lo que se puede decir que la cultura occidental ha adoptado una ideología díada y jerárquica que pone a la masculinidad en una oposición binaria a la feminidad, creando niveles de inferioridad.

El ensayo de Mulvey también dice que la mirada femenina es igual a la mirada masculina. Esto significa que las mujeres se ven a sí mismas a través de los ojos de los hombres. La mirada masculina puede ser vista por una feminista como una manifestación desigual

del poder entre el observador y la observada, o como un intento consciente o inconsciente de desarrollar la inequidad de género. Desde esta perspectiva, una mujer que acepta las miradas que *objetifican* puede estar solo conformándose a las normas establecidas en beneficio de los hombres, haciendo que se refuerce el poder de la mirada para reducir a los observados a objetos. Aceptar este tipo de *objetificación* puede ser visto como una forma de exhibicionismo.

Fuente: Mirada (Psicología). (Sin fecha). En *Wikipedia*. **Mirada (Psicología)**. < <